

LIZZY BRONTË

SUSURROS

EN LA

BRUMA

SIGUE MI VOZ, VE HACIA LA LUZ



SUSURROS
EN LA
BRUMA

LIZZY BRONTË

©Lune Noir, 2018

ISBN:9781791604387

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

Las verdades que revela la inteligencia permanecen estériles. Sólo el corazón es capaz de fecundar los sueños.

Anatole France

íNDICE

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

[Nuestro catálogo](#)

[Síguenos en las redes sociales](#)

Prefacio

El tiempo se detuvo, y sin tiempo, no hay brisa, no hay sonido, no hay luz. Todo queda inmóvil, a la espera de algo. Se sentía liviana, como si flotara, ella sí se podía mover, solo que no sabía hacia dónde debía ir.

Una luz resplandeciente se abrió paso en la quietud, la encandiló. Sus ojos quedaron enceguecidos, pero su mente... su mente, o quizá su espíritu, su alma, fue la que lo vio todo: la proyección de su vida, con su pasado, presente y un futuro que ya no le pertenecía. Vio a su hija, a su hermano, sintió el dolor en ellos, el dolor del adiós precipitado, inesperado. La experiencia de ese sentimiento era apenas un recuerdo. Transitaba por un millón de sensaciones y ninguna de ellas le era familiar. No estaba sola, lo sabía, como también sabía que al otro lado de la luz la esperaban su esposo y sus padres. Era el fin, y a la vez, era el principio, el verdadero principio. La verdad la inundaba con calidez, pensó que debía de estar asustada de saber tanto, de ver el horror que había dejado atrás y la paz que la esperaba delante. No temió, por el contrario, lo entendió, de la misma manera que comprendió que todavía no podía ser una con la luz. No podía seguir ese camino, no aún. Se aferró a ese delgado e invisible hilo que la unía al plano terrenal y flotó, fue parte de la nada, de la oscuridad.

Ahí, el tiempo no se detenía, sino que viajaba a otra velocidad, una que parecía reconocer: la del mundo que había abandonado. Estaba a tiempo, a tiempo de evitar más dolor. Poseía una oportunidad, breve, quizás imposible, pero oportunidad en fin. Debía hacerlo, por su hermano, por su hija. Los amaba demasiado, valían el riesgo de quedarse en ese lugar suspendido en el medio de dos planos.

La luz, esa luz que la abrigaba y la invitaba a una existencia superior, quedó atrás. La oscuridad la rodeó, parpadeó hasta habituarse. Recién allí, la sensación latente de no sentirse sola se manifestó; miles de ánimas se dirigían a la luz, se fundían con ella. Otras vagaban en busca de algo más, y algunas, en vano, transitaban el camino que ella había desandado. Estaban ancladas; eran

almas en pena, atrapadas en el limbo.

No cometería el mismo error que esas almas. Tenía tiempo, los recuerdos latían fuerte en ella, se abrazaría a esos recuerdos para no arrancar sus raíces de la tierra. Encontraría la manera de llegar a ellos.

Recorrió la oscuridad, se sumergió en ese océano de almas hasta que llegó a un lugar único, similar a un cielo plagado de estrellas. Diminutas luces la rodeaban, danzaban a su alrededor como si fueses incandescentes luciérnagas. Aunque a simple contemplación parecía que estaban pegadas las unas a las otras, entre ellas había un abismo de separación. Se acercó a la que estaba más próxima y quedó fascinada. Era como las bombillas recientemente inventadas, solo que, en lugar de un filamento, en el interior se divisaba parte de una realidad...

Una humilde habitación, compartida por dos mujeres, dormían acompañadas del resplandor de la luna que se colaba por la ventana. Sin siquiera saber cómo, vagó por los sueños de una de ellas, unió fragmento tras fragmento hasta poder formar un todo: una feria ambulante, un ir y venir constante, luces, risas, vida.

Debía bastar, se dijo, debía ser ella... y tocó la luz.

Capítulo 1

Inglaterra, 1888.

La opresión en el pecho, el grito en sus oídos, la desesperación de una madre la despertaron sobresaltada. Ella no tenía hijos, no había muerto —por lo menos, no de forma definitiva—, no había sido traicionada, ni asesinada, ni mutilada. Y, sin embargo, había vivido todo eso una y mil veces. Ahora, despertaba como una madre y una hermana asustada por el futuro, un dolor tan profundo que le estrujaba las tripas y le llenaba los ojos de lágrimas.

—¿Ava?, ¿Ava? —El despertar sobresaltado de la muchacha había alertado a Lara. Reconocía los estados de trance en ella. Fue cuidadosa, la tomó por los hombros e intentó que regresara en sí con suaves movimientos.

No lo logró, Ava se mantenía inerte, sentada en la cama, con los ojos perdidos en la nada. Su respiración agitada atravesó el silencio de la madrugada, la sinfonía que le obsequiaba a la noche era de desesperación y angustia.

—¿Ava, háblame, por favor! ¡Regresa, vamos, regresa!

Ava ya no estaba allí, estaba a mitad de camino entre la vida y la muerte.

Abandonó la cama, parecía movida por un embrujo. Eran susurros, siempre eran susurros. Se detuvo en medio de la habitación, cerró los ojos, necesitaba oírla.

—Me necesitan... —habló finalmente.

—¿Quién te necesita? —Lara fue hasta ella, conocía el desenlace de esos episodios.

—Shhhh —la silenció. Estaba perdiendo el contacto—. Dime un nombre,

dime algo... —No le hablaba a la mujer, le hablaba a la voz dentro de su cabeza.

Una expresión de dolor le arrugó la frente, un gemido lastimoso salió de su boca.

—Respira, Ava, respira profundo.

El dolor fue más intenso, punzante, era como si un millón de agujas le atravesaran los oídos. Las rodillas se le doblaron y rozaron el suelo sin tocarlo, Lara le impidió el impacto, estaba ahí para ella, para sostenerla, asistirle, como siempre lo hacía.

—¡Te escucho! —gritó la muchacha, presa de la agónica sensación—. Dime un... —Giró hacia Lara con brusquedad—. Rose, su nombre es Rose. Recuérdalo —dijo y se desmayó.

El olor a pan recién horneado la despertó, hizo a un lado la cobija y se sentó al costado de la cama. Incorporarse no iba a ser tarea sencilla, tenía el cuerpo agarrotado y la cabeza se le partía en cientos de pedazos. Estaba acostumbrada a esas sensaciones, era el efecto secundario esperado.

Respiró profundo y se levantó de un solo movimiento, así era mejor, más doloroso pero rápido. La vivienda era pequeña, no tenía que caminar mucho; contaba con una habitación y un ambiente más que cumplía doble función: cocina y comedor. Eso era todo. No requerían de mucho más, acostumbradas como estaban a la vida nómada, aquello era un lujo.

Lara no volteó a ella, aunque sintió su presencia.

—¿Cómo te sientes? —preguntó mientras sacaba del fuego la jarra de metal que utilizaba para hervir agua.

—Como si Louis me hubiese caminado por encima —bromeó. Louis era una de las atracciones de la feria: El hombre más fuerte del mundo, levantaba más de quinientas libras y pesaba como tres hombres.

La mujer rio. Ava trataba de innovar con sus respuestas, el mismo dolor, diferente broma y comparación. Era creativa.

—Toma asiento, estoy preparándote una infusión de hierbas.

Así lo hizo, se dejó caer sobre la dura silla de madera. Desde ahí le dio un fugaz vistazo a las hierbas que atesoraba Lara, de a una las colocaba en el mortero y las machacaba.

—¿Qué tienes ahí? —Estaba intrigada, había algunas que no reconocía.

—Lo de siempre... valeriana, flores de artemisa y unas raíces que Ranjit me ha conseguido.

—¿Qué tipo de raíces?

Lara colocó la mezcla en una taza y la relleno con agua caliente.

—Confía en mí, quieres —dijo entregándole la humeante bebida.

—Yo confío en ti, la pregunta aquí es... ¿tú confías en Ranjit?

Ranjit era el encantador de serpientes de la feria, un hombre solitario que solo se relacionaba con ellas y con Theo, el organizador del lugar. Al igual que ellas, llevaba años formando parte de la caravana circense ambulante.

—Por supuesto que sí, es familia. —Fue un reproche.

—No te ofendas.

—No me ofendo, solo me sorprende tu pregunta. —Se sentó frente a ella. La evaluaba, podía notar que las horas de sueño posteriores al episodio no le habían resultado provechosas. Habían hecho más mal que bien, las profundas ojeras que rodeaban los ojos celestes grisáceos de la joven lo confesaban.

—En realidad, fue una pregunta indirecta. —Jugó con la taza en sus manos con intenciones de templarla, no quería quemarse la lengua ni los labios—. Sé que tú y Ranjit son buenos amigos, se tienen afecto...

—Sí, y con eso quieres decir, ¿qué? —la interrumpió, intuía adónde quería ir con ese argumento.

—Sabes que ya no soy una niña. —Era una muchacha de veintiocho años, y no deseaba ser más un obstáculo en su vida. Le debía mucho, jamás podría pagarle, pero por lo menos podía asegurarse de que regresara al camino olvidado, ese que había decidido recorrer antes de ella—. Ya no tienes que cuidarme, es tiempo de que...

—Bebe tu té, Ava... que de mi tiempo me ocupo yo, no tienes que preocuparte por mí, tienes que preocuparte por ti.

Llevaban casi veinte años juntas, no las unía la sangre, las unía algo más poderoso. El recuerdo del día en que Ava había llegado a ella estaba marcado a fuego en su alma. Las casualidades no existían, el destino ya estaba trazado, juntas lo aprendieron. De una u otra manera habían estado predestinadas, la fuerza sobrenatural que gobernaba la tierra así lo había querido.

Lara guio con delicadeza la taza con la infusión hasta la boca de Ava. La muchacha dio un sorbo, la bebida le resultó reconfortante y sabrosa.

—¿Recuerdas algo? —preguntó para ayudarla. El rompecabezas inicial siempre lo armaban juntas.

—Recuerdo la angustia, la desesperación... nada más. Ya sabes cómo es esto. ¿Qué recuerdas tú?

El primer contacto solía ser siempre igual, la conexión con los seres de otros planos la inundaba de confusión; para poder actuar y ponerle fin a ese enlace sensorial, necesitaba crear un vínculo con ellos, darles correcta interpretación a los susurros. Porque eso era lo que eran, voces susurrantes que llegaban a ella en busca de ayuda. Lara, tiempo atrás, no solo le había salvado la vida, también le dio un propósito a la misma; Ava era un instrumento, uno que la mujer le había enseñado a utilizar.

—Un nombre... «Rose». Luego te desmayaste. ¿Sabes quién es?

—No todavía, pero pienso averiguarlo. —Bebió el resto de la infusión de

un solo trago.

Gran parte de la información ya estaba ahí, alojada en su psique, para acceder a ella tenía que tirar abajo la puerta de la conciencia, atravesarla y llegar a su propia habitación oscura: el inconsciente. Era un proceso lento y emocionalmente agotador.

—Ven... vamos a ponerte cómoda.

Lara se levantó para acompañarla hasta el resquebrajado sillón que se encontraba junto al casi extinto hogar. Agregó leña y atizó el fuego. Ava cerró los ojos, comenzaba a sentir el efecto de la bebida.

—Respira... —le indicó Lara—, contiene, exhala.

Era un ejercicio de respiración que la relajaba y ponía en segundo plano a los estímulos externos. Los tiempos entre respiración y respiración crecían, se hacían cada vez más extensos y profundos. Una maravillosa sensación de liviandad la recorría, barría la tensión en sus músculos... era como flotar, como si ya no fuese dueña de su cuerpo.

Lara entrelazó sus manos a las de ella, era indispensable para Ava contar con un nexo, un vínculo que la trajera de regreso a la realidad.

Cuando la respiración fue monótona y constante, la mujer supo que el proceso de trance forzado daba inicio. Al cabo de unos minutos, el cuerpo de Ava empezó a temblar. Sus labios se separaron, una exhalación de humo blanco salió de ella.

—Fri... frío —murmuró.

Lara liberó una de sus manos para tomar un cobertor enrollado al costado del sillón, como pudo, la cubrió.

—¿Dónde estás?

—No lo sé, está muy oscuro, y hace mucho... mucho frío.

El temblor fue mayor, sus dientes chocaban entre sí, víctimas de la

sensación.

—Camina, no te detengas... busca una luz.

Lo hizo, podía sentir el crujir de la gravilla bajo sus pies. La luna dibujó formas extrañas entre las copas de los árboles, giró, observó. Estaba rodeada de árboles, de muchos... Los mismos rodeaban un camino. Una ladera, un murmullo de agua lejano...

—Un bosque, estoy en un bosque.

El frío se intensificó, un diminuto, casi imperceptible, copo de nieve le rozó la punta de la nariz. Luego otro cayó en su frente, y otro, y otro.

—Está nevando... —continuó.

Viajaba a un lugar y a un momento, posiblemente del pasado no muy lejano. El invierno estaba llegando a su fin, y habían transcurrido semanas desde la última nevada. Ese era un dato que se debía atesorar. Salvo las almas errantes, las demás siempre eran recientes. Existía un lapso en el cual podían vagar sin quedar atrapadas.

—Continúa, Ava, no te detengas, ¿qué más?

No podía, aunque quisiera avanzar, no podía. Estaba estacada al suelo. El repiqueteo lejano de unos cascos de caballo la puso en alerta.

—Alguien viene... caballos, un carruaje.

La luz de la farola delantera del vehículo se hizo visible entre la oscuridad. Cuatro caballos jalaban fuerte, al trote, iban directo a ella. La velocidad era poco habitual, demasiada para esa hora de la noche con un inicio de nevada.

—Viene hacia mí —gritó aterrada—. ¡No va a detenerse, no puede detenerse!

La respiración de Ava se contagió de ese terror, se volvió errática y acelerada, su corazón galopó con la misma fuerza que los caballos, con el

mismo frenesí.

Lara hizo presión en sus manos para recordarle que ahí estaba.

—Respira, nada va a sucederte, no estás ahí... recuérdalo.

Las palabras no fueron suficientes, estaba enlazada a alguien más, el temor no era suyo, era de ese alguien, y ella lo vivía como propio.

—¡No, no puede detenerse!

En el preciso instante en que el carruaje la embestía, abrió los ojos. La calma de Lara y su cercanía la reconfortó.

—¿Te encuentras bien?

Se sintió feliz de estar de regreso, en la seguridad de su hogar, la experiencia había sido muy vívida, y eso no era tan común en ella.

—Sí, aunque por un momento pensé que no iba a salir ilesa del asunto. ¡Por todos los cielos, esas raíces que te dio Ranjit son potentes en verdad!

—¿Las raíces? —musitó Lara mientras comprobaba el estado de Ava.

—¿A qué te refieres? —La pregunta tenía respuesta, ambas sabían de qué hablaban.

—La última vez...

—Eso fue distinto, lo sabes, era algo especial.

Lara dejó el tema ahí, Ava estaba agotada y el bienestar de la muchacha era primordial. No quería sumarle malestares emocionales, no cuando además de los suyos, sufría los de algún extraño del más allá. Se dispuso a lavar la taza, y su compañera agregó un par de leños al fuego. El frío aún era latente en ella.

—No sé más que un nombre y un lugar que no reconozco... —se lamentó. Sabía que cada paso de las agujas del reloj la alejaba de poder brindar ayuda.

—Sabes más que eso, sabes que había un carruaje, y por tu miedo, ocurrió un accidente. Recuerda, los trances pueden ayudar con imágenes a tu capacidad, pero no te aferres a tus ojos cuando tu don es el de comunicar sensaciones.

—Miedo, desesperación... ¡Rose! —exclamó y se puso de pie. No fue una buena idea, la sala dio vueltas a su alrededor y la mareó. Lara tuvo que socorrerla para que cayera sobre el raído sofá y no en el duro suelo.

—Ya tienes más información. ¿Crees que puedas comer algo?

Ava lo meditó, el estómago permanecía revuelto, pero sabía que las energías menguadas eran las peores enemigas de su don. Aceptó algo ligero, y para que Lara dejara de trabajar, la relevó en la tarea.

—Bien —dijo la matrona con cariño—, agrega un poco más de papas para que parezca más succulento. Voy en busca de Theo.

—Las papas no lo engañan —exclamó de mejor humor. Le hizo caso y comenzó a pelar.

La llegada del hombre puso en pausa la tarea de ordenar las magras pertenencias. Sobre la estufa, el engañoso estofado con poca carne y demasiada papa hervía e inundaba con su sabroso aroma el diminuto apartamento. Theo observó el lugar con el ceño fruncido, lo evaluó para comprobar que valía cada penique pagado. Había accedido a que las mujeres vivieran fuera de la feria cuando estaban cerca de algún pueblo decente, pues el frío de las caravanas y las carpas menguaban la salud de Lara.

Se decía que lo hacía porque la lectura del tarot era una de las atracciones mejores pagadas, la verdad era que les tenía demasiado cariño a esas dos. Y cuando nadie más podía verlo...

—¡Ava, maldición, pequeña, estás hecha un estropajo! —Lo demostraba.

—Gracias, Theo. Eres el hombre más galante que conozco.

—Puedo ser galante, solo que no gasto mis dones con niñas.

Ava largó una risa estridente, carente de las formas de dama. No existía modo de explicarle a esos dos, a los que también se sumaba Ranjit, que ya no era una niña. Para ser honestos, entraba en la categoría de solterona.

—Me comentó Lara que es probable que debas marcharte, ¿otro trance tan pronto?

—Lo siento, Theo, no es mi intención... —se lamentó, a sabiendas de que lo dejaba sin otra de las tarotistas. El jefe de la feria podía verla siempre como un padre, pero no era ciego a la reacción del resto de los hombres que, babeantes, eran capaces de pagar elevadas sumas para que Ava les hiciera una lectura y así poder observarla de cerca.

—Sé que no lo es, y créeme, no te envidio.

Lara y Ava sirvieron los cuencos con estofado, y Theo sacó el pedazo de pan que le había sobrado en su carpa. Las comidas comunitarias eran muy comunes entre ellos, y, de no ser por el suceso de esa mañana, estarían almorzando todos en la feria, colaborando cada uno con su ración.

—De todos modos —prosiguió Ava una vez en la mesa. Se estiró hacia atrás en la silla, en un gesto de rendición—, aún no tengo la información suficiente. Un nombre, un carruaje y una visión. —Ante la mirada penetrante de Lara, agregó con una sonrisa—: No olvidemos el miedo, la desesperación...

—Muchacha insolente —se quejó Lara con cariño—. El miedo de una madre, a esta altura, sabes reconocerlo.

—Por desgracia —susurró para que ninguno de los dos la oyera. Algo que la llevaba a mantenerse soltera era la experiencia de la pérdida. Prefería mil veces la soledad que esa angustia agobiante de las madres que pierden a sus hijos, de la separación de ellos a temprana edad. No... amar a alguien como una madre ama a un hijo era demasiado arriesgado para su pobre corazón.

—Bueno, permítame ayudarte con la visión —propuso Theo para

interrumpir la melancolía—, ya sabes, no hay rincón del mundo que no haya visitado.

Eso era casi una verdad. La feria llevaba años deambulando, y Theo tenía en su carpa un globo terráqueo que era su mayor orgullo, allí marcaba los lugares por los que había pasado.

Ava volvió a describir la visión, se ahorró el miedo y la desesperación.

—El murmullo de agua... ¿cascada, corriente? —indagó el hombre.

—Corriente, como si... como si... —Cerró los ojos e intentó recordar—. Un arroyo con piedras, quizá.

—¿El camino estaba cuidado o descuidado? —La sensación de la gravilla bajo sus pies volvió, era liso, sin baches.

—Cuidado.

—¿Los árboles eran fresnos y robles, y estaban tan juntos que no se podía ver el arroyo? ¿Era una ladera hacia un lado, al otro, más bosque? —Lo específico de las preguntas obligó a Ava a abrir los ojos y fijarlos en los de Theo.

—¡Sí! ¿Sabes de qué lugar hablo?

El rictus de desagrado del hombre fue más que evidente. Pronto, se abrió paso a la preocupación.

—Ojalá algo de lo que pudiera decir te hiciera desistir de ir allí, pero ya conozco tu tozudez, Ava...

—¿Por qué? ¿Dónde es?

—Es aquí, muy cerca. El condado de Durstfall...

—Oh, ya veo. —Lara se sumó con su sonrisa ladeada—. A nuestro querido jefe no le gusta que le digan que no.

—No, no me gusta. Menos que lo hagan desde el escondite de su mansión y que mande a su administrador. Ni siquiera nos permitió el paso, y las malditas tierras del condado son inmensas.

Ava recordó el incidente, aunque no los nombres y mucho menos el lugar. Adivinaba que Theo, molesto con el conde, se había adentrado en las tierras sin permiso, solo para rebelarse. Le encantaba despotricar contra la nobleza y desafiarlos con su feria en la que albergaba gitanos, católicos y protestantes por igual.

Tenía presente, sin embargo, que a finales del invierno les negaron el paso en un lugar, y que el plan de llegar a Manchester para finales de marzo fue truncado.

—Antes debo comprobar que allí sea, ¿cómo hiciste para adentrarte en el lugar?

—Muy fácil, tantas tierras nunca están custodiadas. Es más, podríamos haber pasado con la feria completa que ese maldito conde no se hubiera percatado. Pero bueno...

—Hubiéramos tenido problemas con la ley, Theo —lo reprendió Lara.

—Ava —prosiguió el jefe—, el conde de Durstfall es un hombre amargado, solitario, recluso hace años por un escándalo de esos que no tienen sentido para mí. Solo puedo decir que lo desprecia la nobleza, eso me enteré por su administrador, y las personas de sus tierras le son fieles, pero se están contagiando de esa melancolía, de ese malhumor, que no permite distender ni con una inofensiva feria.

—No te hacía chismoso —lo reprendió Ava. Su voz estaba recubierta de cariño, a la vez que de sorpresa. Theo no era un hombre dado a los rumores malintencionados.

—¡No lo soy! Es... Es que estoy preocupado por ti.

—Oh, Theo... —Ava se puso de pie para poder abrazarlo. Así como Lara era como una madre, el jefe de la feria siempre fue su figura paterna. Sabía

que si bien era la mujer quien había insistido en darle cobijo, Theo jamás le negó un lugar, ni se quejó por sus idas y vueltas. Además, claro, de que no desconfiaba de su don ni la trataba de loca—. No será peor que otras veces.

—No temo que sea peor, temo que sea igual. —Los tres presentes sabían a qué se refería—. El conde es un hombre cerrado, no se va a dejar ayudar fácilmente, mi niña. ¿Estás segura de querer pasar por esto de nuevo?

—No, mi buen Theo —dijo y remató con un beso cariñoso en la inminente calvicie del hombre—, no quiero pasar por esto de nuevo. Debo hacerlo, que es muy distinto. Así como tu misión es hacer un poco más felices a los vivos y conseguir que los inviernos se llenen de color, mi misión es ayudar a los muertos. Iré a comprobar si es allí... quizá nos equivoquemos.

Pero ambos lo sabían, ni Theo ni Ava se equivocaban en esas cosas.

Capítulo 2

Las actuales tierras de Luke Skyller, conde de Durstfall, estaban a mitad de camino entre Chester y Manchester. La feria se alejaba de allí por un par de millas, lo estaban rodeando a prudencial distancia, aunque la misma se podía recorrer en un par de horas.

Ava no quería esperar para comprobar si estaba en la dirección correcta, no le gustaba perder el tiempo, además, sabía que muchas ánimas podían llegar a ser por demás de insistentes y algo le decía que esa madre así lo era. No quería pasar otra noche de trance, menos con un alma enojada por no sentirse oída. No... necesitaba descansar, juntar fuerzas para enfrentar otro mundo, uno que podía ser mil veces peor. Este mundo.

En el poblado más cercano, alquiló un caballo. A pedido de Theo, Ranjit la acompañó, pues a Ava se le daba muy mal el regateo. Tras varios minutos de discutir, el hombre accedió a cobrarle medio día.

La joven iba ataviada por un traje de montar de falda amplia, color marrón, que contaba con una pesada y abrigada sobrefalda escocesa para cubrir las piernas al ir a mujeriegas. Si bien el invierno comenzaba a remitir, la noche caía temprano y podía sorprenderla alguna llovizna helada. El pesado abrigo de lana, de corte masculino, la cubría hasta debajo de la cadera, y el sombrero de ala ancha le resguardaba no solo la cabeza, sino también, gran parte del rostro.

Debía apresurarse a dejar la ciudad en compañía de Ranjit, no quería que retrasara su espectáculo por su culpa. Pero dejar el lugar montando a solas era una clara señal de problemas, no importaba cuán libre hubiera crecido, ni lo muy precavida que era. Una mujer sola, en la noche y a caballo, invitaba a problemas.

—Voy a estar bien —le prometió al encantador de serpientes—, ya verás, esta misma noche cenaremos juntos.

—Eso espero, pequeña, o Theo nos llevará a enfrentar al conde si no vuelves.

—No necesita demasiadas excusas, es evidente que el hombre le irrita.

—Deberías escucharlo —aconsejó Ranjit—, al fin de cuenta, los instintos de Theo rara vez fallan.

—Lo sé, y te juro que lo hago. Seré cuidadosa, e intentaré no involucrarme demasiado. —La expresión de su compañero dijo más que mil palabras—. He dicho que lo intentaré —bromeó, ante la certeza de fracaso.

Con un saludo cariñoso, se despidió y se adentró por el camino menos transitado al condado de Durstfall. A las pocas millas, comprendió que tanto recelo era en vano, el conde se había asegurado de que nadie lo molestara. El terreno estaba desierto, un par de cuervos surcaban el aire y los búhos, más pacientes, aguardaban ocultos en las ramas de los fresnos.

Aunque se evidenciaba que Luke Skyller no deseaba visitas, el sendero estaba en perfectas condiciones, y a Ava le llevó menos tiempo del esperado llegar a una zona que se asemejaba con la de su visión. Aminoró el paso, y, al ver que nada sucedía, descendió del caballo. Muchas veces, tocar, sentir, le ayudaba a revivir las sensaciones.

Se agachó para tomar algo de gravilla en las manos, cerró los ojos, acompasó la respiración y se dejó llevar. Le pareció que la niebla comenzaba a aumentar, a devorar todo a su paso. La temperatura descendió de manera abrupta. Cambios que para cualquier otra persona podían pasar desapercibidos. «Anochece, es normal», pero Ava sabía que allí había algo más. Comenzó a soltar la gravilla, y el sonido de las pequeñas rocas al caer se convirtió en el eco de unos cascos en su mente. Sí... era allí. Endemoniado Theo que jamás se equivocaba, pensó Ava con cariño. También como un modo de vincularse a lo terrenal y no dejarse arrastrar por el otro plano.

Debía equilibrarse, eso era lo que Lara le recordaba siempre. Cuando estaba en trance, o cuando la comunicación se incrementaba, era como si existieran dos personas en un mismo cuerpo. Era importante recordar siempre quién era Ava Monroe, qué la ataba a este mundo. Y eso... eso era lo que la

estaba afectando cada día más. Nada la ataba a este mundo, porque el miedo a la pérdida era demasiado fuerte como para que ella creara lazos afectivos. Bastante tenía con Theo, Lara y Ranjit. Tres personas que envejecían, tres cariños que, tarde o temprano, perdería.

Ató las riendas del caballo a una rama, y se lanzó a la caminata en la frondosidad del bosque. El terreno era desigual, descendía de manera precipitada hacia lo que parecía ser un arroyo. Las raíces de los robles se abrían paso en el suelo, convirtiéndolo en posibles trampas. Era una ladera escarpada que terminaba en un arroyo, una pequeña vertiente del río Dee.

Resbaló, el suelo conservaba la humedad y se volvía barro. Temió caer y, desesperada, se aferró a las ramas de los árboles. Las más gruesas le servían de amarre, mientras las más finas le arañaban el rostro. El pánico se hizo presente, un pánico que no era el de ella. Ella estaba bien, sus manos seguían firmes, no caía; sin embargo, el vértigo se hacía presente en su vientre, el grito pujaba en su garganta. Quien quiera que fuera la mujer del limbo había muerto así.

—Respira, respira —se recordó. Cuando volvió en sí, se abrazaba a un fuerte tronco. El mismo del que estaba atado el caballo, el cual la miraba con curiosidad, lo que le arrancó una carcajada nerviosa—. Ahora pensarás que estoy loca...

Sí, seguro que si alguien la hallaba así la llevaría directo al manicomio. Aferrada a un árbol y hablando con un caballo de alquiler. De a poco, se soltó e hizo lo mismo con la montura, ya sabía que era allí donde la necesitaban, volvería al día siguiente, a la luz del día e intentaría hablar con el conde. Explicar sus dones siempre era agotador, iba a necesitar de todas sus fuerzas.

Dispuesta a emprender el regreso, con la mente puesta en sorprender a Ranjit con algún presente que le calmara la angustia, se detuvo en seco. Un murmullo lejano, un quejido casi mudo... Miró derredor en busca del origen. Para su total asombro, temió.

Conocía su don, había crecido con él y Lara la había ayudado, pero era limitado, y así lo prefería. No creía ser capaz de vivenciar esas experiencias como algunas médiums que había conocido. Sabía de hombres y mujeres que

los veían a todas horas, que los escuchaban en todo momento. No tenían control, el canal lo manejaban las almas.

—¿Tú también lo oyes? —le preguntó al caballo para serenarse. El animal no podría responder, aunque el modo en que movía sus orejas en busca del sonido la tranquilizó. Los lamentos se perdían en la ladera, y Ava no tenía ninguna intención de volver a bajar por allí. Prosiguió por el camino seguro, de grava cuidada. El conde podía no querer visitas, pero al menos no deseaba que quienes se atrevieran a importunarlo murieran en el intento. Lo cuidado del sendero tenía sentido dada la geografía del condado.

La niebla parecía cubrirle hasta la mitad del pecho ahora, y la claridad de la luna teñía las nubes de un color plata espectral. Intentó ver, y solo divisó una cabeza pequeña, que se perdió con rapidez entre los árboles. Desde esa distancia le pareció creer ver a una niña. Algo que confirmó a los segundos. Ava chistó para llamarle la atención, no recibió respuesta. Tomó aire, llenó sus pulmones con él y juntó valor para volver a descender. Antes de que pudiera hacerlo, otra sombra se recortó en la niebla: la de un hombre. Seguía a la niña, y lo hacía en sepulcral silencio. ¿Por qué no le gritaba? ¿Por qué no le llamaba la atención con urgencia antes de que se perdiera en la empinada ladera?

Ava se ocultó en el follaje con el caballo a la espera de verlos regresar. Los lamentos se incrementaron, las figuras reaparecieron y con la misma premura, se perdieron en la bruma. ¿Había sido real? Intentó seguirlos para asegurarse de que la niña estuviera bien, no pudo hacerlo, a los pocos metros el camino se bifurcó y le fue imposible reconocer qué lado habían tomado. Se perdería en la noche, y si no moría de frío, la mataría Ranjit, o Lara, o ambos.

—Mañana —se prometió—, a la luz del día.

Sí, el sol era su aliado. La bruma era el mejor lugar para confundirse, para perderse. Y Ava debía mantenerse entera si quería ayudar a la mujer del limbo.

Estuvo de regreso en la feria cuando los espectáculos nocturnos estaban

por llegar a su fin. Primero tuvo que lidiar con los justos reproches de Ranjit, luego con los de Theo, en última instancia le quedaron los de Lara. Era un círculo eterno de llamados de atención bajo un argumento, el de su bienestar. Los apreciaba, y respondía a ellos con amable aceptación y sumisión. Por supuesto quedaba todo en palabras, conocían la autonomía de Ava y su afán altruista, nada la detenía. En el pasado había sido por una necesidad, controlar y comprender su don había tenido como un único requisito ponerse en acción. Solo así lograba acallar las voces, solo así podía permitirse momentos de quietud en su vida. En el presente, otro era el motivo, ya había asumido su función en este mundo, y la llevaría a cabo aunque pusiese en riesgo su vida en el camino.

—¡Estás helada, Ava! —Theo no estaba para nada complacido con su imagen, a su palidez cotidiana se le sumaba el rojizo típico de la exposición al frío. Su nariz, sus mejillas, inclusive sus labios lucían un color rojo violáceo —. Tendrías que haber dejado esta aventura para otro momento.

—Sabes que no puedo esperar...

—Lo sé, nunca puedes esperar. ¡Nunca! —Exhaló con fuerza para liberar parte de la preocupación retenida—. Lara estaba preocupada, todos lo estábamos... te esperábamos para la cena.

—Yo también contaba con eso, tuve una demora.

—Siempre tienes demoras —volvió a exhalar casi con un gruñido de acompañante—. Josef dejó un cuenco con caldo y bizcochos para ti. Y dado tu estado, creo que es conveniente que lo aproveches.

No podía negarlo, estaba congelada, apenas sentía los pies, la piel de rostro le ardía producto del frío, y el estómago le rugía.

—¡Jamás le diría que no a los bizcochos de Josef! —Enredó su brazo al de él para hacer las paces con su preocupación.

—Nadie le dice que no a los bizcochos de Josef, sería una herejía para cualquiera.

Caminaron en dirección a las carpas vivienda, detrás de ellas, un extenso tablón sobre troncos hacía de improvisada mesa. La fogata a la intemperie todavía ardía, a un costado del fuego se mantenía templado el caldero. Ava se quitó los guantes de cuero, húmedos por fuera y por dentro, para acercar las manos a la fuente de calor. Theo hizo lo demás, buscó un tazón, vertió unas cuantas cucharadas de caldo y se lo entregó. En esa oportunidad no le importó quemarse la lengua o los labios, bebió ansiosa, la sensación de calor le recorrió la garganta y matizó el color de su rostro.

—Dime, ¿valió la pena? —Theo interrumpió la degustación.

—¿La espera para este caldo? ¡Por supuesto que sí! —Era una experta en el arte de eludir la pregunta real.

—No me refiero a eso... —dijo señalándole en la mesa una pequeña cesta de mimbre cubierta con una tela.

Ava fue directo al tesoro, quitó la tela y tomó uno de los bizcochos. Sin importarle los modales, lo hundió en el caldo y lo devoró antes de que el mismo se deshiciera.

—¿Obtuviste la información que buscabas?

Sí, era importante que Ava se alimentara, pero también era importante saber cuál era su próximo destino. La experiencia le decía que se marcharía a la brevedad, a menos que él se hubiese equivocado. Cabía esa posibilidad, tal vez el condado de Durstfall no era el protagonista de la reciente historia. Tal vez, por una vez, ante la incertidumbre, Ava podía desoír a las voces.

—Obtuve más que eso —habló con la boca llena. No había tiempo para pausas insustanciales, aprovechaba cada segundo—, pude sentirlo, es ahí. —Bebió un sorbo de caldo para ayudarse a tragar el último trozo de bizcocho, y una vez libre de estorbos, finalizó—. Ahí es donde debo estar.

Era la confirmación que Theo no quería oír, detrás de su partida, la feria se cubría con un manto de incertidumbre y desazón. La expresión de su rostro fue más que evidente: el ceño fruncido, sus ojos atravesándola.

—No me mires así. —Lo que más detestaba de su estilo de vida era eso, la repercusión que generaba en otros—. Sabes que es parte de mi naturaleza.

Parte de su naturaleza era sobrevivir en una vida nómada, sin raíces que la ataran, y tenía la excusa perfecta para ello; el Universo, o vaya a saber qué, le había obsequiado la ruta de escape acorde a sus necesidades. No era de aquí, tampoco de allá, es más, a fuerza de golpes había comprendido que ni siquiera se pertenecía a sí misma. Y así transitaba sus días... huérfana de sangre, huérfana de deseo alguno.

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana... —La risa de Theo la interrumpió—. ¿Qué?

—Nada, que le he ganado mi apuesta a Lara. Yo dije mañana.

—¿Y ella?

—Ella aseguró que sería esta noche misma.

La que rio en esa oportunidad fue ella. Lara le había dado en la tecla, de ser otra la futura locación, más lejana, hubiese partido esa noche sin demora, pero el condado de Durstfall estaba a un par de horas de ahí. Podía permitirse el lujo de una noche de descanso y una maleta preparada con calma.

—¿Dónde se encuentra?

—Atendiendo al último cliente de la noche, ve... le alegrará saber que se equivocó.

—Y a ti te alegrará recibir tu recompensa. —Extendió el momento ameno con más bromas.

—Penique más, penique menos... ya sabes que eso no me importa. Hablando de dinero. —Puso pausa en su discurso para darle lugar al pensamiento reciente—. ¿Necesitas dinero? Puedo adelantarte tu jornal.

—¿Mi jornal? Si las cuentas no me fallan, vamos en descuento, yo tengo que pagarte a ti. —Cada vez que se marchaba, Theo se aseguraba de que sus

bolsillos estuviesen lo más llenos posibles—. De todas maneras, no te preocupes, todavía tengo dinero guardado de la última vez, además —agregó para darle una dosis extra de tranquilidad al hombre—, no voy a estar muy lejos de aquí.

—Cierto, no me lo recuerdes... —resopló rememorando la furia pasada—. ¡Buena suerte con el maldito conde! ¿Quién sabe? Tal vez te tengamos de regreso más rápido de lo esperado.

—Ya lo veremos, me encargaré del conde a su debido tiempo. De momento... —Tomó el último bizcocho de la cesta, le dio un mordisco ante la mirada atenta de Theo y se marchó.

—Deja el misterio para los clientes —bromeó mientras la veía partir—. Y dile a Lara que pienso cobrarme mi dinero, solo para fastidiarla.

Esperó fuera de la carpa hasta que el consultante se marchara; cuando lo hizo, dudó. Estaba agotada, el caldo le había devuelto el calor, pero no le había reanimado el cuerpo por completo. Era mejor regresar a la casa, echarse en la cama, y de paso, escapar de los directos planteos de Lara.

—¿Vas a quedarte ahí afuera el resto de la noche?

Tarde. Su presencia no pasó desapercibida para la mujer. Las excusas eran algo que habían dejado en el pasado, no tenían sentido, podían leerse la una a la otra, eran parte de la baraja de cartas que interpretaban día tras día. Hizo a un lado la tela que cubría la entrada de la carpa y entró. El pequeño espacio olía a incienso, y las llamas de las decenas de velas encendidas le otorgaban una agradable calidez. Era la puesta en escena perfecta que motivaba a los clientes a pagar por el servicio; Lara tenía que personificarse, simular ascendencia gitana que en verdad no poseía; lo que sí poseía era una empatía única que le permitía ser un canal entre el Universo y el consultante. En cierta forma también tenía un don, el don de interpretar imágenes. Los mensajes estaban en todos lados, y las cartas era una forma de llegar a ellos.

—Siéntate —le indicó la silla frente a ella, la que utilizaban los

consultantes.

—No, no, no. —Prefería el futuro incierto, nada de atajos, nada de presunciones—. Hace tiempo decidimos no realizar lecturas personales.

Las cartas hablaban, sin medias tintas, confesaban la realidad emocional del consultante y vislumbraban un posible futuro en torno a ello. No todos estaban preparados para afrontar el mensaje, por eso lo matizaban, lo coloreaban de rosa, para evitar interpretaciones equivocadas a posteriori. Habían aprendido a fuerza de error, luego de enfrentarse a esposos atacados por planteos femeninos, mujeres devastadas por posibles traiciones, conflictos familiares en torno a cuestiones de dinero. Cada uno se aferraba a la información que le era conveniente, veían y oían lo que deseaban, Lara y Ava se aseguraban de eso. Pero la verdad de las cartas era otra, a veces, eran bofetadas inesperadas, recordatorios que ponían todo de cabeza.

—No es personal, tú no vas a leer tus cartas... yo voy a hacerlo. —Lara era habilidosa y tejía su telaraña con rapidez, Ava caía, siempre lo hacía.

—No le veo el sentido —argumentó para librarse del asunto.

—Pues yo sí, el sabor amargo de tu partida queda en mi boca. Necesito saber, y tú también lo necesitas. —Extendió el mazo sobre la tela que cubría la mesa, las mezcló haciendo grandes círculos con sus manos, luego volvió a juntarlas—. Caminas mano a mano con la muerte, Ava... no puedes confiar ciegamente en ella.

—No lo hago, en eso te equivocas... escapé de ella una vez, y sé que no voy a volver a hacerlo.

—No lo parece. —Fue un verdadero reproche. Colocó el mazo ordenado ante ella—. Si vas a lanzarte al abismo, por lo menos hazlo sabiendo qué tipo de abismo es; no siempre voy a estar ahí para rescatarte.

El temor y el reproche con el que la atacaba tenía una sólida base, las emociones la dominaban cada vez más y la hacían perder el sentido de la realidad. El intercambio de miradas entre ellas fue intenso, el color azul cielo de los de Ava se vio acosado por el negro ébano de los de Lara.

Ava tomó el mazo entre las manos y lo separó en tres, luego apiló las separaciones a su gusto, y se lo entregó.

—El condado de Durstfall, ¿es ese tu destino? —Ella asintió. Lara apartó tres cartas de las barajas, las ubicó una al lado de la otra sin exhibir las imágenes—. Veamos qué te espera ahí.

Cerró los ojos, en silencio pidió la asistencia del poder del Universo para interpretar la tirada. Respiró profundo. Repitió la respiración tantas veces como le fue necesario, cuando sintió que la guía que requería la acompañaba, abrió los ojos y reveló las cartas.

La primera, situada a la derecha de Lara, presentaba una torre destruida ardiendo en llamas, el cielo detrás de ella estaba repleto de nubes grises y relámpagos. La llamaban La Torre, en esa tirada breve, hacía referencia al pasado, y en ese caso en particular, hablaba de uno que había sido devastado, derrumbado sin piedad alguna, forzando a un cambio no deseado.

La carta del medio, que podía interpretarse como el presente, exponía una imagen fuerte: un corazón atravesado por espadas. La contemplación en sí te invitaba a la angustia, y provocaba ese efecto con lógica razón. Siempre significaba sufrimientos, traiciones que dejaban heridas que solo podían sanar cuando el filoso acero fuese extraído.

Por último, la tercera le permitía un ligero vistazo a una, y nada más que a una posibilidad de futuro, era la carta que todo el mundo temía: El Diablo. Una figura mitad bestia, mitad hombre, arrastrando cadenas; en su cabeza llevaba, cual corona, el símbolo del pentagrama invertido. La fatalidad siempre estaba asociada a ella, confesaba un futuro predestinado, algo de lo que no podemos huir, porque nos aferramos a él, solos nos atamos a sus cadenas.

Las dos eran una con el lenguaje del tarot, Ava lo había aprendido de Lara, y esta, de su madre. La adivinación por cartas se extendía a lo largo del árbol genealógico de la mujer.

—Ava, ten cuidado... vas a caminar sobre los escombros de una historia que no conoces. —Advertirla era lo único que podía hacer.

—Eso es lo que voy a intentar hacer, conocer esa historia para que me dé las respuestas.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Golpeando a la puerta de la mansión Durstfall. —No era un buen plan, pero era el plan disponible.

—Hay mucho dolor en ese lugar, Ava. —Casi como por acto reflejo, acarició la carta del corazón atravesado—. Mucho sufrimiento, y ese sentimiento nos ata a lo equivocado. ¡No vayas a ese destino! —Movi6 la carta del Diablo hasta ubicarla frente a ella. Ava la dio vuelta.

—Tengo que hacerlo, para evitarle ese destino a alguien más.

—No, no tienes que hacerlo, decides hacerlo, y lo haces poniendo en riesgo tu juicio y bienestar.

No quería discutir con ella, su terquedad combinada con el proteccionismo extremo de Lara solo conseguía hacer combustión. En un par de horas iba a marcharse, y no quería llevarse el peso de una discusión entre ambas, aun así, debía hacerle entender el porqué de su decisión.

—Te preocupas por mí, todos los hacen. Pero ustedes no están en mis zapatos... en mi cabeza. —Sus ojos se humedecieron, brillaron junto a las llamas de las velas—. Puedo sentir el dolor, puedo oír sus gritos de ayuda, y eso... me consume, me desgarrar por dentro. Están perdidos, desesperados... sé que solo yo puedo regresarlos de nuevo al camino de la luz, y no hay presagio, bueno o malo, que me impida llevarlo a cabo. —Se levantó con calma, como si el peso de su cuerpo fuese apenas manejable para ella—. Me marcho a primera hora de la mañana, si el clima me acompaña, para el mediodía llegaré a los terrenos del conde.

Abandonó la carpa para ir en busca de descanso, cuando Lara quedó a solas, buscó más respuestas en las cartas, desplegó el mazo sobre la mesa y apartó una. Requería de un último mensaje.

—Vamos, háblenme... —Respiró profundo y la dio vuelta.

La imagen mostraba a la dama de oros invertida, al presentarse en esa posición, podía interpretarse como la manifestación del deseo material, un deseo que rozaba el límite de la obsesión por parte de una figura femenina. La deshonestidad, la ambición y la traición eran sus armas de conquista.

—¿Quién eres tú? Dime... ¿quién eres?

Una nueva carta, se dijo. Solo una más...

El telar que cubría el ingreso a la tienda flameó víctima de una ventisca repentina. Las llamas de las velas se agitaron, una a una se apagaron, quedó en penumbras, sosteniendo el último mensaje en su mano, la giró. La luz de la luna atravesaba la delgada capa de la lona, la iluminación que ésta le dio fue suficiente... era La Muerte.

La devolvió al mazo, ya no había preguntas, ya no deseaba más respuestas.

Capítulo 3

La alforja del caballo cargaba provisiones como para un mes en el desierto del Sahara, pero más pesaban las advertencias y los consejos. Todos en la feria le entregaron un presente, era un ritual que hacían con aquellos que se marchaban, para recordarles que el hogar no era un lugar fijo, sino la gente que nos ama.

La emocionaba saberse tan querida, incluso cuando se encargaba de construir muros a su alrededor. Theo le había dado una yegua de la feria, y le arrancó la promesa de devolución, de esa manera jugaba con el destino y se aseguraba su regreso.

La primavera no parecía dispuesta a llegar, era el mediodía y la neblina aún no se había disipado. Como no deseaba postergarlo más, emprendió el viaje.

—Espera, por favor... —rogó Lara.

—Será mejor así —la tranquilizó Ava—, de ese modo me podré fundir con la bruma y no sufriré las consecuencias de ser mujer y viajar sola.

—De todos modos...

Ava le dio un abrazo para silenciarla, y la calmó mostrando la daga que escondía entre los pliegues de su falda. Tanto su tutora como ella eran mujeres poco ortodoxas, que habían aprendido el arte de defenderse de rufianes. Las damas solteras, si no estaban recluidas, eran mal vistas y usualmente tratadas de fulanas. Ava a sus veintiocho años y dueña de una exótica belleza sufría los avances libidinosos de hombres con demasiada frecuencia. Por fortuna, las propuestas de las madamas habían quedado atrás, al igual que la primera juventud.

—Me cuidaré, sabes que soy precavida. —La mirada de Lara fue una

muda comunicación, no le temía al mundo de los vivos.

—Ve, ve, las despedidas me ponen emocionales —se quejó la mujer, y ahogó la necesidad de advertirle sobre las dos cartas que leyó al final. Muchas veces el Universo era el peor de los truhanes, revelaba lo que quería para empujarte a actuar como Él lo deseaba.

La bruma la acompañó durante todo el viaje y ralentizó su andar; hubiera deseado llegar al mediodía, pero la hora sexta la encontró en el camino de gravilla junto a la ladera. Intentó acompañar los latidos de su corazón con los cascos del caballo, realizar una melodía pacífica que le impidiera a las energías de allí llegarle y afectarla como la noche anterior. El frío se sentía más en esa zona, al igual que la niebla más espesa, parecía nacer de la tierra misma como vapores del infierno. La yegua lucía nerviosa, los animales eran muy sensibles a percibir los cambios, y Ava no podía asegurar si sentía las vibras del lugar o los nervios de ella. En caso de que fuera lo segundo, acompañó el andar con una nana irlandesa que recordaba de pequeña.

Su voz también se perdía en la espesura, y el sonido de las aves y los árboles le llegaba ahogado. Era la más pura soledad, esa que se sentía cuando en lugar de contactarla un alma necesitada lo hacía una en pena.

Llegó a la bifurcación; según Theo, debía tomar el camino a la derecha, allí estaba la mansión del condado de Durstfall. Era, con suerte, una milla o dos más. El sol, que apenas había alumbrado ese día, comenzaba a perderse en el horizonte. El cielo se dividía en dos, en el plata de la luna, en el cobre del sol.

La mansión se impuso en el paisaje de manera espectral y le robó el aliento. El pecho se sintió pesado, como si cada latido requiriese de su conciencia para ser efectuado. Era una gran casa de piedra beige, de estilo jacobino, con dos hileras de altos ventanales que se abrían a cada lado de la puerta principal. Contaba de dos plantas, cada ala con su respectiva terraza y el cuerpo central con una planta más, pequeña, que ella había visto usar de altillo en otras casas. Los muros estaban recubiertos de una planta trepadora, a quien el invierno había desnudado y dejado solo en ramas enredadas. Los senderos del jardín dibujaban cuadrantes de césped sin plantas ni fuentes. Era como si la alegría hubiera sido arrancada de allí.

Ava descendió de la yegua, y tomó las riendas para guiarla hacia la entrada, al cabo de unos segundos, decidió que sería mejor buscar las caballerías primero y hablar con los sirvientes. Una voz en su cabeza, que nada tenía que ver con las fantasmagóricas, le gritó «cobarde». Una podía luchar con las almas del limbo, pero jamás con la conciencia. Era cierto, las advertencias de Theo le pesaban y temió no investigar más sobre ese conde antes de adentrarse en la misión.

Desistió del arco de ingreso, y dobló por el camino de su izquierda. El pequeño acierto le sentó bien a su espíritu, lo interpretó como una buena señal y, de nuevo, su conciencia la martirizó, solo que esa vez con la voz de Lara. «No confundas las señales del Universo con cábalas». Ellas, más que nadie, sabían que las personas veían e interpretaban lo que mejor les sentaba en el momento. De todos modos, se permitió el infantil error por necesidad.

Las caballerizas estaban pegadas a la casa, lo cual era raro. La diferencia en la construcción, de ladrillos y madera, en lugar de piedras, le indicó a Ava que eran mucho más nuevas que la mansión. Las viejas deberían ser ruinas a esas alturas.

—Hola, buenas tardes —alzó la voz al llegar, golpeó el portón—. ¡Hola, ¿Alguien?!

Al ver que nadie le salía al encuentro, se ocupó ella misma de las atenciones de la yegua. Se condujo por los establos hasta dar con un recinto vacío. Estaba limpio, y el olor a heno, cuero, madera y cera de abejas, era reconfortante, incluso cuando estaba unido al típico aroma a estiércol. Podía notarse que la higiene era primordial, se alegró, la yegua de Theo no sufriría malas atenciones. Le quitó la silla de montar, las riendas y buscó a tientas un fardo para que se alimentara.

—Lo siento, pequeña, deberé cepillarte mañana. Que descanses —se despidió y dejó el establo, no sin antes observar los magníficos animales que le harían compañía a la yegua. Había cuatro de tiraje y dos de montura. Le pareció reconocer a uno de los primeros, estaba casi segura de que era el de su visión. Se contuvo de acariciarlo, por temor a lo que allí vería. No podía permitirse un ataque de pánico justo antes de enfrentar al conde.

Abandonó el lugar y se dirigió a la puerta lateral de la casa. El aroma a pan horneado le dijo que la cocina estaba cerca, y le recordó que no había comido nada en horas. El viaje se había extendido más de lo previsto. Golpeó con fuerza la madera, que no tenía llamador, y aguardó impaciente. Sus pies repiquetearon en el suelo de piedra y la maleta con sus magras pertenencias pasó de mano en mano hasta que una figura se abrió paso en el umbral.

—Buenas tardes —saludó extrañada la mujer.

—Buenas tardes —devolvió el saludo. Tomó aire e intentó poner en práctica todo lo que sabía de modales. En general era una mujer de modos francos, que dejaba las normas de lado cuando el tiempo apremiaba. Pero algo en esa casa, en los sirvientes, en la historia del conde la llevó a querer mostrarse digna, a demostrar que los títulos nobiliarios no la amedrentaban, cuando en realidad, hacían todo lo contrario—. Mi nombre es Ava Monroe y creo entender que el conde de Durstfall me necesita —finalizó con voz firme y enderezó la espalda. Alzó el mentón, y reveló su rostro cubierto por el ala del sombrero.

La mujer la observó con ojos suspicaces que se ensombrecían bajo tupidas cejas. La analizó de pies a cabeza, el atuendo humilde de falda gris de montar, camisa blanca al cuello, chaleco y abrigo pesado mostraba recato. El rostro, aunque bello, develaba una cercanía a la treintena, y su porte, soberbio, terminó de ajustar a su imagen, una que el ama de llaves confundió por completo.

—Pensé que ya no enviarían a ninguna —dijo la mujer en un tono resignado. Se hizo a un lado para permitirle el paso a Ava—. Venga, sígame.

La mujer emprendió la caminata hacia el interior de la mansión y Ava no tuvo más alternativa que seguirla.

—¿Disculpe? —preguntó, desconcertada.

—Institutrices... No se moleste, no se moleste —la detuvo sin permitirle expresar la confusión—, sus referencias ya no importan. Con que esté aquí, basta y sobra, además —acompañó lo dicho con un encogimiento de hombros para nada propio de su rol dentro de la mansión—, no va a durar más que las

otras. Prefiero ahorrarme la lectura de las páginas y páginas de adulaciones de otros nobles que afirman que ha hecho maravillas con sus pequeños angelitos.

—No creo que al conde le agrade su forma de expresarse con extraños —comentó Ava, tan sorprendida por el trato como por el hecho de que hubiera dicho eso. La carcajada de la mujer la sobresaltó.

—Al conde le alegrará saber que le ahorro el trato con extraños, aunque este no sea el caso. De seguro mañana querrá verla para explicarle las necesidades de Lady Rose...

—¿Cómo dijo?

—Las necesidades de Lady Rose... la que será su pupila —aclaró al leer el asombro en la mirada de ella. Ava sonrió por la satisfacción. «Rose», ahora sabía a quién debía ayudar. Con esa información en su mente, decidió seguir la farsa. Si la niña necesitaba una institutriz, eso sería ella.

—Espero que tengan una gran biblioteca —murmuró. Iba a necesitar reforzar sus conocimientos si quería enseñar algo más que la lectura del tarot. Podía dictar clases de encantamiento de serpientes, malabares, contorsionismo... quizá, como algo de utilidad, administración de las ganancias de una feria. El ama de llaves se volteó para observarla.

—No le han dicho demasiado, por lo visto.

—No —respondió con sinceridad. El alma de la madre de Rose no había podido transmitir mucho—, solo que se me necesitaba aquí, que Rose me necesitaba porque... —probó suerte—, su madre ha fallecido recientemente.

—Lady Eloísa... bueno, dejaré que el conde le explique el resto. Por lo pronto, esta es su habitación.

Ava, sin siquiera darse cuenta, había atravesado el hall central y subido la escalera hasta el primer piso, para perderse en uno de los corredores laterales que daba refugio a la habitación indicada. Por unos segundos, se sintió extraviada, tuvo que hacer un recorrido visual fugaz en el lugar y los alrededores para reconocer y grabar en su mente el que sería su escenario de

vida desde ese instante en adelante.

—Mi nombre es Suzanne Potter —continuó una vez que recuperó la atención de la muchacha. La invitó a poner un pie dentro de la recámara—, soy el ama de llaves, cualquier cosa que necesite allí tiene una campana. —Señaló la pequeña mesa junto a la cama. La mujer abrió las cortinas y la oscuridad del exterior se unió a la del interior—. Oh, esa niebla hará que agotemos las reservas de velas. Espero que las use a discreción —agregó, siempre con esa expresión de eterna amargura—. Salvo que lo acuerde con Lord Durstfall, no se le asignará una doncella...

—No la necesito, gracias.

—Mejor así... institutrices —masculló por lo bajo. Al parecer no había tenido buenas experiencias con las anteriores—. Igualmente, si necesita ayuda hoy, con las maletas, puedo decirle a Lisa... Aunque...

—¿Aunque? —insistió Ava al ver que la mujer no proseguiría.

—Aunque de ser usted, no invierto energía en desempacar, de seguro deseará irse por la mañana. Le diré a Jeff que cepille a su caballo esta noche, así puede partir temprano.

En lugar de ofenderle la certeza del ama de llave, le dio tristeza. En sus reclamos había dolor, el dolor del abandono constante, de las decepciones, de las esperanzas hechas añicos.

—¿Eso sucedió con la última institutriz? —inquirió.

—Con «las» últimas —remarcó en un bufido—, cuatro, cada cual con una lista de demandas, como si fueran la misma Reina Victoria, y ni una, ni una ayudó a Lady Rose.

—Espero que eso cambie conmigo —prometió, y para certificar esa promesa ante los ojos de la mujer, dejó caer la maleta sobre la cama.

—Yo también lo espero —susurró Suzanne y abandonó el cuarto, dejando a Ava con una vela, un hogar apenas ardiendo, una confortable cama de una

plaza bajo el ventanal, la santa biblia junto al candelabro y un millón de preguntas pujando en sus labios.

La noche la encontró de pie con la vista puesta en el cielo. Había dejado la habitación solo un momento para utilizar los sanitarios y buscar algo de comer. Las miradas curiosas puestas en ella le impidieron tomar la cena junto a los demás sirvientes, y optó por llevarse una bandeja a la habitación. Estaba agotada y deseaba evitar las conversaciones que implicaban mentir, aunque eso también le impidiera indagar. Necesitaba socavar algo más de información antes de poder seguir con la farsa de institutriz.

Agregó un leño al fuego y acompañó el resplandor del mismo con el de la vela. La mansión Durstfall, por fortuna, contaba con una gran biblioteca. De allí había retirado un libro de historia del condado, para reafirmar sus conocimientos y simular que podía cumplir el rol que le correspondía. Se desvistió y acomodó las prendas en la única silla de la habitación, sacó de su maleta una camisa de dormir, un salto de cama abrigado y se cambió con rapidez para evitar que el frío la destemplara. Tomó el cobertor de la cama, el libro y se sentó en el piso, sobre la alfombra junto al fuego, a leer. A los pocos minutos, los párpados comenzaron a pesarle y la vista a arderle por el cansancio. Acarreaba consigo dos noches de mal sueño, las cuales le recordaron el castigo. La historia del condado parecía una canción de cuna, se remontaba a la época de los Tudor y a los juramentos de lealtad de siglos y siglos de guerras. Nada podía aburrirla más que la grandilocuencia con la que los nobles condimentaban sus memorias en las que borraban las traiciones y cobardía, y pintaban de heroísmo sus andanzas.

Al fin, cuando el primer conde de Durstfall murió en el frente, Ava se durmió.

Despertó sobresaltada a las horas. La luna no se veía, pero el resplandor tras las nubes le indicaba su posición. Le dolía todo el cuerpo, pues se había dormido en el piso, sobre la alfombra, con la historia del condado como almohada. Se incorporó con un quejido, dispuesta a completar el sueño en la confortable cama. Se sentía descansada pese a los músculos agarrotados, la voz, a la que ahora podía llamar lady Eloísa, se había llamado al silencio como siempre le pasaba cuando atendía las demandas del más allá. No sabía la hora exacta, pero si tenía en cuenta que su arribo fue al atardecer y que se

durmió inmediatamente después de la cena, llevaba unas seis horas de reposo. Más de lo habitual. La pereza la llamaba desde el mullido colchón, y Ava no pensaba desoírla. Sin embargo, un lamento le impidió darse a la tarea. Era eso lo que la había despertado, el sonido ahogado, como un llanto que pujaba por salir de una garganta rota. Lo recordaba bien, lo había escuchado en la ladera, la primera noche.

La niña, el hombre y el silencio de la noche. Ava se cerró mejor el salto de cama, y lamentó haber olvidado la vela encendida, la cual ahora estaba por completo consumida. Salió a ciegas al corredor, y como era en vano intentar ver, cerró los ojos para agudizar el resto de los sentidos. El sonido la guio por los intrincados pasillos de la mansión, con las manos palpaba los muros para no caer, podía sentir la fría roca, los tapices y algunas mesas y cuadros que decoraban el lugar.

De pronto, la piedra dejó de ser fría para pasar a ser tibia... y latir. Latir casi acelerado. Ava abrió los ojos y ahogó una exclamación. El rostro de un hombre se recortaba en las sombras, apenas iluminado por el resplandor de la llama de una vela. Los ojos negros, fijos en ella, mostraban un profundo desprecio, al igual que el rictus de su boca, que no denotaba ninguna arruga de expresión pese a que su dueño superaba los cuarenta años. No, esa boca no tenía recuerdos de sonrisas.

—Usted debe ser la nueva institutriz. —El sonido de la voz, grave, ronca, era acorde a la imagen del hombre. No necesitaba presentación, estaba ante el conde de Durstfall.

—Sí, milord. Ava Monroe, a su servicio. —Hizo una reverencia. El hombre acercó la llama para evaluarla, y Ava no tuvo que usar sus dones para percibir que no le agradaba lo que veía. Por instinto, se cubrió aún más con el salto de cama, para no revelar su figura cubierta solo con la camisola de dormir.

Su movimiento llegó tarde. Luke Skyller había visto más de lo que deseaba: juventud, belleza, temperamento. Debía deshacerse de ella, y eso no costaría demasiado. Rose había espantado a mujeres mucho más experimentadas, solo un encuentro con Ava Monroe en la noche, a eso se iba a limitar su relación, y al día siguiente no quedaría ni su recuerdo.

—No está a mi servicio, señorita Monroe. Está al servicio de Lady Rose, mi sobrina. Así que vaya a hacer su trabajo —sentenció al unísono de un nuevo lamento.

—Hacía allí me dirigía, solo que aún no conozco la casa.

—Es este corredor —señaló el conde hacia su derecha, se hallaban justo en un cruce de alas—, siga dos puertas, la tercera a la izquierda es la habitación de Rose.

No le deseó buenas noches, ni le facilitó la vela para que se guiara. La dejó sola, en la más profunda oscuridad, acompañada por los quejidos de la niña. Quiso convencerse de que algo bueno había en ese hombre, que, al fin de cuentas, se había levantado a atender a su sobrina. Sin embargo, las posibles disculpas se evaporaron con velocidad. Podría haberla acompañado, presentarle a la niña, explicarle el porqué de ese llanto y, sobre todo, el motivo por el cual él no estaba sorprendido. Comprendía que era el comportamiento habitual de Lady Rose, si tenía en cuenta de que las dos veces que la había visto su presencia fue acompañada del mismo lamento.

No necesitó llegar a la puerta indicada, Rose dejó la habitación para lanzarse al corredor. La escasa luz de la noche le bastó para observarla a grandes detalles. Iba a paso firme, una niña pequeña, quizá de unos once años, cabello castaño, ojos marrones que apenas parpadeaban y un cuerpo menudo, cubierto por un blanco camión hasta los tobillos que flameaba a su alrededor lleno de volados.

—Lady Rose —la llamó Ava, pero la pequeña no se detuvo. Continuó con su andar, directo hacia ella. Parecía querer atravesarla, como si el cuerpo de la institutriz no fuera más que una ilusión creada por la bruma—. Lady Rose.

La pequeña se dio de lleno con ella, y emitió otro de esos quejidos inentendibles. Ava acompañó el de la niña con uno propio, uno nacido de la pena más profunda, uno que se unió al de Lady Eloísa. Rose era ciega, sus ojos se mantenían inmóviles con un casi imperceptible parpadeo. Pero eso no era todo, no respondía a los llamados, a su voz, lo que hizo presuponer a Ava que los oídos de la niña también estaban afectados. Ahora comprendía los gemidos, posiblemente no sabía comunicarse en palabras a causa de su

sordera. La angustia y la desesperación experimentada en los momentos de trance hallaban su porqué. Demasiado dolor, demasiada tristeza, el eco de lamento de Eloísa se unió al de ella y le robó los ojos para llorar sus lágrimas.

De pronto, y sin previo aviso, los frágiles brazos de Rose la rodearon por la cintura y su mirada vacía la buscó en la noche. La confundía con su madre.

—Ven, regresemos a la cama —le dijo, aunque sabía que no podía oírla. Se aferraba a la ilusión de que las palabras igual la atravesaran y la niña entendiera las intenciones. Un quejido a modo de respuesta, un lamento, algo que Rose quería decir y no encontraba cómo—. Ya descubriremos el modo de comunicarnos —le prometió—, ¿sabes?, muchas veces he tenido que hablar con personas que no pueden decir lo que necesitan, y siempre, siempre, he encontrado el modo de abrir un canal. Te prometo, pequeña Rose, que encontraremos ese canal tú y yo, y podrás compartir conmigo todo lo que sientes atrapado en tu mente.

Siguió la conversación en susurros calmos. Las voces generaban vibraciones, y las vibraciones también podían ser interpretadas. Ava se aseguraba de que su tono de voz transmitiera serenidad, que esas buenas intenciones llenaran el ambiente y le permitieran a Rose confiar. Ya en la habitación, la llevó de regreso a la cama. La arropó y se quedó con ella, los gemidos ya no salían de la boca de la niña, solo el sonido de una respiración que comenzaba a ser calma y rítmica. No deseaba abandonarla hasta confirmar que la dejaba en un auténtico estado de sueño. La tomó de la mano, y le cantó la nana irlandesa que sabía y que había logrado calmar a la yegua esa tarde. Se alegró al notar que, a su manera, a Rose también le daba paz.

Cuando el sueño, finalmente, se apiadó de la niña, Ava atizó el fuego y abandonó la habitación. En el corredor, la señora Potter aguardaba por ella con un candelabro. La falsa institutriz escondió la sonrisa de mofa, el conde la había dejado en las sombras, pero había ido por ayuda. Quizá, y solo quizá, Luke Skyller no era más que otro ser asustado que necesitaba percibir buenas vibraciones.

—La acompañaré de regreso a su habitación —susurró el ama de llaves.

—Gracias.

—Entonces, ¿mañana le preparo el desayuno temprano, para que pueda marcharse antes del mediodía? —La pregunta estaba cargada de desafío.

—No, si es posible, bajaré a desayunar a las siete y media, para comenzar mis clases con Rose a las nueve. Es evidente que aquí me necesitan más de lo que imaginé.

La oscuridad de la mansión Durstfall absorbió la luz de la vela, al igual que la luz de la sonrisa de Suzanne. Ava Monroe no era como las demás institutrices, ella lucharía. La llama que refulgió en el ama de llaves fue la de la esperanza.

Capítulo 4

La educación que Ava había recibido de pequeña nada tenía de convencional. No sabía bordar, por lo menos no en el sentido real de la palabra, remendaba sus vestidos cuando lo requería, y había ayudado a confeccionar parte del vestuario de la feria. En lo referido al arte musical, tenía una bella voz, todos lo decían, pero era incapaz de atinar más de dos o tres notas en un piano, ni mención hacer de otro instrumento. En cuanto al trabajo con acuarelas, el dibujo era una asignatura pendiente. Dadas las circunstancias de Rose, sus carencias educativas no parecían jugarle en contra, es más, podían considerarse un verdadero acierto.

Los primeros días lo había intentado desde la pedagogía ortodoxa con pizarrón y tiza, a la espera de lograr una comunicación con la niña que no llegó a buen fin. El resultado obtenido no fue más que ahogados gritos y sonidos guturales. Por lo que había oído durante los almuerzos compartidos con la servidumbre, Rose no siempre había sido así, de hecho, la recordaban como una niña sonriente, inquieta y deseosa de aprendizaje. Todo eso se había interrumpido por una tragedia que nadie estaba dispuesto a compartir. Es más, la mayoría de las veces, las sirvientas eran obligadas al silencio bajo orden de Suzanne; para la mujer, no estaba dentro de sus tareas exponer la historia familiar, solo satisfacer sus necesidades.

Como fuese, Rose tenía un lenguaje adquirido, la palabra escrita podía llegar a ser una forma de comunicación, pero algo en ella se lo impedía. Parecía que la pequeña se negaba a vincularse con el entorno, y la didáctica común de aprendizaje solo lograba fastidiarla. Aun así, Ava tenía que desarrollar su función como institutriz, y tenía que ser creativa al respecto. Por suerte, la creatividad le brotaba por los poros, sobre todo, si se consideraba esa cualidad como herramienta fundamental de la supervivencia. Ava Monroe era una sobreviviente, y le enseñaría eso a Rose, a sobrevivir en un mundo sin imágenes, sin sonido... sin voz.

—Betsy... ven, ayúdame. —Pidió asistencia a la doncella de la pequeña

Lady que a esa hora del mediodía se encargaba de llevarle el almuerzo y obligarla a comer.

Rose se alimentaba a la fuerza; dos, tres bocados de cada comida brindada y nada más. Estaba delgada y pálida. Con tan solo once años estaba entregada a la muerte en vida.

El pedido no hizo más que fruncir el ceño de la joven sirvienta.

—Ayúdame a vestirla. —Ava amplió la información del pedido para lograr la colaboración—. Esta niña necesita un poco de aire fresco...

La realidad era que Rose pasaba los días con variaciones de ropa de cama, no salía de la habitación. Su existencia se limitaba a esas cuatro paredes, amplias, esplendorosas, pero carentes de naturaleza y del confort que todo niño requería para una vida plena.

—No sé si es lo conveniente, señorita Monroe. —La joven no opinaba desde la lógica del pedido, lo hacía desde un posible llamado de atención a futuro—. Puede que el conde lo desapruébe, el estado de salud de Lady Rose es muy débil. Lord Durstfall cree que....

—No sé lo que cree Lord Durstfall —la interrumpió molesta—, me encantaría saberlo... por lo visto, se lo ha tragado la tierra en los pocos días que llevo en esta casa. —Todavía esperaba tener una conversación con él, debía indagar en la vida familiar actual y pasada, conocer la historia trágica que había llevado a la muerte a Eloísa. ¡Por todos los cielos, necesitaba información sobre los hechos que habían arrojado a la niña a tal estado!—. Desde dónde yo me encuentro parada, solo veo una cosa, Rose está débil, y lo seguirá estando si continúa encerrada en esta habitación.

Betsy dudaba, y esa duda la llevaba a la inacción. Si alguien iba a romper una de las reglas de la casa, ella no quería ser partícipe.

—Tal vez deberíamos consultarlo con la señora Potter —propuso la doncella.

Ava intentó ocultar su malhumor y escondió su intención de gruñido con

una mueca en los labios.

—¡Pues ve a consultarlo con la señora Potter! Aquí te espero... —se corrigió—, te esperamos.

Cuando Betsy abandonó la habitación casi al trote, Rose, que se encontraba sentada en la cama con la bandeja sobre la falda, se agitó molesta provocando el derrame de la sopa de crema de verduras sobre su camisón.

Ava observó la reciente imagen de la niña y sonrió.

—¡Mira tú lo que has hecho! Ahora no tenemos más alternativa que cambiarte.

Fue hasta ella, retiró la bandeja, la acomodó en la mesa de noche contigua a la cama, y la tomó de la mano para ayudarla a abandonar la cama. Ni bien los pies de Rose entraron en contacto con el piso, avanzó a tientas por la habitación hasta llegar al gran armario. Ava abrió de par en par las puertas y, volviendo a capturar la mano de la niña, le hizo recorrer con la palma los diferentes vestidos y telas. Los dedos de Rose se aferraron a uno en particular: un vestido de color caramelo, con varios apliques de perla, falda abultada y un gran moño a la cintura. No era un vestido para excursión de mediodía, pero era el que la niña había elegido.

—Si este es el que quieres, este será.

Le quitó la ropa de cama, le colocó una camisola acorde al vestido, medias enterizas y, guiado sus piernas dentro de la falda, la cubrió con la delicada prenda. La hizo tomar asiento, le calzó unos confortables botines, y finalizó el vestuario con un abrigo. Con eso era suficiente, a pesar de que el día se presentaba nublado, el mediodía estaba templado, ideal para unas horas de disfrute. Sin más demora, salieron de la habitación en busca de una improvisada aventura, a la altura de las escaleras se toparon con Suzanne Potter y Betsy.

—Las veo más que decididas a hacer aquello que no tienen que hacer —bufó la mujer. Betsy se refugiaba detrás de ella.

—Estoy haciendo lo que tengo que hacer, estoy haciendo mi trabajo... ¿quién dijo que la educación debe forjarse solo puertas adentro?

La señora Potter ocultó la sonrisa.

—¡Oíste, Betsy! —alzó la voz mientras miraba a la joven por el rabillo del ojo—. Está haciendo la labor que se le paga por hacer, algo que tú deberías imitar... Si su institutriz te dice que prepares a Lady Rose para salir a una clase afuera, lo haces ¿lo has entendido?

—Pero Lord Durstfall... —acusó Betsy a modo de resguardo.

—Si Lord Durstfall está en desacuerdo con la señorita Monroe, se lo hará saber. Ahora, muchachita, ve por la bandeja de Lady Rose y finaliza con tus tareas.

Una vez a solas, Ava se dirigió a ella.

—Gracias.

—No tienes por qué, tú haz tu trabajo, que yo hago el mío —dijo girando sobre los talones para emprender el descenso en compañía de ellas—. En cuanto al Lord... —Llevó la voz a un susurro— no le digas que te lo dije... es como un perro doméstico, ladra pero no muerde, gruñe pero no ataca.

—No se preocupe, señora Potter, he tenido que lidiar con muchos lobos en mi vida... puedo con un perro gruñón.

Llegaron a la planta baja, el lugar en el que sus caminos se abrían en dirección a opuestos destinos. La respuesta de Ava volvió a dibujar una sonrisa en los labios de la mujer entrada en décadas.

—¡Eso está por verse, señorita Monroe! Es más, ansío verlo —confesó con gran satisfacción, caminó rumbo al pasillo que daba al ala este de la casa hasta desaparecer por completo.

El comentario le recordó a Theo, si estuviese allí, de seguro, la señora Potter y él organizarían una apuesta. Sonrió, pensaba en sus allegados con frecuencia; por lo que podía llegar a augurar, su estadía en la mansión Skyller

sería más larga de lo esperado. Se aferraría a los recuerdos para no sentir el peso de la distancia. Se aferraría a Rose y a Eloísa para darle razón a su presencia en el lugar.

La palidez de la niña combinó a la perfección con el blanco grisáceo de las nubes, ni bien su rostro entró en contacto con la suave ventisca, cambió de tono, reaccionaba al roce con la naturaleza. Rose respiró profundo, y su pecho se hinchó hasta llegar al límite de la explosión. Así de ansiosa estaba por una bocanada de aire puro. Así de ansiosa estaba de ser tratada como lo que era, una niña.

En un par de zancadas recorrieron la terraza y llegaron a las escalinatas. Tres, dos, uno... solo tres pasos, y el verde opaco del césped les dio la bienvenida. No había flor alguna o arbusto decorativo, solo los restos de un jardín que había sido relegado al olvido.

Caminaron un par de metros hasta que se detuvieron en uno de los canteros en desuso que les ofrecía buena materia prima para trabajar, tierra seca, algunas raíces y un centenar de pequeñas piedras.

Ava se dejó caer de rodillas al suelo, Rose percibió el movimiento y lo llevó también a cabo. La niña apoyó las manos sobre el césped, y una imperceptible mueca en sus labios fue el primer indicio de dicha. Sus dedos jugaron en la tierra hasta llegar al borde del cantero, sintió las piedras, se aferró a un par de ellas, las encerró en sus puños. Valiéndose del momento, Ava intentó aplicar algo de aprendizaje a la experiencia, le abrió los puños, le extrajo todas las piedras menos una, y dibujó con el roce de su dedo el número uno en la palma libre de Rose. Luego, para que la niña comprendiera la dinámica del juego, agregó tres piedras más y trazó el número cuatro; por último, la puso a prueba, le sumó dos diminutas piedras más y esperó. La espera fue por demás satisfactoria, Rose depositó las piedras en el suelo para tantear el cuerpo de Ava, una vez que logró alcanzar sus manos, dibujó el número seis en una de sus palmas.

Era la primera muestra de comunicación que la niña mostraba, Ava sonrió de par en par.

—Así se hace, pequeña... así, muy bien.

El cielo encapotado de nubes quiso ser parte del festejo, se abrió dándole paso al sol, este impactó de lleno sobre ellas. Como si fuese un girasol, el rostro de Rose fue en busca de la fuente de luz natural, el calor del astro hizo de las suyas en sus mejillas, las encendió de inmediato con un delicado tono rosado, así de desesperado por vida estaba su cuerpo, así de necesitada estaba Rose.

El sonido cercano de un galope hizo que la mirada de Ava abandonara la contemplación del rostro de la niña para ir en busca de la inminente presencia. La intensidad del sol le dificultó la visión, tuvo que entrecerrar los párpados para divisar a lo lejos. No tuvo que forzar demasiado la vista, en unos segundos, la figura de un hombre sobre un brioso corcel se exhibía ante ella.

—¿Qué demonios hacen aquí afuera?

Una sola vez había escuchado esa voz, una... Lord Durstfall.

—Hemos salido para llevar a cabo actividades lúdicas —se recordó que estaba ante la nobleza, y a fuerza de lucha con su ego, agregó—... Milord.

—Este no es lugar para mi sobrina, señorita. —No pensaba bajar del caballo, y la amabilidad la había dejado en su salón particular situado en el ala oeste, ahí, junto a la botella de whisky y los mejores licores importados.

—Señorita Monroe, milord —agregó Ava a sabiendas de que eso lo fastidiara.

—Señorita «como se llame» —dijo aferrándose a las riendas del caballo con fuerza, estaba a unos cuantos metros de distancia, y eso lo obligaba a elevar la voz, algo que le salía por demás natural—, su nombre es lo que menos me importa, lo único relevante aquí es su trabajo, y no lo está haciendo bien.

—Puntos de vista, Lord Durstfall.

Él rio con sarcasmo. Por lo visto, la discusión no iba a ser tan breve como

esperaba, sin más alternativa, descendió del caballo para acercarse a ella, era más intimidante de esa manera.

—En esta casa solo existe un punto de vista, señorita Monroe, y es el mío.

—¿Y cuál es ese punto de vista, si se puede saber?

Luke Skyller había perdido la práctica del enfrentamiento, llevaba meses recluido en la soledad de la mansión, años alejado del roce social, y todos aquellos que lo rodeaban respondían a él con verdadera sumisión. Nadie ponía en duda sus decisiones o acciones, y una institutriz recién llegada no iba a ser la primera en hacerlo.

—Uno que no merece ser compartido con usted... —fue tajante—, regresen a la casa —sentenció y se aferró a la montura con intenciones de volver a la cabalgata.

—No. —Esa fue la respuesta de Ava, una que lo paralizó a medio camino de la montura—. La niña necesita de esto.

Las palabras incorrectas. En dos zancadas, Luke estuvo frente a ella, la distancia que separaba ambos cuerpos era casi nula.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí, señorita Monroe? ¿Tres, cuatro días? —Su aliento quemaba, quemaba más que el sol del verano, las mejillas de Ava sintieron su fuego—. ¡Tan solo un par de días a su cuidado, y con eso ya cree que sabe lo que mi sobrina necesita!

Lord Durstfall era pura ira, y Ava la percibía, pero detrás de ella hallaba algo más, lo oculto, lo silenciado: el dolor. Rose sufría, él sufría. El dolor se había apoderado de la mansión y su familia.

—Las necesidades especiales de Rose son eso, solo necesidades, no son una enfermedad. —Los ojos del Lord la atravesaron, indagaron en ella, y Ava utilizó ese comportamiento a su favor, parecía que el conde bajaba las barreras, por fin encontraba una ventana por la cual ingresar a la fortaleza Skyller—. Lo que sea que le sucedió a la niña...

—¿Lo que sea que le sucedió? —El sarcasmo y la falsa risa regresaron a él—. ¡Métase en sus asuntos, señorita! —espetó tomando distancia de ella, luego le dio la espalda dispuesto a marcharse.

—¡Ella es mi asunto! —Alzó la voz, el malhumor del conde se le estaba contagiando—. Debo conocer su historia para ayudarla.

—¿Quiere conocer su historia? —se volvió hacia ella—, hable con los sirvientes, llevan demasiado tiempo sin gozar del privilegio del cuchicheo, deles el gusto... ellos le contarán la historia que quiere oír. —Tomó las riendas del caballo para guiarlo a pie hasta las caballerizas, los deseos de montar le fueron arrancados.

—Quiero oír esa historia de usted.

Ese fue el punto final para el conde, no tenía por qué aceptar bajo su techo a una muchacha tan entrometida. Él cargaba con el peso del pasado, con el peso de la historia y los errores. Daría lo que fuese por intercambiar roles con Rose, hubiese dado su vida por ella, por Eloísa; pero no, el destino tenía intenciones de crueldad con él, y día a día, comenzaba a entenderlo y aceptarlo.

—¿Quiere una historia, señorita Monroe? Le doy una historia... había una vez una institutriz que no supo oír las demandas de su empleador, y éste la despidió. Fin. Prepare sus maletas, es su último día aquí.

La tibia ventisca del mediodía se transformó en inquieto viento, el sol se ocultó temeroso tras las nubes, y las copas de los árboles danzaron con violencia.

Los cabellos de Ava se liberaron víctimas del viento, Rose se paró para disfrutar de la sensación. Extendió los brazos, giró con lentitud... también bailaba, bailaba al ritmo que la naturaleza le obsequiaba. Luke la miró embelesado, y Ava pudo jurar que los ojos le brillaron a causa de las lágrimas contenidas.

—¿Ese vestido? ¿Usted eligió ese vestido?

—No... ella lo hizo.

—Era el favorito de su madre —murmuró, ya no había furia en él, había recuerdos que le atravesaban el alma. Contempló el cielo—. Regresen a la casa, una tormenta se avecina —finalizó, y se perdió tras la repentina niebla.



Tal parecía que las dotes comunicativas de Ava se habían disipado en los terrenos de Durstfall. Nadie le hablaba. Los sirvientes murmuraban entre ellos, por desgracia, no de la tragedia, sino sobre ella. No conseguía que le dijeran algo, y la noticia de su despido había corrido como pólvora por los corredores de la mansión. A Ava no le importaba eso, casi sonreía de solo pensarlo. «No puede despedir a alguien que jamás ha contratado, milord». La única que se prestaba a una conversación banal era Suzanne Potter, aunque no tenía ninguna intención en profundizar en la historia pasada.

Cansada de las miradas de reojo, Ava tomó su plato, agregó un pedazo de pan, seleccionó una manzana y se marchó. En el umbral, Jeff, el jefe de cuadras, la detuvo con una poco sutil sugerencia.

—No le recomiendo que siga haciendo enojar al conde, señorita.

—No creo...

—Oh, Jeff, deja de asustar a la institutriz —interrumpió Suzanne—, por lo menos permitámosle llegar a la semana aquí.

—No la asusto —se defendió el aludido—, la advierto. —Se puso de pie, dispuesto a terminar la cena en los establos—. El conde le arruina la vida a todos los que no están de acuerdo con él.

—¿A qué te refieres? —indagó Ava, hambrienta de detalles que le dieran un panorama completo. Jeff abrió la boca, pero la mirada de Suzanne lo silenció. Como un niño reprendido, se marchó en dirección a la puerta que daba al exterior.

El silencio y la tensión crecieron de manera vertiginosa con la ausencia del jefe de cuadras. Ava sintió que la responsabilizaban por su partida, se encogió de hombros. Que pensaran lo que quisieran, ella no había hecho nada malo. No venía con la misión de generar discordia, sino con la de ayudar, y el límite que alcanzaba esa ayuda era incomprensible para la mayoría de los mortales.

—Bueno... mejor termino mi cena en la habitación. Buenas noches. —Con plato en mano, abandonó el lugar. Le molestaba un poco tener que encerrarse, desde que tenía siete años que vivía en la feria, en carpas o caravanas, solo el último tiempo bajo un techo. Se sentía asfixiada, y el aire de la mansión parecía más opresor de lo común. Pensó en las palabras de Jeff, y le otorgó el beneficio de la duda. Quizá lo decía desde el cariño que despertaba en ellos Lady Rose. En ese caso, ella hasta podía estar de acuerdo. Lord Durstfall no estaba haciéndole ningún bien a la niña con su reclusión, su propensión al whisky y su mal humor. No obstante, algo en el tono, en el fuego que refulgía en los ojos color miel del jefe de cuadra, le dijo que allí había un desprecio mayor.

—No indagues en lo que no corresponde —se dijo en voz alta, una vez al resguardo de su habitación. Saboreó la manzana, se reclinó sobre la silla y puso los pies en el colchón. A su lado, tenía un nuevo libro de la biblioteca. Ya no intentaba hallar ahí conocimientos para inculcar, sino inspiración y un poco de evasión. La situación de Rose era particular, no requería de una institutriz, y por eso todas las anteriores se habían marchado. Lo que la joven lady necesitaba era empatía a raudales, y por suerte eso le sobraba.

Relegó los pensamientos sobre Jeff a la lista de las cosas irrelevantes. Ella debía concentrarse en la historia en torno a Eloísa y a Rose, los pormenores de la relación patrón-sirviente no era de su incumbencia. Y si tenía en cuenta el trato recibido esa tarde, no debía de sorprenderle. Es más, lo único raro era que fuera uno solo de los empleados el que hablara mal del conde.

Se preparó para dormir, bajaría los restos a la mañana siguiente. No tenía ganas de chocar otra vez con el muro que resultaban los demás empleados. Sabía, en su interior, que no era algo personal contra ella, sino contra el rol que ocupaba. Lady Rose era muy querida entre ellos, y los abandonos

constantes de las institutrices los habían amargado. La señora Potter había dicho una semana, y Ava se convencía de que, si aguantaba ese tiempo, los demás compañeros de trabajo se abrirían a ella. Era la prueba para ganarse su confianza.

La camisa de dormir, el salto de cama y unas gruesas medias de lanas tejidas por Lara fueron su elección para la fría noche que le esperaba. Decidió no prender la vela, por miedo a quedarse dormida y agotarla, como le había pasado la primera vez. Los reclamos de Suzanne eran fundamentados, si los días de nubes y niebla continuaban, las reservas de velas se agotarían, y Ava sabía que los comerciantes comenzarían a especular con el precio de las mismas.

Se acercó al fuego para leer, aunque su mente viajaba por otros lares. Pensaba en lo bien que había resultado el trabajo con las piedras para contar, y deseaba probar al día siguiente con las letras. Paciencia... debía ser paciente.

Del conde nada había sabido, solo que no cenaba en el comedor. Usaba su despacho, y rara vez dejaba el ala oeste. La señora Potter se mostraba enigmática cuando hablaba de Luke Skyller, como si quisiera evaluar la opinión que ella se forjaba de él, sin contaminarla con la suya. Cada vez que dejaba caer un retazo de información, indagaba en la expresión de Ava en busca de una reacción. Y ya estaba más que claro, eran rivales en similar situación, ninguna revelaba nada.

Se disponía a dormir cuando el lamento lejano llegó a sus oídos. Ya no la apresaba la duda o el miedo, era Lady Rose. Ava se hizo un fuerte nudo con los lazos del salto de cama, por temor a encontrarse con el conde en el camino, cubrió sus pies con unos esarpines y abandonó la habitación llevando la vela consigo.

Una alumna poco ortodoxa y una institutriz en iguales condiciones daban como resultado lecciones fuera de lo común; y esa noche se prestaba a una de ellas. Conseguiría que Rose le dijera qué la aquejaba, qué intentaba decir con esos lamentos que nadie comprendía. Avanzó a paso firme camino a la habitación, y al llegar, se maldijo mentalmente. La niña no estaba allí.

—Esto me pasa por usar los sentidos equivocados. —Al igual que la primera noche, debía cerrar los ojos. Si quería comprender a Rose, necesitaba ponerse en su piel. Guiándose por la voz de la niña, apagó la vela, que ya no cumplía ninguna función, y anduvo a paso errante hasta acercarse al origen del lamento. Bajó las escaleras, atravesó el gran salón, el hall de ingreso... Abrió los ojos, el cielo cubierto impedía ver más que siluetas, pero eso bastaba para divisar a Rose dejando la mansión para lanzarse a la intemperie.

Sus instintos parecieron rasgarse a la mitad, pusieron en jaque su accionar. Los de mujer le decían que la detuviera, que la niña solo cubierta por el camisón y con sus capacidades sensoriales reducidas casi a la nada corría un gran riesgo al estar en las inmediaciones de la casa. Los otros instintos, más audaces y vigías, que le otorgaban un rol de mediadora entre planos, le gritaban que Lady Rose sabía adónde se dirigía.

Los pasos de la niña eran firmes, no trastabillaba ni chocaba con las rocas. Incluso era capaz de cortar el recorrido por los cuadrantes de césped sin perder el rumbo. Llevaba con ella una brújula invisible, algo le marcaba el sendero a seguir y Ava deseaba averiguar qué.

El camino de ingreso desembocó en el de gravilla que ella tan bien recordaba, secundado por un tupido bosque de robles y fresnos. No había resquicios de brisa, el aire era húmedo y pesado, y el calor de la tierra llamaba al vapor para hacerlo bruma. No podía decirse que lloviznara, el agua apresada se pegaba a una sin necesidad de precipitarse. Ava avanzaba a paso ligero, por miedo a que la niebla se devorara a la niña, que ahora callaba. En la bifurcación, sin titubear, Rose tomó el camino de la izquierda, ese que daba a la zona en la que Ava tuvo un torbellino de sensaciones.

Caminaron en silencio por casi una milla, ambas cubiertas solo por la ropa de dormir y con los cabellos trenzados que comenzaban a perder su forma. Ava ya no necesitó guardar distancia, Rose parecía saber que ella estaba ahí, y no se quejaba por el simple hecho de que la institutriz no le impedía el viaje.

En un punto preciso del sendero, sin que nada lo marcara como especial, la pequeña se detuvo y giró hacia la ladera. El ruido del arroyo se magnificaba en ese lugar, lo que indicaba que se formaba una cascada y una olla entre las

rocas. Rose alzó el dedo y señaló los árboles, como si de verdad estuviera viendo algo. Luego bajó el brazo y emprendió de nuevo el camino por la ladera. En esa ocasión, los instintos de mujer terrenal ganaron en Ava y la detuvo.

—No, no puedes bajar. Es peligroso —dijo, sin importarle que ella no oyera. Se acuclilló y probó extenderle la mano, para escribir las letras en su mano. «Peligro», pero Rose rompió en llantos, gritos y alaridos. Pataleó, luchó contra ella e hizo fuerza con el puño para impedir que Ava terminara de escribir la advertencia—. ¡Lady Rose, no! —exclamó con autoridad, esperando que la vibración alcanzara, como la primera noche—. No dejaré que bajes por allí, el terreno es escarpado y un paso en falso te puede provocar la muerte.

—No puede bajar, pero bien que puede andar por la noche. Eso no pareció molestarle... —La autoritaria voz la hizo estremecer. No lograba verlo, la figura del conde se escondía en la bruma, aun así, reconocía que el sonido provenía de sus espaldas. Se irguió y lo buscó en la oscuridad. La distracción le dio la ventaja a Rose para lanzarse por la ladera.

—¡Rose! ¡Rose! —la llamó ella, desesperada y dispuesta a lanzarse por la pendiente casi vertical. No fue necesario, tras atravesar el primer árbol, se dio de lleno con el conde y su sobrina, que se aferraba al pecho del hombre. Lo rodeaba con las rodillas por la cintura mientras que las manos las lanzaba hacia la espada del conde, como si quisiera alcanzar algo o alguien a quien habían dejado atrás.

—¿Qué demonios significa esto? —reclamó Luke, furioso—. ¿Qué clase de técnica de enseñanza le permite dejar a una niña a la buena de Dios en mitad de la noche?

—¿Podemos hablarlo luego, cuando no esté Rose? —pidió ella, con el mentón en alto. En la noche, con el casi extinto resplandor de la luna tras las nubes, solo podían ver el fuego de sus miradas, el desafío en ellas. Y Ava divisó el mismo infierno en las pupilas de Luke.

—Oh, usted es increíble —se molestó—, lo ha notado, lo sabe. ¡Rose no escucha, no ve, no habla! —La furia era tal que parecía emitir calor. La

pequeña, aferrada a su pecho, comenzó a patalear—. Nada de lo que digamos puede llegarle. Nada de lo que haga puede llegarle. ¿Lo entiende?

Sí, Ava lo entendió. Lo entendió mejor de lo que Luke imaginó. La ira del conde de Durstfall escondía una inmensa dosis de impotencia. No podía ayudar a su sobrina, y eso lo estaba matando en vida.

—El que no entiende es usted, milord —respondió con tono firme, tratando de dejar de lado el desafío—. Rose no escucha, no ve y apenas habla —Aclaró lo último con el afán de remarcar que la niña tenía voz, si podía gritar y gemir, podía hablar, solo que no quería—, pero lo que sí hace es percibir. Ahora siente, en cada fibra de su ser, su enojo. Por eso lucha, patalea. Y ni los brazos más fuertes de la tierra pueden impedirle que quiera huir del dolor que siente. Así que, por favor, ¿podemos hablar esto sin la presencia de Rose?

Luke Skyller no dijo nada por un buen rato. Se dedicó a observar a Ava Monroe, a medirla. La mujer no temblaba, le sostenía la mirada, como quien observa a un animal salvaje sin intención de mostrarle miedo. A medida que él se perdía en las profundidades azules de los ojos de la institutriz, en sus brazos, Rose se calmaba. Seguía extendiendo los brazos hacia la ladera, balbuceaba cosas ininteligibles, ya sin luchar, ni patalear, ni arañar. Ya no buscaba escapar de la furia y el dolor del conde de Durstfall. ¿Rose podía sentirlo? ¿Rose podía adivinarlo?

La idea de que su sobrina fuera capaz de ver lo que él tan celosamente escondía le provocó un miedo y una aprensión irracional. Rose era lo último que tenía, Rose no podía saber la clase de monstruo que era.

—No, no podemos, señorita Monroe, porque como bien dije esta mañana, y creo haber sido claro, usted está despedida.

Y con esas palabras, se perdió en la bruma llevando a su sobrina a cuestas. La niña seguía en su intento de decir algo, y Ava encontraría la forma de que lo hiciera. Luke Skyller no se desharía de ella con tanta facilidad.



Por la mañana, Ava tomó la iniciativa de compartir el desayuno con la niña en el comedor principal. No más camisones de dormir durante el día, no más aprendizaje y comidas en la cama. Sin la ayuda de Betsy, porque decidió que lo único que esta conseguía era fastidiarla con sus resoplidos, vistió a Rose y disfrutaron de una lenta caminata rumbo al salón. Se sentaron una junto a la otra con armoniosa calma, Rose manifestaba plena disposición para todo; la escapada nocturna parecía no haber restado fuerza alguna en la pequeña, de hecho, le había sumado una dosis extra de la misma. Ava untó una tostada con mantequilla y se lo entregó, Rose lo devoró ansiosa, a ese pan le siguió un bizcocho dulce y otra tostada. Para darle una variación a su alimentación, le acercó un tazón con frutas; permitió que las palpara hasta escoger una, Rose eligió un pulposo durazno que de inmediato acercó a su boca.

—¡Cielos, tu apetito hoy ha amanecido contigo, pequeña!

La señora Potter les hizo compañía en silencio, desde el dintel las observó con la satisfacción oculta en los ojos. Era reconfortante ver a la niña comer después de tantos meses de esfuerzo para conseguir lo mismo sin resultados exitosos. Suzanne había llegado a ese punto en el que se preguntaba: ¿Quién era Ava Monroe? Porque podía notar a la legua que no era lo que aparentaba ser, y a la vez, era mucho más de lo que todos pensaban que era. Los Potter llevaban siglos sirviendo a los Skyller, ella era la quinta generación al servicio del condado Durstfall, la historia del legado familiar estaba bajo llaves, y tal cual su función lo demandaba, poseía la llave que abría la puerta a los secretos y al pasado. No era tonta, si deseaba develar la verdad que guardaba en su maleta Ava Monroe, ella tendría que entregarle algo a cambio.

—Llegó a mis oídos la travesía nocturna que emprendieron anoche...

—¿Y que más llegó a sus oídos, señora Potter? —la interrumpió.

—Que no deberías estar aquí para estas horas del día.

Ava tomó su taza de té, bebió pequeños sorbos, era su manera de decir: no pienso marcharme a ningún lado.

—Me alegra verte tan relajada —continuó para extender la conversación entre ambas—. El conde podría no tomarse tan a la ligera tu comportamiento, cabe la posibilidad de que él mismo arroje tu maleta al camino.

—Eso me gustaría verlo, sería una jugosa anécdota para contar —dijo sin quitar su atención en Rose; en ese momento, hincó los dientes en la fruta y el jugo se escapó de sus labios—. Hablando de jugoso... aquí tiene, milady. —Le acercó a la mano libre una servilleta. Rose la utilizó para limpiarse la barbilla.

—¿Le hablas como si te oyera?

—Por supuesto que sí, su vida es silencio, ¿qué sentido tiene darle más de ello? Además, subestiman a Lady Rose... no se ofenda, señora Potter, pero creo que ustedes son los que la hacen débil.

—¿Nosotros? —Suzanne quiso desligarse de la culpa, aunque en cierta forma sabía que parte de ella le correspondía—. Nosotros solo cumplimos órdenes.

—«Órdenes» —repitió Ava—. Esa parece ser la palabra más utilizada aquí.

—Órdenes y silencio, esa es la prerrogativa de Durstfall. —Por primera vez, la ironía salía a flote en la señora Potter.

—Ya veo... y también veo que nadie está dispuesto a ir en contra de eso.

—Exacto, el silencio vale cada penique ganado.

Ava estaba atada de manos, en algunos aspectos vivía las mismas experiencias de Rose, la querían ciega ante los hechos del pasado y muda ante las situaciones del presente. Suzanne enredó los dedos al manojito de llaves que colgaba de su cintura como un recurso de distracción mental, algo que hacía de manera habitual, el golpeteo de las mismas logró una hipnótica melodía.

—Lady Eloísa murió en esa ladera, al igual que el chofer, Henry — Suzanne, finalmente, rompía las cadenas de su silencio. ¿Por qué? No lo sabía,

solo lo hacía—, y Rose... casi lo hace también. El carruaje rodó hasta llegar al arroyo, la niña fue expulsada del carro por la fuerza del movimiento, su madre no tuvo tanta suerte... murió ahogada. El conde se culpa por ello.

—¿Por qué?

—Porque él tendría que haber estado ahí, no ellas. —La mujer exhaló ante la sensación de sentirse más liviana—. Ahora ya lo sabe... puede quedarse con las palabras «órdenes y silencio», o puede reemplazarlas por las que corresponden: «culpa y dolor».

Extender su presencia significaba abrir la puerta a más, Suzanne decidió que ya era suficiente por el momento. Regresó a sus tareas y las dejó de nuevo a solas.

Ava cerró los ojos, respiró profundo para lograr un estado óptimo de relajación, intentó recrear en su mente la imagen de la tragedia con los retazos que poseía de su trance y con la información suministrada por la señora Potter.

Los caballos al galope frenético, el vehículo fuera de control, la nevada... El carruaje rodando por la ladera... la angustia, la desesperación. Podía sentir todo. Eloísa estaba ahí con ella, y le contaba lo sucedido. Rose no había sido expulsada por la fuerza del impacto, su madre lo había hecho con la intención de poner en resguardo su vida, y lo había logrado invirtiendo en ella la propia.

La sensación de ahogo la atacó, parecía que sus pulmones se llenaban de agua... ¡Dios, no podía respirar! ¡No, no podía! Las manos de Rose buscaron a las suyas, con sus dedos trazó una palabra en su palma: «Mamá».

La sensación de ahogo desapareció, fue suplantada por un profundo asombro. ¿Era posible que Rose sintiera la presencia de su madre al igual que ella? ¿La voz susurrante del alma de Eloísa también llegaba a Rose?

La niña se abrazó a ella, acercó la boca a su oído y gimió: MaaaMaaa... MaaaMaaaa. Era lo más cercano a una palabra que le había oído decir.

—Sí, Rose... —Ava le permitió que se sentara sobre su falda, y ahí la acunó entre sus brazos. Le susurró—: Ella está aquí... lo sé, y tú lo sabes

también, ¿verdad? Tranquila, tranquila, yo voy a ayudarte, lo prometo. —Le acarició el cabello—. Lo prometo.

—¡Maldita mujer, todavía sigue aquí!

Luke Skyller estaba hecho una fiera, contemplando el espectáculo meloso que Ava y Rose brindaban. Todavía llevaba puesta la ropa de la noche anterior, y su actitud soberbia y petulante parecía mermada por la embriaguez. El recuerdo de la tirada de tarot de Lara hallaba su personificación en él. Parte hombre, parte bestia... el conde de Durstfall arrastraba cadenas de culpa y dolor. Pero a diferencia de otros diablos, ese que tenía ante ella tenía salvación.

—¡Por supuesto que sigo aquí! Le acabo de hacer una promesa a Rose y pienso cumplirla.

—No prometa cosas que no puede cumplir, señorita Monroe. —Estaba borracho, no tenía barreras en su lengua ni en su mente—. Créame, yo lo he hecho...

—Yo no soy usted, milord.

Lord Durstfall quería cargar a Ava Monroe sobre sus hombros para llevarla muy lejos de ahí. La detestaba. Lo inquietaba. Lo envolvía con sus palabras, peor aún, lo encandilaba. La oscuridad de su iris fue en busca de la brillante luz que los ojos de la muchacha emitían. Él era noche, ella era día. Estaban destinados a ser opuestos, y a la vez, estaban destinados a existir el uno por el otro. Reconocer que necesitaba a Ava Monroe fue su primer acto de cordura en meses.

—Tiene razón... usted es solo una maldita mujer. ¡Una maldita y testaruda mujer! Haga lo que se le plazca.

Capítulo 5

No estaba llegando a ningún lado. Ni con Rose, ni con Luke Skyller y, sobre todo, con Eloísa. No conseguía descubrir qué necesitaba la mujer desde el más allá. Era por demás de claro que tanto el conde como su sobrina estaban atormentados, pero no solían ser esas las razones por las que las almas quedaban vagando en el limbo. Deudas, rencores o peligros solían ser sus misiones.

La última familia a la que intentó ayudar volvió a su mente y tuvo que contenerse para no marchar de ahí despavorida. Se había llevado consigo mucho sufrimiento y dolor. Y la historia en Durstfall presentaba los mismos matices.

Extrañaba a Lara, a Theo y a Ranjit. La niebla, el clima y la reclusión le estaban haciendo daño. La empatía característica en ella le dijo que lo mismo le sucedía a Rose, solo que para la niña era mil veces mayor, estaba sola con ella misma.

—Señora Potter —la llamó tras finalizar la clase con Lady Rose. La niña se encontraba particularmente aislada esa tarde. Se paraba contra la ventana, casi como si pudiera ver, y su blanquecino rostro quedaba iluminado por la poca luz en el cielo encapotado. Estaba melancólica, y eso era lo peor que le podía pasar dada su condición. Si su única compañía era ella misma, era de extrema importancia mantener su ánimo fuerte. Por ese motivo, tras algunas letras en la mano, cambió la clase por una de arte culinario. Probar pastelitos y decir de qué eran. Consiguió un par de sonrisas de la joven lady, así como una buena predisposición del ama de llaves.

—¿Sí, señorita? ¿Más pasteles? —Suzanne se hallaba sacando las cenizas de la chimenea central. Ava miró derredor, maravillada por la elegancia arquitectónica del lugar. Al estar deshabitada, pero no abandonada, la estancia brillaba impoluta, con sus mesas de madera lustrada, sus tapices y alfombras con intrincados paisajes, los jarrones de fina porcelana vacíos y las pesadas

cortinas de calidad cubriendo los altos ventanales. Estaba muerto, la belleza era como la de un costoso mausoleo.

—¡Oh, no! Creo que a alguien le dolerá el vientre esta noche. —Las mujeres compartieron una sonrisa cómplice—. Le quería pedir otro favor.

—Usted pida, yo obro el milagro. —Ava, acostumbrada a tareas más pesadas que jugar a comer pastelitos, se acuclilló junto a Suzanne y se unió a la tarea de quitar hollín.

—Quisiera acomodar un camastro, o un par de mantas me bastarán, junto a la cama de Lady Rose. He notado que su condición empeora por las noches...

—Y sus escapadas comienzan a hacerse más y más frecuentes —completó el Ama de llaves.

—Sí. Quiero saber qué la despierta, qué la lleva a hacer eso.

La señora Potter se encogió de hombros, y en su expresión se adivinaba un «¿quién sabe?». Para ella no había explicación racional para el comportamiento de la niña. Había perdido a la madre, tres de los cinco sentidos... un poco de locura le parecía normal en esas circunstancias. Sin embargo, le agradaba que Ava Monroe buscara respuestas, en lugar de irse diciendo «No es el trabajo para el que me pagan».

—Creo que hay un camastro viejo en el altillo, no puedo asegurar que no venga con fantasmas incluidos —bromeó la mujer, y a Ava eso le causó tanta gracia que largó una carcajada.

—Tengo más experiencia con fantasmas que con niños.

—Es que son de la época de las fiestas de lores y vasallos, y esas cosas, cuando en los salones se ponía paja en lugar de alfombras. Va a servir, le prometo hacerlo acogedor.

—No se preocupe, con eso también tengo experiencia. He dormido en cada lugar... —La confesión abandonó sus labios antes de que Ava comprendiera su metida de pata. Se sonrojó apenas y disimuló ocupando sus

manos en la labor de limpiar. Suzanne la observaba con las cejas alzadas.

—Si le hace bien a Lady Rose, no es de mi incumbencia —sentenció de manera amistosa—, en general se me dan bien las personas, y usted parece buena.

—Gracias...

Y sin más preguntas, terminaron de limpiar la chimenea.

Lady Rose estaba exaltada, tanto que la señora Potter olvidó que Ava Monroe no era quien decía ser. La felicidad de la niña por una noche de pijamas contagió a todos en la mansión, a todos salvo al conde, que se escabulló temprano en el ala oeste y ni la cena solicitó.

Los quejidos y balbuceos de Rose eran alegres, y en todo momento le extendía la mano a Ava y escribía en ella.

—Despacio, pequeña —pidió la institutriz, y lo repitió con un gesto de mano en alto, que Rose palpó. Algunas palabras, como «hola», «detente», «despacio», «adiós», tenían su propia seña entre ellas, de modo de no tener que deletrearlas por completo, algo que solía agotar la paciencia de ambas. A la señora Potter le agradaba que Ava le hablara a la niña, y había comenzado a hacerlo ella también. Al tiempo, ordenó que todos los que estuvieran en contacto con Lady Rose lo imitaran.

«Las vibraciones», fue la explicación del ama de llaves, que no entendía muy bien lo que decía, pero había escuchado esa explicación de la institutriz.

Rose deletreó en la palma «oso», y Ava le alcanzó el muñeco de tela en forma de oso, regalo del padre de la joven. Sabía por Suzanne que la muerte de Lord Shotton fue casi inmediata al nacimiento de su hija, y que desde entonces tanto Eloísa como su hija vivían bajo el techo de su hermano. La tuberculosis fue el verdugo que dejó a Lady Rose huérfana y sin recuerdos de su progenitor. Ava enfureció con Lord Durstfall por no mostrarse presente en la vida de su sobrina, tan necesitada de la unión familiar.

Tras acomodar todo, y despedir a Betsy, la institutriz y la alumna se dispusieron a dormir. El camastro junto a la cama de doble dosel era más cómodo de lo que Ava podía esperar. Suzanne lo había cubierto de mantas y almohadones, y el olor a limón y lavanda de los productos de limpieza le inundaba las fosas nasales y la reconfortaba. Rose extendió el brazo por el borde de la cama en busca de su mano, ahora, casi siempre iban tomadas así, por si la niña quería decir algo urgente.

Se durmieron de inmediato. La habitación de Rose era mucho más acogedora, el fuego la caldeaba mejor e impedía que el aire se enviciara. El reparador descanso duró hasta la medianoche.

Sin previo aviso, la temperatura disminuyó varios grados. Ava se despertó ante la presencia de la brisa que no parecía responder a ninguna ley de la física. El fuego ardía en la chimenea, pero no atravesaba el muro invisible y helado que las aislaba.

Rose se incorporó en la cama, aún la tomaba de la mano, aunque parecía no sentirla. Tenía los ojos perdidos, fijos en un punto de la habitación. Ava percibió que de ahí provenía la helada brisa, cerró los ojos y agudizó el resto de los sentidos. Podía jurar que oía un lamento. Sus poderes extrasensoriales no eran tan agudos, de modo que escuchar una voz del más allá fuera de un trance la sorprendió. Volvió a enfocarse en el plano terrenal, en ese en el que Rose se encontraba. La niña se puso de pie y, sin soltarla, extendió su otra mano al punto de la habitación. Luego comenzó a arrastrar a Ava por el corredor, por el hall, por la puerta de ingreso y el sendero principal. Una nueva excursión nocturna.

Ava estaba atónita. Tenía una pieza más, comprendía lo que le sucedía a Rose. El resultado de eso era una nueva pregunta ¿Si no era su hija, qué buscaba Eloísa?

La niña, tras el accidente, se había convertido en un canal con su madre. La pérdida de los sentidos clásicos llevaba a la gente a desarrollar los ocultos. Era muy común que las personas con las capacidades sensoriales disminuidas fueran más intuitivas o percibieran cosas que no parecían estar ahí. Sin ir más lejos, sus dones se habían dado de esa manera, y aunque ahora contaba con el resto de sus sentidos, era consciente de que se agudizaban

cuando lograba silenciar los estímulos terrenales. Rose estaba exenta de ellos, y había convertido esa pérdida en una oportunidad de comunicación con su madre. Ava sintió pena por la niña al tiempo que comprendía la razón de la falta de mejoría. Lady Rose no estaba tan dañada físicamente como para no sanar, por lo menos en parte, sino que temía que esa sanación le quitara la oportunidad de seguir en contacto con Eloísa.

El luto era difícil para todos, despedirse de los seres queridos, saber que no se los va a ver más. Era comprensible de parte de Rose, pero no lo era de parte de su madre, y eso la perturbaba. Las almas, cuando atravesaban la muerte, solían comprenderlo todo, incluso la necesidad de decir adiós. Jamás se aferraban a los vivos por la misma egoísta razón que los vivos se aferran a los muertos. La razón por la que Eloísa usaba a su hija de canal de comunicación era una incógnita indescifrable en esos momentos.

Maldijo una y mil veces a todo el condado de Durstfall por su secretismo, por su desconfianza con los forasteros. Necesitaba saber qué sucedía allí para poder deshacer el lazo que ataba a Eloísa con Rose, liberar el alma de la mujer para que siguiera la luz, y permitirle el proceso de sanación a la niña.

Y para eso, era primordial que Eloísa se comunicara con ella en lugar de Rose. Por desgracia, en su condición, la niña la superaba en dones y era más receptiva. Ava podía sentir, percibir, adivinar... pero no podía oír ni ver si no era en trance. Era evidente que la pequeña sí podía hacerlo.

Se dejó guiar por Lady Rose por el camino, pese a ya saber el destino: El punto en la ladera que finalizaba en una cascada, el lugar en que el arroyo hacía una olla en la que el carruaje de Eloísa se sumergió para quitarle la vida.

Al igual que todas las noches desde que estaba allí, la niebla espesa las acompañaba en la travesía. El aire se veía plateado, y si bajaba la vista, no lograba divisar sus propios pies.

—Rose —la llamó Ava, y presionó la mano para que la abriera, allí escribió—: ¿Qué deseas decirme?

—Maaa —lamentó Rose, sin necesidad de deletrear.

—¿Tu mamá está aquí?

«Tras la bruma», deletreó la niña, y Ava supo que en su inocencia confundía la niebla del lugar con el vacío del limbo.

—¿Cómo podemos ayudarla? —preguntó en voz y tacto.

La respuesta no llegó. Rose se inquietó, e intentó perderse en la ladera como noches anteriores. Pataleó, lloriqueó y luchó contra el cuerpo menudo de la institutriz. El motivo del estado de la niña estaba ahí, tras el muro de niebla.

—Milord —lo llamó Ava, furiosa por la intromisión—, milord.

La sombra del hombre se recortó en la espesura del aire, casi de manera fantasmal. Ava tembló, por un segundo, le temió. ¿Y si debía proteger a Rose de su tío? Le recordaba a otra historia, a otro final, y se estremeció.

Contra todos sus instintos, cerró los ojos, aun cuando eso le daba ventaja al posible enemigo, e intentó verlo con el resto de sus sentidos. Sacar la esencia de ese hombre. Rose seguía tomada de su mano, y la energía de la pequeña le llegaba. No estaba asustada de su tío, eso la ayudó a respirar, pero sí estaba enojada con él. Furiosa. Frustrada... y triste. Muy, muy triste.

Al fin abrió los ojos, para hallar la mirada del conde fija en ella. Silencioso, perturbado. Parecía querer arrancarle la cabeza con sus propias manos. La violencia contenida en su fornido cuerpo escapaba de él por cada poro.

—Como los demás empleados... —salió de labios de Ava.

—¿Cómo dice?

Lo había expresado sin pensar, casi como si no hubiera sido idea suya. El significado de las palabras le llegó después, y logró explicarse.

—Como los demás empleados, no me odia a mí, odia lo que represento.

—Una maldita institutriz inútil, más concentrada en su salario que en las necesidades de su pupila. —La declaración del conde la golpeó junto al aroma

a whisky. A Rose también la alcanzó el olor a alcohol, y Ava pudo sentir que eso aumentaba la sensación de ira y tristeza. Eran los sentimientos de Eloísa para con su hermano. En ese punto eran tan intensos que la niña apenas podía ser dueña de sus emociones sin que se mezclaran con las de su madre. Eso era peligroso, perder el plano terrenal por tanto tiempo podía dejarte tan atrapada en vida, como las almas en el limbo. Por eso ella tenía a Lara, y por eso Rose la necesitaba a ella. Y más que a ella, a su tío.

—Y dígame, milord ¿en que está concentrado usted? —El desafío dio de lleno en el pecho del hombre. Luke Skyller estaba perdido en su dolor, y ajeno a las necesidades de su sobrina.

—No hablaremos en mitad del camino. Si no lo ha notado, Rose está apenas en camión... —Una mirada de fuego la atravesó—, y usted también.

Los aires de pelea se ahogaron en la humedad de la noche, y el intenso rubor se instaló en las mejillas de Ava. No era una niña inocente, tenía algunos amantes en su haber, hombres que supieron respetar su libertad en el pasado. Pero la mirada de Lord Durstfall la hizo arder. No tenía forma de cubrir sus curvas, pues en el apuro de seguir a Lady Rose, no se había puesto el salto de cama. El blanco de su camisa de dormir se transparentaba apenas y la humedad de la niebla lo había vuelto pesado, casi al punto que se pegaba a la piel y evidenciaba el cuerpo.

El hombre no esperó a que la señorita Monroe recuperara la compostura. Tomó a su sobrina en brazos y se alejó de allí a paso firme. Los lamentos de la niña se hicieron oír de inmediato, el intento desesperado de comunicación.

—¿Me sigue, señorita Monroe? —escuchó por sobre los gritos—, si se pierde en la niebla, recién al amanecer enviaré a alguien en su búsqueda —amenazó sin rastros de piedad.

—Lo sigo, milord.

Luke era pura ira contenida cuando atravesaron el umbral. Betsy aguardaba soñolienta junto a la señora Potter para atender las necesidades de Lady Rose. Ambas mujeres se fijaron en la pobre imagen que se presentaba ante sus ojos. El conde ebrio y la institutriz, mojada hasta los huesos, detrás de

él.

—Encárguense de mi sobrina, cierren la puerta con llave si es necesario —ordenó el hombre—, señorita Monroe, a mi despacho... —Se giró para observarla. El fuego de la chimenea principal, esa que Ava había ayudado a limpiar, la alumbraba y el resultado de ese cuadro lo dejó sin aliento. El cabello negro de la institutriz lucía una trenza deshecha, con algunos bucles sueltos que enmarcaban su perfecto rostro oval. Las mejillas estaban sonrosadas por el frío y una cuota de pudor, que contrarrestaba el desafío en su mirada de profundos ojos azul grisáceo. Un deseo descarado de poseerla lo abrumó, y lo hizo odiarse. El desprecio que sintió por sí mismo fue proyectado sin piedad en la mujer que lo despertaba—. Antes póngase presentable. Esta es una casa decente. —Y se perdió en el corredor que daba a su despacho.

A Ava le costó acatar la orden. Estaba sobrepasada por las circunstancias. Había sentido parte del dolor de Luke Skyller, incluso llegó a experimentar empatía por él. No lo comprendía, porque su pecho rugía de desprecio hacia el hombre, y otra parte se entibiaba por la compasión.

Se apuró a ir a su habitación. Un salto de cama no bastaría, necesitaba lo más recatado de su guardarropa para volver a enfrentar la mirada del conde. El deseo percibido no era una sensación externa, era demasiado terrenal. Al igual que el odio que despertaba ese deseo.

—No me desprecia a mí, desprecia lo que represento —se recordó en voz alta para darse valor. Se colocó la pesada falda gris con la que había llegado, una camisa negra de cuello alto y se cubrió con un chal tan largo que bien podía ser una manta. En los pies, los esarpines tejidos por Lara le templaban la helada piel después de su paseo nocturno. Con la mente fija en sus seres queridos para darse coraje, se dirigió hacia el despacho del conde.

Luke la aguardaba detrás de un gran escritorio de caoba macizo. En sus manos, un vaso de whisky que apuró de un trago y volvió a llenar. Solo una vela alumbraba el lugar junto al fuego de un hogar. El cobrizo resplandor proyectaba luces y sombras sobre el conde y completaba el escenario perfecto de intimidación.

Podría haber funcionado, pensó Ava con una sonrisa que se apuró a

ocultar, si no fuera porque ella había crecido en una feria, rodeada de espectáculos e ilusiones ópticas. Conocía el poder del dramatismo.

El cabello negro de Luke relucía algo húmedo, la mirada se veía aún más negra y el rictus, severo, dejaba adivinar parte de las emociones del interior. Solo ese fragmento que el conde quería mostrar: furia y violencia. Ava se sorprendió al hallarlo atractivo, porque esa era la palabra que lo definía: atracción. Era el magnetismo que el misterio ejercía en ella lo que la llevaba a estar de pie en el despacho sin rastros de miedos.

Ese hombre no la lastimaría, así bebiera hasta la última gota de whisky de la botella, así ella sacara a Rose de la cama y la llevara a caminar por la ladera, así le gritara y comenzara a arrojarle cosas por la cabeza... El conde de Durstfall era un buen hombre. De igual modo, no caería en la ingenua ilusión de pensar que era inofensivo. Podía contener la violencia física a fuerza de voluntad, pero las emociones... oh, esas estaban por explotar, y uno nunca sabía a qué atenerse ante una fiera herida.

—Milord... —pronunció con cautela.

—Cierre la puerta. Nos debemos esta conversación hace una semana...

El pedido parecía carente de sentido, el ala oeste solía estar vacío. Por eso se sorprendió al ver la sombra de un sirviente escabullirse en el corredor cuando cumplía la orden.

—Siéntese, me pone nervioso su andar. Comienzo a sospechar que su educación deja mucho que desear, no tiene usted el porte de una dama. —El comentario, en lugar de insultarla, la halagó. No existía cosa en el mundo que le molestara más a Ava que las damas regias que no hacían más que posar. Ocupó el lugar en la silla frente al escritorio, y ambos largaron el aire con cierto alivio. El desafío entre ellos era tan palpable y denso como la niebla del condado, por lo que igualar las condiciones los ayudaba a tener algo similar a una conversación civilizada—. Quiero dejar esto en claro, porque parece no ser capaz de comprenderlo. No deseo que Rose siga con sus andanzas nocturnas, y su labor es detenerlas, no alentarlas...

—Milord... —intentó explicar Ava, y la interrupción cayó pésima en el

ánimo alterado del conde.

—No le di permiso para hablar. Habla demasiado, señorita Monroe, tanto que no escucha ni piensa. Su boca no hace más que irritarme...

—Lo siento —se disculpó, y recibió una mirada penetrante del conde. En lugar de intimidarse, sonrió y bajó la mirada para esconder la reacción. El desafío volvía a generar corrientes entre ellos.

—No me agrada, señorita Monroe, ni usted ni sus métodos. Se cree en el lugar de decir qué siento yo por mi sobrina, qué hago mal y qué hago bien. Usted no conoce absolutamente nada sobre nosotros, y haría bien en guardar su endemoniada soberbia. No sabe mejor que yo lo que Rose necesita.

—Lo necesita a usted, milord... no hay que ser brillante para dilucidarlo.

—¡Y a mí me tiene! —El exabrupto del hombre la hizo retroceder en la butaca. Alzó el rostro para encontrarse con el de Luke, que se aproximaba de manera amenazante sobre ella—. Deje sus conjeturas de lado, señorita Monroe. Puede que sea un monstruo, un ser despreciable, pero soy el tío y tutor de Lady Rose y hago tanto como está a mi alcance para brindarle lo mejor. Uno tras otro los médicos hasta que nada pudieron hacer, y la dejaron sorda, ciega y muda. Una tras otra las institutrices hasta que la abandonaron igual que la hallaron... seres despreciables que vienen con sus cartas de referencias a mirarnos con condescendencia y a decirnos qué hacer. ¿Y sabe qué, señorita Monroe? Todos se rindieron, todos se marcharon. Yo, en cambio, sigo aquí, y seguiré aquí, y volveré a intentar con otro médico, con otra institutriz. Porque yo no me rindo. ¡Así que no venga con sus malditos aires de superioridad a decirme en qué debo o no debo concentrarme! Escúcheme bien —Se incorporó sobre el escritorio, con las palmas como sostén y acercó aún más el rostro furibundo al de Ava. La institutriz no lucía apenada ni asustada, sino satisfecha y eso alimentó la hoguera del temperamento de Luke—, se terminaron las andanzas nocturnas. El lugar al que Lady Rose va cada noche es donde mi hermana falleció, es una zona escarpada y peligrosa, que termina en una enorme y profunda olla de agua. Ya perdí a Eloísa, no perderé a mi sobrina. ¡¿He sido claro?!

—Sí, milord —asintió Ava, con el mentón en alto y sus ojos azules

brillantes por la emoción.

—Usted se irá, señorita Monroe, se irá como hicieron todas. Le ahorro la renuncia, se lo vuelvo a repetir, está despedida, y si para mañana sigue aquí, escribiré a la escuela de institutrices y jamás, ¡Jamás!, volverá a trabajar.

—No puede despedirme —contradijo ella.

—¿Quiere apostar?

—Encantada, pero sería hacer trampa de mi parte e intento ganarme su confianza. Desconfianza ya me sobra desde que puse un pie en las tierras Durstfall.

—No pierda el tiempo conmigo...

—Exacto, eso intento, no perder tiempo con usted. Pero usted, milord, no hace más que interponerse. Se lo recuerdo, me lo dijo la primera noche que hablamos, no estoy a su servicio, estoy al servicio de Lady Rose. Y ella me necesita, lo vea usted o no. Y aquí me quedo. Puede prohibirme el techo, entonces iré a una posada, y volveré cada tarde a dictar mis clases, y cada noche a descubrir lo que su sobrina nos quiere decir...

—¿Nos quiere decir? —la cortó Luke, y alzó las cejas. Sabía por Suzanne que la institutriz había conseguido un mínimo de comunicación con Rose.

—Milord, por favor, seré yo quien le pida que se siente. Lo que voy a decir puede perturbarlo...

—¿Más? —dijo con una dosis curiosa de sarcasmo, casi como si fuera una broma de un hombre que se tomaba la vida con humor. Pero no podía ser eso, pensó Ava, Luke Skyller había perdido cualquier vestigio de felicidad.

—Sí, más. —El hombre acató y ese fue el pie para que Ava se sincerara. Quería la confianza del conde y solo podía conseguirla a través de la verdad —. Existe un motivo por el que Lady Rose no mejora... verá, cuando perdemos algunos de los sentidos, solemos agudizar otros. Habrá escuchado hablar de que los ciegos mejoran el oído o incluso el tacto. —Luke asintió—.

Pues bien, cuando se pierden tantos sentidos como le ha pasado a Lady Rose, es normal... eh... cómo decirlo... desarrollar nuevos.

—¿Nuevos sentidos? ¡¿De qué demonios habla?!—

—De que Lady Rose se puede comunicar con su madre, y mientras eso suceda, no tendrá intenciones de mejorar. ¿Qué le brinda este plano de superador al otro? Lady Eloísa está atrapada en el limbo, necesita ir hacia la luz y de ese modo...

—Suficiente —la interrumpió Luke alzando la mano—, suficiente con esta locura. No puedo creer lo que estoy escuchando...

—Lo sé, es difícil de aceptar, pero necesitamos saber por qué Eloísa está atrapada, necesitamos ayudarla a...

—Es... es... —balbuceó Lord Durstfall—, ¿es usted la peor clase de embustera que existe! ¿A cuántos hombres ha engañado con esta farsa? ¿Confianza? ¿Y todavía tiene el descaro de pedir confianza? ¡Márchese de aquí, no quiero volver a saber de usted nunca más en mi vida! Se equivocó de hombre, señorita Monroe, ya no soy un ingenuo que cae en tretas bajas.

—No me iré... —Ava se puso de pie—. Digo la verdad, y haré lo que vine a hacer con o sin su ayuda, milord.

—Si no desaparece, la haré arrestar. O no, mejor la mandaré a un manicomio.

—Puede intentarlo, no sería ni el primero ni el último... Ahora, si esto es todo lo que tiene para decir, me retiro.

El descaro de la mujer lo sacó de sus casillas, pero Ava había tenido razón en su apreciación. Lord Durstfall era incapaz de lastimarla, no era un hombre vil, sino uno atormentado. Se culpaba de la muerte de Eloísa, del estado de Rose... y de algo más, de un engaño que ella representaba. «Ya no soy un ingenuo», ¿alguna vez lo fue, Lord Durstfall? ¿Alguna vez fue ingenuo, alegre, feliz, inocente?, se preguntó mientras abandonaba el despacho y dejaba al conde sumido en una bronca contenida a fuerza de alcohol. Abstraída en sus

pensamientos, se dio de lleno con Jeff, el jefe de cuadras.

—Lo siento —se disculpó ella—. Buenas noches.

—Señorita Monroe —la detuvo él—, permítame aconsejarle que se marche. Las amenazas del conde no son para tomárselas a la ligera. Ya ha arruinado demasiadas vidas.

—¿A qué se refiere? —inquirió. Jeff no contestó. Avanzó a paso firme por el corredor hasta la escalera de servicio. Otra pregunta quedó resonando en la mente de Ava, una que no tenía a Luke de centro: ¿Qué hacía el jefe de cuadras en el ala oeste?

Capítulo 6

Para el conde de Durstfall, Ava Monroe era sinónimo de problemas y doble borrachera. La conducta de la muchacha no hacía más que potenciar su encierro, no quería verla, menos oírla; en especial luego de la conversación de noches pasadas. Estaba llegando a suponer que la tal Ava estaba loca como una cabra, y esa locura, de una extraña manera, le era funcional a su sobrina. ¿Acaso era importante algo más? Él mismo lo había dicho, todos huían... todos. Ella todavía estaba ahí, por algún motivo, echaba raíces junto a ellos. ¡Maldita mujer desquiciada!

Necesitaba de una bodega entera para acallar los pensamientos que la muchacha le provocaba. Lo peor era que parte de esos pensamientos solo se dedicaban a construir imágenes de su hermosa figura en su mente.

Luke, entre trago y trago, se enfrentaba a el verdadero significado de sus sensaciones. El pasado lo definía, lo convertía en el hombre que era, y ese pasado se extendía mucho más allá del trágico accidente. La partida de Eloísa había sido el desenlace final, la certificación de la muerte de su corazón, uno que ya había sido atravesado con el filo de la más dolorosa traición. Sí, Luke Skyller había amado, y lo había hecho con cada partícula de su ser, se había entregado por completo a alguien, y ese alguien... Aggg, ese alguien, le había dejado el sabor del odio en los labios.

Cuando decides no poner al corazón frente a la toma decisiones, tarde a temprano, la razón te consume. Y seamos sinceros, la razón de razón no tiene nada, es necia, fría, mide todo en la balanza. ¿Qué clase de existencia puede vivirse de esa manera? El conde de Durstfall tenía la respuesta. Ninguna, a menos que sea acompañada de un buen vaso de whisky.

Sabía que la única forma de aceptar tener a la joven institutriz bajo el techo de la mansión Skyller sería a través de la confianza, el problema era que él no estaba dispuesto a depositar de nuevo su confianza en una mujer. No, no lo haría. ¿Entonces? Entonces debía sacársela de encima, extirparla de ellos.

Por supuesto a eso se le sumaba otra pregunta: ¿cómo? Si la muy testaruda ni siquiera se tomaba los despidos en serio. ¿En verdad iba a tener que cargarla en sus hombros y arrojarla al camino para alejarla de su vida?

Cargarla en sus hombros, sentarla a horcajadas sobre él... desnudarla, recordarle a fuerza de besos y caricias quién era él. ¡Maldición!

Rellenó el vaso con una doble medida de brandy, se había agotado la reserva de whisky del despacho, debía de esperar a que los sirvientes lo repusieran, o en su defecto, ir él mismo hasta la bodega. Sí, iría él mismo, dos sorbos de la bebida le habían bastado para reconocer que no saciaría su garganta.

Intentó levantarse, lo hizo a duras penas y no lo consiguió del todo, estaba entumecido. Luke Skyller no le daba tregua a nadie, menos que menos a su cuerpo. Repitió la acción y, en esa oportunidad, abandonó la silla para dar un par de pasos. El triunfo le duró lo que dura un suspiro, trastabilló y cayó de rodillas; por suerte, antes de impactar de bruces con la alfombra, alcanzó a tironear de la campanilla que se utilizaba para llamar a la servidumbre.

No solía requerir las atenciones de los empleados, le gustaba valerse por sí mismo, y de necesitar sí o sí la presencia de uno de ellos, la única en apersonarse era la señora Potter. En minutos estuvo ahí. Lo encontró tendido en el suelo, como quién ha decidido tomar una siesta de manera abrupta sin procurarse un lugar confortable.

—¡Por todos los ángeles del cielo! —La expresión de la señora Potter le robó una carcajada.

—¡Y del infierno! No te olvides de ellos —bromeó para esconder la vergüenza—. ¡Son los más divertidos!

—Sí, puedo verlo... —replicó Suzanne con sarcasmo mientras lo observaba desde su postura vertical con los brazos en jarra. No estaba feliz ante la imagen—. ¡Esas amistades no le están haciendo bien! —Se refería a las botellas de alcohol que desfilaban por todo el despacho.

—¡Acostúmbrate a ellas, son las únicas amistades que tengo! —Se

interrumpió a causa de un quejido, intentaba reincorporarse y el cuerpo le dolía, había perdido la práctica—. ¡Y las que quiero! —agregó con una exhalación profunda—. Ven, dame la mano...

—¡No! —No solo se negó, también dio un paso atrás para que él no pudiera valerse de ella.

—¡Suzanne... te ordeno que me des la mano!

La señora Potter se quebró en una falsa y sonora carcajada. Suzanne, antes de convertirse en la ama de llaves de la mansión Skyller, había servido como doncella a la madre del actual conde. Lo conocía desde su concepción en el vientre materno, lo había acunado en sus brazos, lo había alimentado... había cumplido el rol de una segunda madre. Cuando estaban a solas, ella hacía uso de ese vínculo, y él se lo permitía.

—Te doy mi mano con una condición...

—Nada de condiciones —la interrumpió—, no tienes derecho a demandar...

La cadena de interrupciones continuó con Suzanne:

—¡Con la condición de que duermas una condenada siesta!

Los ojos de Luke bailaron dentro de sus órbitas, no quería enojarse con la mujer. Destilaba su furia con casi todo el mundo, a ella podía evitarla, no se lo merecía. En realidad, nadie se lo merecía, pero bueno... la vida era injusta, él había experimentado eso en primera persona.

—Está bien. —Estiró la mano hacia ella—. Una siesta...

—¡Y una comida decente! —reclamó también la señora Potter.

—Ey, no te abuses, Suzanne. —La mujer dio otro paso atrás y se cruzó de brazos. Luke resopló con fastidio, pensar que todo el mundo lo trataba a él de soberbio y terco. ¡No era el único en esa casa!—. Está bien, una comida decente no suena para nada mal.

—¡Ese es mi muchacho! —murmuró la señora Potter al tiempo que lo ayudó a incorporarse—. No pienso llevarte hasta tu habitación. —La edad no favorecía a la mujer, era menuda y alcanzaba casi los sesenta años. Luke era grande y de contextura maciza. No eran la mejor combinación.

—No quiero ir a mi habitación... me agrada estar aquí.

—Sí, los dos sabemos por qué te agrada estar aquí. —Una vez más, las amistades embotelladas volvían a la conversación—. Como sea, creo que con el sofá bastará.

Lo recostó, le colocó una almohada detrás de la cabeza, y se aseguró de darle confort y calor con uno de los edredones que solía dejar a mano para ocasiones similares.

—Suzanne...

—¿Qué, milord? —retomó el formalismo por simple costumbre.

—Gracias.

Lo arropó como cuando era niño. Le sonrió, la tristeza resplandecía en los ojos de la mujer, y lo hacía porque era el reflejo de lo que él transmitía.

—Descanse, milord. Haré preparar una bandeja con comida para que esté a su disposición cuando despierte.

—¡Oh, cierto... la comida decente!

—¡Exacto! —dijo tomando distancia de él para marcharse—. Traeré también más velas, la noche está por llegar y creo que lo va a hacer sin compañía de la luna. Es mejor estar preparado.

—Es verdad... lo que me recuerda que también podrías reabastecer el suministro de mi amigo. —Señaló la botella de whisky vacía.

La expresión ceñuda de la mujer lo incomodó, estaba molesta. Es más, se leía en su rostro las silenciosas ganas de abofetearlo que tenía.

—¿No me mires así! Ya bastante tengo que lidiar con esa insolente institutriz. No necesito que tú...

—¿Insolente? ¿Ava Monroe? —Una carcajada, ahora auténtica, salió de su garganta e hizo eco por toda la habitación, inclusive, puede que resonara hasta en el corredor.

Así, con esa simpleza, la joven institutriz regresaba a su pensamiento. Lo acosaba, lo enloquecía...

—¿No la crees insolente? He perdido la cuenta de las veces que la he despedido y la muy descarada no se marcha. Dime ¿qué debo hacer con ella? ¿qué?

—Lord Durstfall, creo que usted sabe la respuesta.

—Si te lo pregunto a ti, claramente, no... no la sé.

La señora Potter se resguardó bajo el placer del silencio, y emprendió una lenta retirada.

—Demonios, Suzanne, dime ¿qué debo hacer?

Se permitió unas últimas palabras antes de cruzar el umbral de la puerta.

—Lo mismo que Rose... no luchar, y encontrar una forma de comunicarte con ella. ¿Quién sabe? Tal vez recuperes el lenguaje que tiempo atrás solías utilizar.

Imposible. No volvería a ser ese hombre. No confiaría... no.

Cerró los ojos, si no iba a beber, de nada servía tenerlos abiertos. El sueño lo atacó sin piedad... durmió más horas de las que podría llegar a contar.

El estado de vigilia le pellizcó las mejillas, parpadeó. La luz de una vela a minutos de extinguirse contribuyó a la restauración de la visión. Era plena

madrugada, el silencio y la oscuridad que golpeaba contra los cristales se lo anunciaba. Se sentó de un solo movimiento. Sonrió, su cuerpo se apiadó de él, le devolvía el control. Gran parte de la tensión muscular lo había abandonado. Giró hasta apoyar la suela de las botas en el piso, en la pequeña mesa contigua al sofá una bandeja con comida clamaba por él. Pan, lonjas de carne fría, patatas hervidas y un tazón repleto de frutas de estación. El estómago le rugía. Tomó una patata y la tragó casi sin masticarla, estaba especiada, y eso la hacía por demás sabrosa, sin dudarlo, fue en busca de otra... y otra. La sensación de atragantarse le impidió terminar con ellas. Tosió, se levantó y fue en busca de agua, bebió directo de la jarra. ¡Nada más insípido que el agua! El paladar de Luke solicitaba siempre algo más fuerte.

Maldijo al comprobar que Suzanne no había repuesto el whisky. Seguía sin deseos de brandy, y por fuera de él, solo contaba con licor de naranjas. ¡No iba a ser ningún hereje! ¿Qué clase de hombre bebe licor de naranjas?

Accionar la campanilla para solicitar la asistencia de la servidumbre no estaba en sus planes, sobre todo, a esas horas de la madrugada. Era soberbio, altanero, por momentos déspota, pero lo era en las correctas horas del día. Más allá de eso, la idea de pasear por los intrincados pasillos de la mansión rumbo a la bodega le parecía interesante considerando que su cuerpo se comportaba como el de un adolescente.

En unos eternos minutos estuvo en el destino ansiado, el lugar máspreciado de su mundo en ese presente. Tendría que mover los muebles de su recámara... el descanso le sería más placentero en esas cuatro paredes. Bromeó consigo mismo para escapar de la patética realidad que lo había llevado hasta ahí.

Encontró el tesoro que buscaba en uno de los estantes principales, quitó el tapón de cera que la cubría; no era una botella tan fina y delicada como la que tenía en su despacho, pero era la misma calidad. Bebió de ella. Apoyó la espalda contra la pared, la gravedad hizo lo demás, sus nalgas fueron directo al piso. Ahí quedó, en contacto con el suelo sucio, no era una habitación que fuese aseada muy a menudo.

La vela jugó con las sombras de los barriles de vino y de las cientos de botellas que decoraban la pared. Pensó en la señora Potter, en lo decepcionada que estaría, y esa sensación de decepción se hizo extensiva a otra, a la de su madre... a la de Eloísa.

Eloísa y Rose habían sido la luna en su noche más oscura, con ellas había tolerado el dolor de la peor de las traiciones, la del desamor. Sin Eloísa, todo era diferente. Él ya no era él...

Una araña confundió su espalda con parte de la pared, avanzó por él, recorrió su pecho, llegó a su vientre y continuó el camino por sus piernas. Luke dejó caer la mano para que esta se subiera, lo hizo, caminó por sus dedos, su palma, y de nuevo por sus dedos. Giraba y giraba sin avanzar, cuando la araña quería cambiar de recorrido, Luke la regresaba a ese exacto lugar.

La conversación de días atrás con Ava hizo eco en su mente en ese preciso instante.

"Lady Rose se puede comunicar con su madre... Lady Eloísa está atrapada en el limbo, necesita ir hacia la luz..."

Acercó la araña a su rostro. Le susurró:

—Estás atrapada, ¿lo sabes? Tranquila... te cuento un secreto: todos los estamos. —Apoyó la mano en el suelo y le permitió la libertad—. Ve hacia a la luz... tú que puedes, hazlo.

La sensación de ahogo, provocada por la angustia desbordada, le quitó la respiración. Se levantó a tientas, estaba ebrio... estaba ebrio de dolor.

—¿Estás atrapada, Eloísa? ¡Yo voy a liberarte! ¡Yo voy a hacerlo!

Con botella de whisky en mano, abandonó la mansión en dirección a la ladera. El dolor se hizo lágrimas. Lloró en compañía del silencio de la noche.

—¿Dónde estás, Eloísa? ¡Voy por ti!

Lloró porque, si no lo hacía, se entregaría a la locura.

—¡Oíste! ¡Voy por ti! Yo... Luke, tu hermano, voy por ti. ¡Háblame!

La ladera desfiló bajo sus pies. Un mal paso lo hizo caer y rodar. Rodar sin piedad. Halló el fin de movimiento a metros de la cascada. Le dolía el rostro, las piedras y las raíces expuestas le provocaron un par de cortes en las mejillas y en la frente; y la botella de whisky se le había hecho añicos en la mano, parte de los cristales estaban incrustados en su palma. Sintió apenas el dolor físico, le pesaba más el dolor del alma.

—¡Eloísa! —gritó—. ¿Dónde estás? ¡Háblame! ¡Maldición, háblame!

La bruma, que se alzaba creciente ante él, lo envolvió, era como si la naturaleza de la oscura noche intentara cobijarlo.

—Sé que no merezco tu palabra... lo sé, te fallé. ¡Es todo mi culpa, mi maldita culpa! ¡Mi odio, mi ira, te puso en ese maldito carruaje! —Cayó de rodillas, suplicaba, alzaba el rostro al cielo—. ¡Háblame! ¡Por favor... háblame a mí!

Se entregó al llanto, hundió los dedos en la tierra. Gritó.

Unos pasos en la cercanía pusieron en pausa a los latidos de su corazón. Giró, apenas podía ver en derredor, todo era oscuridad y bruma.

—¿Eloísa?

¿Acaso podía ser verdad? Eloísa estaba ahí. Su corazón volvió a latir ansioso. La luna, oculta tras las nubes, se abrió paso entre ellas para iluminar la figura femenina que se acercaba.

—¿Tú?

—Sí, yo, milord.

Era Ava Monroe. Su corazón latía ansioso por esa mujer. La angustia desaparecía cuando ella estaba presente. Lo reconocía, en ese momento, en esa noche, comprendía por qué la detestaba, lo inquietaba... Ava Monroe le arrebató el dolor.

Fue hasta él para ayudarlo a levantarse. Tomó su brazo, se rodeó el cuello con él, y con la fuerza de sus delgadas piernas, hizo palanca hasta lograr la posición vertical juntos.

—¿Quién diablos eres, mujer? ¿Qué quieres aquí? —Se dejó asistir, avanzaron a paso lento ladera arriba.

—Debo responder por partes, Lord Durstfall... ¿qué quiero aquí? Ya se lo he dicho, ayudar a Rose, a Eloísa, y por lo visto... a usted.

El perfume de la piel de Ava se transformó en adicción para Luke, la cercanía le permitía gozar hasta de la última gota de él. No quería hablar, solo disfrutar de ese contacto. ¿Cuánto tiempo llevaba sin ese roce? ¿Sin sentir el calor de otro cuerpo? Años...

—Con respecto a la primera pregunta: ¿quién soy? En mi defensa, he tratado de explicárselo sin mucho éxito.

—Pues soy todo oídos ahora, Ava Monroe. ¡Si es que así se llama en realidad!

Ella rio, y esa suave risa comulgó con el canto de las aves nocturnas y los búhos.

—Hasta donde recuerdo, así mi llamo, milord. Lo demás, puede esperar.

—¿Esperar a qué?

Llevaban un buen ritmo de caminata, habían dejado atrás la ladera y se encontraban en el sendero que se comunicaba con la entrada de la mansión. Ava se detuvo en seco ante el cuestionamiento para ir en busca de sus ojos.

—A llegar a su habitación y limpiar esas heridas.

—¿Va a llevarme a mi habitación, señorita Monroe? —No pudo ocultar la sorpresa.

—Sí. —La certeza de Ava no solo le agitó el corazón, también reavivó esas partes de su cuerpo que llevaban tiempo dormidas.

Ella reinició la caminata.

—Bueno, queda más que en evidencia que usted no es ninguna dama —lo dijo a tono con su comportamiento.

—No soy ninguna dama, milord. Y tampoco soy una institutriz...

No luchar. Suzanne Potter tenía razón. No tenía sentido luchar contra el enigma que la muchacha era. Se entregó a ella y a todo lo que le brindaba.



Ava tuvo que utilizar la experiencia adquirida para cargar con Luke Skyller. Louis estaría orgulloso, le había enseñado el arte de contrarrestar el peso para no dañar el cuerpo, y la lección había sido bien aprendida. Subieron las escaleras, tomaron el corredor oeste, y se adentraron al pasillo que coronaba a la gran habitación del conde en su final.

Lo dejó sobre la comodidad de la cama y fue en busca de cerillas para encender las velas de uno de los candelabros.

—Ya regreso —le anunció y lo dejó a solas.

Al rato estuvo de vuelta con trozos de tela y toallas. Colocó la bacinilla limpia y vacía sobre la mesa de noche, y la llenó con agua.

El silencio del conde le resultó poco común. La observaba. Solo eso. No decía palabra alguna desde su confesión. Humedeció unas de las toallas en el agua y limpió la superficie sangrante de la palma de su mano. Dos pequeños cristales seguían incrustados.

—Voy a tener que quitarlos... —alzó la mirada en busca de su expresión.

¡Vaya error! Halló el fuego reflejado en sus ojos. Un fuego nunca antes visto en él, diferente al de la ira. Ese fuego la abrasó, la convirtió en cenizas, y la hizo renacer al instante.

El corazón del conde latía como un caballo desbocado. El de Ava estaba en igualdad de condiciones. Finalmente encontraron un lenguaje con el cual comunicarse...

—Sea buen niño. —Requirió del matiz de la broma para romper el hechizo de sus miradas y latidos. Extrajo los cristales y los dejó caer dentro del agua. Luego, lavó la herida con mayor empeño, y utilizó las tiras de tela a modo de improvisado vendaje.

Hizo el mismo trabajo con las heridas en su rostro, humedeció el paño en el agua, y le brindó cuidado con delicadas caricias. La mano de Luke interceptó a la de ella para inmovilizarla.

—¿Por qué hace esto, señorita Monroe?

—Ava... puede llamarme, Ava.

Otra vez el encuentro de miradas, el choque de un deseo incomprensible para ambos. Las sensaciones que el conde comenzaba a despertar en ella podían poner en riesgo su juicio; lo sabía, debía ir con cuidado.

—¿Por qué haces esto, Ava? —repitió.

—Porque está en mi naturaleza... aunque usted me crea loca y esté dispuesto a enviarme a un manicomio.

La labor de limpieza culminó. Ava dejó a un lado el paño y, valiéndose de una silla cercana, tomó asiento frente a él.

—¿Está dispuesto a oírme, milord?

—Luke... —la corrigió—. Y lo intentaré, juró que lo intentaré.

Comprendía que no podía negarle nada a esa mujer. No era solo el perfume de su piel su nueva adicción, todo ella lo era.

—Ava Monroe es mi nombre, por lo menos el nombre que me ha acompañado los últimos veinte años de mi vida. —Comenzar el relato de su pasado no era una tarea sencilla, hurgar en sus heridas no era placentero—.

Tuve otra vida, otro nombre... uno que apenas recuerdo. Lara, la mujer que me acogió, dice que he bloqueado esa información, puede que sí... no lo sé. Solo tengo vestigios de mi pasado, el tenue recuerdo de mis padres siendo apresados y una huida que me llevó a perderme en un bosque por días. ¿Cómo llegué al medio de un lago congelado? No lo recuerdo... recuerdo el después, recuerdo a una mujer cuando abrí mis ojos, y recuerdo las voces en medio de la oscuridad.

—¿Voces? —El relato comenzaba a llenarlo de inquietudes.

—Sí, voces... ellas me mantuvieron a salvo. Ellas me regresaron a la vida.

La expresión en el rostro de Luke fue contagiosa. Hasta el presente, a Ava le era difícil creer lo que le había sucedido.

—Morí... o estuve a segundos de hacerlo, no podría confirmarlo, solo tengo la palabra de la mujer que me rescató: no respiraba, mi corazón no latía y mi cuerpo estaba morado a causa de la larga exposición al agua helada. —El antes y el después, dos vidas en una vida—. Como sea, me dieron por muerta, y de un instante a otro, abrí mis ojos como si nada me hubiese sucedido...

Estaban encontrando el lenguaje entre ellos, construyendo un puente de comunicación a base de empatía. Por primera vez, Ava y Luke estaban frente a frente sin muros en lo alto.

—De ahí en adelante, nada fue lo mismo para mí porque comprendí que no estaba sola... que en realidad nadie está solo, hay fuerzas a nuestro alrededor que no vemos, pero que ahí están. Volví a la vida, y no fue casualidad, fue por un propósito.

—¿Ayudar? ¿A ese propósito te refieres? —Era lo que ella había estado manifestando desde el día uno: Rose necesitaba su ayuda...

—Sí.

—¿Y cómo sabes a quién ayudar? —Estaba dispuesto a creer si esa locura le apaciguaba la culpa. Si era verdad lo que Ava le contaba, Eloísa también necesitaba de su ayuda.

—Las voces susurrantes me lo indican.

—¿Eloísa se comunica contigo?

—Sí y no. —Era difícil de explicar.

—No entiendo. —Quería creer, pero era inexperto en la materia.

—Puedo llegar a ella en profundos estados de inconsciencia o trance, pero solo si ella está dispuesta a comunicarse conmigo... Oí su voz, su pedido inicial de ayuda, y eso me trajo hasta ustedes. Pensé que una vez aquí, el canal entre nosotras sería más grande. —La decepción se hizo evidente—. No fue así, en los últimos días comprendí el porqué.

Luke unió las piezas de la última conversación con ella, los comportamientos de su sobrina: noche tras noche rumbo a la ladera.

—¿Rose? —El nombre se escapó de su boca.

—Rose, sí... de alguna manera, su nueva condición la ha convertido en un canal. Oye a su madre, su voz la convoca cada noche al lugar de su muerte...

—¿Pero por qué? —La preocupación por el bienestar de su sobrina creció hasta el límite del cielo. ¿Acaso Eloísa quería llevarse a su hija con ella? El temor le paralizó el rostro.

—Eso es lo que intento descifrar.

—¿La vida de Rose está en peligro?

—Puede ser, no lo sé. —Ava interpretó la expresión en su rostro e intentó tranquilizarlo—. Puede que su vida esté en riesgo, pero Eloísa jamás sería el motivo de tal peligrosidad. —Puso en claro su plan para que él fuese partícipe del mismo—. El vínculo entre ellas es más fuerte que toda posible conexión conmigo, por eso necesito tiempo... tiempo para hallar la forma de llegar a Eloísa y descubrir qué es lo que tiene para decir. Solo así podrá encontrar la paz para avanzar a la luz.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Fortaleciendo la comunicación con Rose y comprendiendo sus acciones. No la sigo a la ladera porque soy una maldita desquiciada que no se preocupa por su bienestar... lo hago porque sé que eso me dará respuestas. Estoy llegando a creer que el proceso de sanación en Rose no avanza porque teme perder el contacto con su madre.

—¿Es posible eso? ¿No sanar por pura decisión?

—Tenemos un poder más grande de lo que imaginamos, Luke. Por desgracia, solo lo utilizamos para perpetuar lo que nos daña.

El reconocimiento de su propio accionar ante el dolor se dejó entrever en esas palabras. Luke abastecía su desgracia, su culpa, su ira. Ahora lo entendía.

—Quiero ayudar a Rose, a Eloísa, es lo único que quiero, Ava. —Fue una súplica por parte de Luke. Algo inesperado hasta para él.

—Y lo harás, yo voy a ayudarte, solo tienes que...

—¿Qué? —la interrumpió con una dosis de desesperación nueva—. Lo que sea... dímelo.

—¿Lo que sea?

—Sí...

—Deja de despedirme.

Ella le sonrió, y Luke Skyller tuvo la más hermosa de las revelaciones: No la dejaría ir. Ni esa noche, ni mañana, ni nunca.

Capítulo 7

Confianza. Ese vínculo bidireccional que en la relación Ava-Luke poseía una única dirección. Ava se abría día a día con el conde, de una manera que le resultaba ajena. Hasta a Lara le costaba a veces, y, sin embargo, con Luke Skyller, se dejaba llevar.

Las clases con Rose avanzaban a paso lento pero constante. Conseguía que la niña se interesara en algunas cosas, y la picardía regresaba a ella de la mano del buen humor. Su tío estaba tan sumido en la pena que no veía las manipulaciones de su sobrina, hasta que Ava se las señalaba.

Tras la cena con Rose, ella le pedía a la señora Potter que preparara café o té e iba con la bandeja al despacho del conde a ponerlo al corriente. El reemplazo del whisky por otras bebidas no pasó desapercibido por la servidumbre, aunque Suzanne era la única en percatarse de que no era el café el reemplazante del vicio de Lord Durstfall, sino Ava. La mujer se convertía en una adicción, y el ama de llaves esperaba que fuera un hábito sano. Por lo pronto, le podía agradecer que, gracias a ella, Lady Rose y su tío volvían a la vida.

—¡Es pura manipulación, Luke! —exclamó Ava, entre carcajadas. Tras las puertas del despacho, el trato de tuteo nacía entre ellos con naturalidad—. No es que no reconozca las coles, es que no le gustan.

—Puede que por el olor piense...

—Oh, no, milord —El título salía de sus labios con complicidad—, va a resultar que usted es un blando. Esta advertencia es para ambos... ¡deben comer sus vegetales!

La risa ronca de Luke la hizo estremecer, casi sonrojar. A veces, Ava se sorprendía bajando la mirada, de manera tímida y casi coqueta cuando estaba con él. O acomodaba su cabello renegrido detrás de la oreja, en un tic

nervioso que dejaba su rostro al descubierto para ser observado por el hombre.

Existieron otros antes de Lord Durstfall, caballeros que la habían cautivado un par de noches, pero con el tiempo, todos se iban. Ava no solía dejar caer los muros, el miedo a la pérdida era su fantasma personal. El cambio con el conde y su sobrina era evidente, ya estaban perdidos, y de ella dependía encontrarlos. Y mientras lo hacía, mientras buscaba en el interior mudo de ambos, se involucraba.

Luke la observaba por momentos con una pasión tan fiera que le cortaba el aliento. Le hacía anhelar un encuentro privado, una promesa de cuerpos ardientes que aun en su experiencia desconocía. Sería distinto con él, lo sabía, en esas artes, en las de entregarse en cuerpo y alma, sobre todo alma, era tan virginal como la más joven de las doncellas. Y allí, ante los ojos negros de él, así se sentía. Lamentaba la ausencia de una cultura de dama, de llevar a cabo el ritual del té como lo hacían esas, con ademanes delicados... La contrapartida era el agradable espectáculo de las manos grandes y fuertes de Lord Durstfall maniobrando la fina porcelana. Las sonrisas de él seguían siendo escasas, y a veces, en esas miradas de fuego, cuando la pasión lo asaltaba con más fuerza, destellaba también una cuota de odio, de rencor, que enfriaba el momento y redoblaba la apuesta de Ava.

Estaba dispuesta a ganarse la confianza de él, así tuviera que no solo desnudarse ante sus ojos, sino también quitarse la piel a girones. El sentimiento de sacrificio superaba a la simple empatía que la acompañaba desde siempre, era algo más poderoso e intenso, algo que la haría perderse en otra clase de limbo.

—Ava... —la llamó Luke, con la voz ronca. Una voz que denotaba deseo. En el silencio y la meditación de la mujer, él se había atribuido el derecho de contemplarla, de hacerlo como hombre, poniendo atención en los labios llenos, en el cuello delicado y el esternón que daba inicio a los turgentes pechos aprisionados por un modesto corsé. Le gustaban demasiado esos minutos de compañía muda, en que las palabras sobraban. Le había prometido a Suzanne dejarse llevar, como lo hacían todos. El problema radicaba en su incapacidad de dejarla entrar, en el miedo al daño y en la inseguridad. No podía hacerlo en igualdad de condiciones, como una relación cariñosa exigía.

Necesitaba dominar, estar por encima, tener el control, y eso implicaba saber más de ella de lo que ella sabía de él.

— El tal Theo, que yo conocí...

Ava sonrió. En conversaciones pasadas le había contado la mala impresión que tenía el jefe de la feria del conde de Durstfall, y por fortuna, eso había desencadenado risas y un par de anécdotas. Todas de labios de la mujer, por supuesto.

—Es como un padre para mí, para todos —explicó Ava, o intentó hacerlo. Sus vínculos dentro de la feria eran raros. Por momentos, y gracias al cariño que se sentían con Lara, Ranjit cumplía ese rol paternal. Como si ambos, en su afecto, la hubieran sumado a una unión familiar sin papeles.

—Pero tú tuviste un padre, nunca pensaste que quizá...

—Están muertos. Lo supe después de años, en uno de mis trances —sentenció Ava con un suspiro agotado. Luke exigía cada vez más de ella.

—¿Años? ¿Cuánto tiempo puede pasar...?

—El tiempo en el limbo es distinto. —La curiosidad y el escepticismo se hicieron uno en la expresión del conde, y Ava negó con la cabeza. Estaba dispuesto a creer, pero no creía. Estaba dispuesto a confiar, pero no confiaba. Había conocido burros menos tercos que Lord Durstfall. Por eso, en lugar de hablar del limbo, habló de la tierra—. Cuando mejoré, y pude contar lo poco que recordaba, Theo emprendió las investigaciones. Ya sabes, conoce todo, hasta tus bosques los pudo hallar con un par de palabras. —La sonrisa pujó de labios de Luke, y fue imitada por Ava—. Por el lugar en que me encontraron y mis recuerdos del arresto, además de mi acento...

—¿Tu acento?

—Quizá esto lo sorprenda más que mis dones, milord —y sus ojos brillaron divertidos—, soy irlandesa.

—Una caja de sorpresa, eso es lo que eres. O peor, una de pandora. —

Había humor y deseo en esa broma, un irrefrenable deseo inconsciente de Luke de que Ava pusiera su vida patas para arriba, para volver a acomodarla. La institutriz se contuvo para no proponerle otra locura, la de leerle el tarot. Podía apostar todos sus cabellos a que la torre era el presente del conde, como lo era el pasado de ella. Ese caos que te obliga a renacer era lo que los unía, lo que tenían en común y los llevaba a una comunicación profunda, carente de palabras—. ¿Irlandesa? ¿Un arresto? Creo que ese tal Theo no es un genio, hasta yo puedo atar los cabos.

La disputa con el jefe de la feria ganó una chiquilina pulseada en la mente del conde. Ava le otorgó el punto.

—Sí, formaron parte del levantamiento por la independencia de Irlanda. Fueron apresados y murieron en prisión. Pude despedirme de ellos. —Sonrió con pena, aunque también con paz—. Por eso lo sé, Luke —agregó solemne—, sé que Eloísa no se está atando a Rose. Las almas saben decir adiós, somos nosotros los de las cadenas. Si está ligada a ella es porque tiene algo importante que resolver...

—¿Rencor, venganza? —susurró el hombre.

—No, Luke, esas cosas no atrapan muertos, esas cosas atrapan vivos.

Los ojos de Luke se fijaron en Ava en un movimiento brusco, ella le sostuvo la mirada. Sabía que había dado en el blanco. Luke era quien estaba encadenado al rencor y a la venganza, quien no podía soltar los sentimientos del pasado, pero eso no era motivo para que un alma corriera el riesgo de quedar atrapada en el limbo. No conseguía vislumbrar, y las manecillas del reloj seguían girando.

—Creo que es hora de dormir —la despidió, y, como si de un ánima se tratase, sus palabras helaron el ambiente. Otra noche más, el pasado de Luke pesaba más que los deseos del presente. Otra vez, ese fantasma le ganaba al cuerpo cálido de Ava, a la promesa de sábanas y goce, al placer de una mujer única que podía sanarlo. Otra vez el canal de la confianza se cerraba, y el reloj daba otra vuelta, una más que alejaba a Eloísa de este mundo y la atrapaba por siempre en el limbo.



La niebla se volvió nube; la nube, tormenta. El viento azotaba la mansión sin piedad, sacudiendo los vidrios y provocando aterradores silbidos y crujidos. Ava no permitiría que el clima fuera un impedimento. Hizo que Betsy preparara a Rose para su clase matutina. En la sala de estudios, tenía prevista una selección de frutas para que la niña palpara y reconociera cuál era cada una. Había hallado en la biblioteca de la mansión un artículo interesante sobre Louis Braille que, en 1825, tras quedar ciego, desarrolló un método con puntos en relieve para leer. Ava lamentó no tener las herramientas para llevar eso a la práctica, pero estaba segura de que en cuanto le hablara a Luke del tema, el conde accedería a buscar esos libros con puntos. Le hacía ilusión que Rose pudiera volver a leer, a revivir historias en su imaginación. Por lo pronto, las lecciones con deletreo en la mano debían bastar.

No debía hacer planes a futuro respecto de la educación de Lady Rose. La farsa de la institutriz caería una vez que supiera qué necesitaba Eloísa, y tras ello, se marcharía, como todas las demás. Le hacía ilusión pensar que durante ese tiempo hizo algo más que ayudar a un alma, ayudó a tres, y que luego vendría una institutriz nueva, de buen corazón y mente abierta, que pudiera llevar a cabo las ideas que Ava tenía.

—Lo siento, señorita Monroe —fue la agitada disculpa de Betsy que resonó junto a un trueno—, Lady Rose se encuentra indispuesta.

—¿Indispuesta? Sea más específica.

—Sí... eh...

—Lady Rose tiene un ataque de nervios —interrumpió Suzanne en la sala de estudios, y miró resignada a la doncella. Sabía que a Betsy le habían especificado que dentro de sus tareas la discreción era la primordial, pero la muchacha tenía tan poca cabeza que no sabía cuándo debía hablar y cuándo debía callar—. No hay forma de calmarla, señorita. Le tuvimos que pedir ayuda a uno de los lacayos, por la fuerza con la que golpea...

Dejó la explicación ahí, no hacía falta más. Ava sabía que Rose tuvo esas crisis en los inicios, cuando descubrió que había perdido los sentidos. Sin embargo, desde que ella estaba allí, lo más parecido a un ataque que había presenciado fue cuando Luke le impidió bajar por la ladera. Ahora entendía de dónde había nacido la habilidad del conde de manejarla sin herirla. Ava abandonó la sala de estudio y se encaminó a la habitación de la niña.

—Por favor, señora Potter, avísele a Lord Durstfall.

—Enseguida.

Los gritos se intensificaron cuando dobló en el corredor. Eran alaridos inentendibles, seguidos de estruendos de cosas al caerse. Los rayos y los truenos se sumaban al espectáculo, haciéndolo aún más aterrador. Al arribar, el lacayo intentaba, en vano, sostenerla para que no se lastimara. Las piernas de Rose se elevaban y golpeaban jarrones, candelabros, al tiempo que las finas uñas de sus manos se clavaban en la carne del sirviente. El hombre se veía agotado, y la súplica se adivinaba en su expresión.

—Déjeme a mí —pidió Ava.

—Tiene más fuerza de la que parece. —Fue la advertencia del hombre. Pero Ava no pensaba usar la fuerza. Se sentó en canastilla en el medio de la habitación, cerró los ojos e intentó apagar todos los sentidos hasta llegar a un medio trance. ¡Oh, que bien le vendrían las raíces de Ranjit en esos momentos! La tormenta no colaboraba. La presencia de Rose, tan receptiva, debía ayudar. Así fue, a medida que Ava se abría al inconsciente, la niña se tranquilizaba. Los ojos del lacayo se abrieron producto de la sorpresa, y observaron incrédulos el cuadro. La institutriz serena, con una respiración acompasada que la hacía parecer dormida, y una Lady Rose que hasta hacía un minuto era un demonio, convertida en ángel. Poco a poco, la fue soltando, y una vez libre del menudo cuerpo, se frotó los músculos agarrotados y los arañazos en la piel.

Lord Durstfall se detuvo en seco bajo el dintel de la recámara. Incluso viéndolo, le resultaba difícil de creer. La imagen de Ava en trance, sin sospechar que eso no era nada, que los momentos de comunicación profunda la llevaban a un estado catatónico completo. Rose, en calma como si nada

hubiera pasado, se acercó a la institutriz y la imitó en posición. Con las piernas cruzadas y los ojos cerrados, extendió su mano y tomó la de la mujer.

Con lentitud y una paciencia poco común en una niña comenzó a deletrear en la palma: L U K E. Y ambas parecieron desmayarse en el mismo segundo.

Ava no tardó demasiado en volver en sí. Conocía la técnica, era fuerte y experimentada, y sabía que, pese a todo, su mente no se había abstraído por completo. Lara la mataría, o quizá la abrazaría, cuando pudiera contarle la experiencia. Había conseguido mantenerse firme entre ambos planos por un nuevo lazo que la ataba al terrenal. No había pensado en Lara, Theo o Ranjit, sino en Lord Durstfall, en sus conversaciones en el despacho, en las miradas de deseo, de promesas y de rencores.

Se puso de pie de manera lenta, por miedo a marearse. No fue necesario que socorriera a Rose, quien nueva en esas experiencias, aún estaba desmayada. Luke la llevaba en brazos a la cama, con sus facciones mutadas por la preocupación.

—Tíío —musitó Rose, abrió los ojos ciegos, buscó en la eterna oscuridad en la que vivía, y volvió a dormirse. Lord Durstfall estaba tan conmovido por el intento de palabra de su sobrina, que cayó junto al colchón, derrotado.

—¿Se pondrá bien? —preguntó a Ava.

—Sí. La experiencia es extenuante, sin contar que tuvo un ataque de una hora y su cuerpo estaba débil antes del ejercicio. Con dormir y comer bastará. —Algo en el tono de voz de la institutriz lo hizo girar la cabeza, que estaba en dirección a Rose, para poder indagar en la mujer. El enojo, la furia de ella caldeaban la habitación más que mil chimeneas.

—Pueden retirarse —ordenó Luke al lacayo, a Betsy y Suzanne que esperaban en el corredor—, tengan lista comida y un baño para cuando Lady Rose regrese en sí. Usted no, señorita Monroe —la detuvo en plena retirada. Cuando estuvieron a solas, prosiguió con el tuteo que se habían permitido—, me debes una explicación de lo sucedido y, sobre todo, de tu enojo.

—Ambos hechos se conectan, milord —dijo con intención, dejando de

lado el tuteo, la farsa de confianza a la que el conde jugaba con ella cada noche en la que le pedía más y más, en la que le exigía rendición sin dar a cambio—. Es a usted a quien tengo que ayudar, no a Rose, pero no está dispuesto a contarme su historia, solo a indagar en la mía. Así que... no se preocupe. Ya no necesita despedirme, me voy yo. Mi trabajo ha terminado aquí, no me rindo con Rose, me rindo con usted.

Capítulo 8

Luchar contra la tormenta, eso era Luke Skyller. Una tormenta furiosa que no tenía intenciones de ceder. Él no bajaba los muros... él era el maldito muro.

No se golpearía. No de nuevo. Las heridas pasadas todavía no habían sanado, y las que él podía llegar a propinar serían letales. Lord Durstfall era una filosa daga, e iba directo al corazón.

Encontraría la manera de asistir a Rose sin necesidad de compartir el techo con ella. Lo había hecho en otras oportunidades, el trabajo se hacía más difícil y agotador, pero nada se comparaba a la angustiante sensación de enfrentarse a la ceguera de las emociones. Luke callaba... Luke era el hilo que unía a Eloísa a este mundo, un hilo que se aferraba a Rose.

—¿Ava, qué demonios te sucede?

Sí, ella también podía ser furia, y para Luke eso era una situación abrumadora. Todo lo era.

—Tú, Luke... eso sucede. Tu silencio. Dime ¿qué callas?

Estallaba, posiblemente, porque el volcán de sus propias emociones hacía erupción cuando de Luke Skyller se trataba.

—¿Qué?! No entiendo nada de lo que dices. —La incompreensión le dibujó arrugas en el rostro. No fingía, o en su defecto, era un especialista en la materia. Ava no podía interpretarlo y eso la alteraba más.

No supo qué responderle. Necesitaba serenarse, y para lograrlo debía alejarse de él, evaluar lo sucedido desde otra distancia. Lo dejó con la palabra en la boca, fue directo a su habitación. Debía ser consecuente consigo misma. Si él no le abría las puertas, a diferencia de ella que sí lo hacía, se marcharía.

Fue al pequeño armario en busca de la maleta. Era poco lo que poseía, y en dos idas y venidas, el equipaje estuvo preparado.

—¿Acaso estás loca? —La presencia de Luke fue casi inmediata.

Le había seguido los pasos sin que ella se diera cuenta, y ahora ahí estaba, cerrando la puerta a su espalda para lograr la intimidad e impedirle la huida.

—Puedes buscar otro adjetivo, por favor... ya utilizaste ese demasiadas veces. —Luchó contra la maleta, la desgraciada no cerraba.

—¿Qué haces? —reclamó él cuando comprobó que lo dicho minutos atrás estaba a pasos de cumplirse.

—Me marchó, eso es lo que hago. —Contaba con la ventaja del resguardo que su espalda le daba. No debía alzar los ojos a él... no debía.

—Tú no te vas a ningún lado. —Hasta ahí llegaron los buenos modales del conde y su predisposición al entendimiento. Fue hasta ella, se apropió de la maleta, y la arrojó al otro lado de la habitación—. ¡Estás desquiciada! Por lo visto, las crisis de Rose se te han contagiado.

Luke no era ningún niño, sabía el efecto que iba a causar con lo dicho, y estaba a la espera del resultado. No tardó en llegar, la mano de Ava se estampó en su mejilla, la sonora bofetada hizo vibrar el cristal de la ventana. El encuentro de miradas fue el siguiente paso a dar.

La oscuridad en los ojos de Luke le era familiar, casi toda su vida había caminado entre las sombras, y él era eso, pura sombra. La hacía sentir segura y débil a la vez.

—¿Ava? —Su respiración errática demostraba la fuerza de voluntad que estaba poniendo en juego. Lord Durstfall estaba controlando su mal genio y le colocaba una soga a la soberbia para mantenerla a raya—. ¿Qué sucedió? Dime, ¿qué sucedió en esa habitación?

No había que agregar muchas piezas para armar ese rompecabezas, Ava y Rose se habían conectado en un trance. Luke no logró ver lo que su sobrina le

trazó en la mano, pero ya podía intuir que, fuese lo que fuese, no era nada bueno.

—Todo este tiempo estuve equivocada. No es Rose la que mantiene a Eloísa aferrada al plano terrenal... eres tú.

—¿Qué dices? ¿De dónde has sacado esa absurda idea?

—De las letras de tu nombre, aquí en mi mano. —Exhibió su palma a él, esas letras se habían tatuado con tinta invisible ahí, todavía las sentía.

La risa nerviosa que abandonó la boca del conde fue la confirmación que Ava necesitaba.

—Mi nombre puede significar muchas cosas... —Luke buscaba todas las excusas posibles en su mente. La culpa latía en su pecho, y lo que Ava estaba tratando de decirle no hacía más que potenciarla—. Tal vez, Rose tiene deseos de hablar conmigo, solo eso.

—¡No, no fue Rose! Fue tu hermana... no lo discutas conmigo, a menos que tengas experiencia de comunicación entre planos que no hayas compartido aún conmigo. —El enojo volvía a tomar control de ella. Alzó la voz como nunca antes lo había hecho—. ¡Es más, presiento que hay muchas cosas que no has compartido conmigo!

—¡Por supuesto que hay cosas que no he compartido contigo! —Redobló la apuesta de voces, su tono fue comparable al de un rugido—. Hay un límite, Ava... y ese límite lo pongo yo.

—¡No, no es cuestión de límites, Luke, es cuestión de confianza... algo que tú me niegas!

La cercanía era demasiada, cada palabra era la excusa para dar un paso más. Estaban cuerpo contra cuerpo.

—¿Algo que te niego? ¿En verdad dices eso? —El peso de su cuerpo descontrolado chocó con el de Ava, ella retrocedió—. ¿Te has oído alguna vez, Ava? Déjame exponer un par de palabritas: limbo, almas, planos del más

allá... y la mejor de todas: trance. ¿Te has puesto a pensar cómo suena eso en una mente cuerda?

—¿Mente cuerda? Cerrada es el término correcto. —Lo interrumpió con aires de ofensa. Comprendía el punto que él intentaba presentarle, ella estaba acostumbrada a una realidad que la mayoría de las personas ni siquiera sabía que existía, aventurarse a esa creencia no era algo fácil de digerir.

Aprovechando el momento de pausa en su discurso, Ava se escabulló de la inminente prisión del torso de Luke, en segundos estuvo en el otro extremo de la habitación.

—No vamos a discutir eso ahora... solo quiero que me comprendas. Te abrí las puertas de mi casa, te abrí las puertas de mi razón sin cuestionamientos... permití esto, tu relación con Rose. Si a eso no le llamas confianza, creo que deberías replantearte el concepto.

Como siempre, las aguas que los separaban estaban delimitadas por puntos de vista diferentes. Ninguno de los dos estaba en desacierto.

—Luke, esto que eres... tu dolor, tu furia, extienden sus raíces mucho más allá de la muerte de Eloísa. Lo sé, puedo sentirlo.

Y esas raíces le atravesaban el corazón y llegaban hasta lo más profundo de su alma. Si no las arrancaba era por una razón: supervivencia.

—Tengo un pasado, de la misma manera que tú lo tienes.

Luke Skyller era lo que era, ella no podría cambiarlo, daba poco a cambio de mucho. Para suerte del conde, Ava siempre estaba dispuesta a dar todo, aunque eso significase secarse por completo.

En un par de pasos estuvo junto a su cama, tomó asiento en la comodidad del colchón.

—Esto que soy... esto que hago, reclama su parte del trato. —Él le había abierto las puertas de su hogar y de su entendimiento; ella le abría la puerta a su alma—. Me consume, me destruye por dentro. ¡He experimentado ciento de

muerteres! ¡Puedo sentir todo, Luke... el sufrimiento, la desesperación! No recuerdo cuántas veces he maldecido al cielo y al infierno. Lo único que sé es que muchas veces he deseado mi fin, el que me fue arrebatado en la profundidad de ese lago helado. Lo que para algunos puede ser un don, para mí puede que sea una condena... porque entre medio de la vida y de la muerte, estoy yo: Ava Monroe.

La tormenta crecía a ritmo frenético, la escasa luminosidad del día se opacó. Quedaron en penumbras, y a pesar de ello, Luke pudo ver el brillo en sus ojos que presagiaba lágrimas. Se acuclilló frente a ella y le tomó la mano con delicadeza, fue la manera silenciosa de decirle que deseaba oír el resto del relato.

—Antes de Rose... hubo una jovencita que a muy temprana edad decidió quitarse la vida. Vino a mí en busca de ayuda para su pequeña hermana. Recurrí a su madre, a su abuelo, confíe en ellos, en lo que compartían conmigo... y no fueron más que mentiras. La vida de esa familia estaba construida a base de silencios y mentiras. La joven había sido víctima de abuso por parte de su abuelo, tras su muerte, la hermana ocupó el lugar... su madre lo sabía, lo sabía porque ella había tenido el mismo destino con él. —Las lágrimas le recorrieron las mejillas—. Mi presencia en esa familia lo único que hizo fue desatar el infierno contenido... se convirtieron en cenizas, y no lo digo como metáfora; la mujer asesinó a su padre, asesinó a la pequeña, incendió la casa y se dejó devorar por las llamas. —Las lágrimas imitaron a la tormenta: se convirtieron en sonoro llanto—. ¡¿Me entiendes ahora?! Me ocultaron el pasado, me contaron una historia de mentiras... cuando lo comprendí, ya fue demasiado tarde. ¡Ardí con ellos, Luke! ¡Ardí! ¡Por favor, no me arrastres al fuego contigo! No creo poder tolerarlo de nuevo. No contigo —musitó hacia el final, con la voz rota. Confesaba el peor de los pesares. Se había atado a él para permanecer en este mundo, durante su lapso de trance junto a Rose. Comprendía lo que eso significaba y también lo mucho que la destrozaría. Esa familia le había quitado una parte de sí, no importaba saber que las tres mujeres habían ido hacia la luz y el abuelo, hacia la oscuridad. En sus términos, había fallado. Y ese error no podía ser repetido, ni con Luke, ni con Rose.

La coraza de Luke Skyller se fragmentaba, decoraba el piso con sus restos.

Ava Monroe era un maldito espejo, uno que le devolvía su imagen. ¿Cuánto tiempo podía vivir aferrado al rencor? ¿Cuánto? Su cosecha no era más que un fruto fétido y podrido, el resultado del odio que había sembrado en ese pasado no muy lejano. Tenía heridas que no cicatrizaban porque él no se lo permitía. ¡Como si el dolor justificara todo lo demás! Cuando quieres odiar, necesitas un motivo, y el pasado de Luke lo era. Por eso lo llevaba consigo cual sombra atada a tu alma. Ava, con su confesión, había arrojado algo de cálida luz sobre esa fría oscuridad.

Se incorporó para hacerle compañía junto a la cama. Hurgó en el interior de su chaqueta hasta hallar un pañuelo, se lo entregó. Ava se secó las lágrimas, y esperó, conocía ese silencio cómplice.

—Tess... mi pasado tiene nombre de mujer.

El silencio se quebró en compañía de un ruidoso trueno, parecía que las tierras de Durstfall también sufrían a causa de ese nombre. El pasado palpitaba dentro de esa habitación, y aullaba en el exterior.

Él no la había invadido con preguntas, ella haría lo mismo.

—La conocí en una fiesta en Londres, y el enamoramiento fue instantáneo... fue verla y saberlo. —Rio con ironía, no podía evitarlo—. Ella formaba parte de una familia acomodada, nada más que eso, tuve que enfrentar a mi padre por ella... —miró de soslayo a Ava y agregó—, en aquel entonces, el gran conde de Durstfall, Edward Skyller, vivía, a duras penas, pero lo hacía. Cuando se enteró de mi inminente unión con Tess Hamilton, intentó despojarme del título, si me casaba con ella, pasaría al siguiente en la línea sucesoria: mi primo, Josh Wadlow. —Giró el rostro a ella, sus ojos le transmitían fuerza. Y necesitaba de toda la fuerza posible para exorcizar a su demonio—. Si en el presente el bendito título me importa poco... imagínate antes.

Ava hizo a un lado las lágrimas para sonreír. Le gustaba ese Luke Skyller, la sinceridad le obsequiaba un brillo extra a los ojos. En la oscuridad de la tarde, con la intermitente luz de los relámpagos de fondo, el hombre que tenía ante ella obtuvo el título del conde más atractivo del mundo, de su mundo.

—Estaba enamorado... —continuó tratando de que el sabor amargo del recuerdo no le quemara la garganta—, estaba ciego. Forjé una historia de amor en torno a una mujer que no existía, confié en ella como nunca antes había confiado en alguien... la idealicé, y cuando la fantasía que ella y su familia me habían vendido no pudo mantenerse firme, todo se derrumbó.

La tensión latente lo llevó a morderse los labios, su mano se aferró a la cobija de la cama. Ava, movida por la compasión, o tal vez por el deseo que crecía sin piedad en su interior, enredó los dedos de su mano a los de él. El contacto fue suave, sentido, se acariciaron por varios segundos, se reconocieron. Era como si esas manos sellaran un pacto silencioso, el de no separarse jamás.

—¡Pensar que yo había venerado su virtud... y su virtud no existía! Podía vivir con eso, Ava... podía vivir con la idea de saber que yo no había sido el único hombre en su vida. Pero lo que comenzó siendo un hombre, se convirtió en muchos... —El rencor vibraba en su voz, se hacía presente en ese momento puntual de la rememoración—. ¡Y todos en mi maldito rostro! Rompí el compromiso de inmediato, y le prometí silencio a su padre para resguardar el apellido de la familia, también le prometí silencio a la mía, al fin de cuentas mi padre me lo había advertido «Esa muchacha ensuciará el condado de Durstfall», y había tenido razón. Mi promesa se quebró ante el primer rumor, mi reemplazo fue casi instantáneo... y yo, en aquel tiempo, me convencí de que era lo correcto cuando sabía muy bien que la que orquestaba todo eso era la ira del desamor. —El malhumor y la furia que lo caracterizaban encontró su lugar de origen en esa última confesión—. Entonces hice lo que ningún hombre decente hubiese hecho... divulgué la promiscua historia al mundo, mancillé su nombre con gusto, la convertí en una paria, y vi cómo su mundo se derrumbaba a la par del mío. Lo demás fue consecuencia de mi destrucción: la pequeña fábrica textil de Hamilton se fue a la quiebra por falta de inversiones, y el desprecio social llevó a la madre de Tess a un cuadro tan depresivo que le ocasionó una prematura muerte... todo ello por mi rencor. ¡Un rencor que todavía no se ha saciado por completo! Ahora comprendes por qué no quería entregarte mi pasado —dijo girando sobre la cama para encontrarse frente a frente con ella. Todavía se aferraba a su mano—. Soy un mal hombre, Ava... las personas equivocadas pagaron por mi decisión.

—Tú no eres un mal hombre, Luke Skyller, solo eres un hombre con un corazón que ha sufrido.

—Esa es una poética manera de verlo. —El peso que solía cargar en sus hombros se hizo liviano. Llevaba mucho tiempo esperando eso.

—Es la única manera de verlo. El dolor es un sentimiento traicionero, muy pocos son capaces de domarlo... los demás solo lo disfrazan de otra cosa.

La verdad en lo dicho le erizó la piel. Luke disfrazaba el dolor de la traición con una ira eterna, con ella había edificado la fortaleza que lo rodeaba, que lo mantenía a salvo. Se había prometido no cometer el mismo error. Y en pos de esa promesa había relegado el corazón al olvido. Ahora, ese corazón pateaba los muros para recordarle que todavía estaba ahí.

—¿Y tú, Ava Monroe, Eres una domadora... o eres una simple mortal como yo?

—¿Yo? —Luke no era el único que dejaba caer su coraza—. Yo soy la peor excepción a la regla... yo huyo. No se puede sufrir por lo que no se tiene. Ese es el lema que acompaña a mi vida.

—¡Vaya combinación que somos! Yo me escondo de la vida y tú huyes de ella...

—Es verdad y, sin embargo, aquí estamos.

—¿Dónde? —fue el susurro de Luke. Quería saber en qué punto exacto estaba con ella, y Ava se lo indicó. Se giró para indagar en los ojos del hombre, que eran dos profundos lagos en la noche, un lugar en el que ella estaba dispuesta a ahogarse.

Acercó los labios un par de centímetros. Sabía que Luke no se movería, demasiado tiempo en las sombras, demasiado tiempo en el dolor. Le correspondía a ella, él no se escondería, y Ava no huiría. Juntó los labios a los de él y cerró los ojos para centrarse en la magnífica sensación del beso. Ahora que las máscaras habían caído, de nada valía ocultar que se habían deseado desde el instante en que se vieron. Se despreciaban por lo que representaban

en el otro, por los prejuicios, pero ahí, tan próximos, nada quedaba del pasado. Lord Durstfall era más que un título británico, era más que un noble... era un hombre. Y ella... ella debía mostrarle que no era Tess. Sus bocas seguían unidas, quietas, compartiendo el aliento. Respiraban el uno del otro, temerosos de incrementar el roce, de romperse en mil pedazos.

—Luke... —susurró Ava. Debía decirle que ella tampoco era una doncella, no quería profundizar un engaño. Luke alzó la mano y le acarició la mejilla, sabía que de sus labios iba a salir una nueva confesión del pasado, algo que podía herirlo y prefirió callarla con su pulgar.

—No más mirar atrás, ¿no era eso lo que buscabas de mí? —Inquirió e indagó en los ojos azules de Ava, en ellos podía reflejarse y verse de otra manera, de la forma en que ella lo hacía. Por primera vez en años se sintió merecedor de eso, de todo, del mundo. Porque así lo veía Ava—. Confianza... tienes mi confianza. No necesito más secretos develados, necesito saber que de ahora en más no habrá secretos. No necesito tu pasado, solo tu presente y una promesa de futuro, de cualquier tipo de futuro. Necesito... —se silenció apenas, conmovido.

—¿Qué, Luke? Dímelo.

—Necesito tu tenacidad, esa que mostraste en mi despacho. Necesito que no te rindas conmigo, Ava.

—No lo haré —prometió, y selló la promesa con un nuevo beso. «De cualquier tipo de futuro», las palabras resonaron en su pecho, en un pecho que hacía eco por el tiempo que llevaba vacío. Ella no era una dama, ni siquiera una mujer de familia acomodada. Era una vidente de feria, ¿qué clase de futuro?... cualquiera, el que pudieran forjarse.

En esa ocasión, los labios de Luke no se mantuvieron impávidos, respondieron al avance de Ava para tomar el control. Eran labios hambrientos, deseosos. Eran labios hechos para besar, para amar. El contorno definido invitaba a la exploración, y ella no se negó el deleite. Su lengua salió al encuentro en el mismo instante que la de él, chocaron, se rozaron y gimieron.

Los truenos se abrían paso en el cielo, sacudían las ventanas, alumbraban

con su espontánea luz el momento. De nada valía detenerse ahora, ellos también debían descargar la furia, la energía, el deseo para luego despejarse y darle espacio a la luz. Y allí no había más que recetas terrenales, cuerpos que se reclamaban.

Luke la abrazó, la tomó con fuerza y la llevó contra su pecho. Las bocas unidas, las miradas también. La reclamaba, «tú no te irás, tú no... lo sé». Ella se aferró a él con la misma urgencia, y acompañó el abrazo con sus piernas, que le rodearon la cintura para aproximarlos más. El remolino de telas era un incordio, la falda, las enaguas, el corsé... demasiadas prendas le privaban al conde el acceso a la piel de Ava. Giraron unidos, hasta que la espalda de ella quedó sobre el colchón. La cama era estrecha, la presencia de Luke se devoraba todo, la luz del cielo gris. Ava solo podía verlo, sentirlo, olerlo, tocarlo, oírlo a él. Solo a él. No había más en su mundo.

Y para Luke tampoco existía más que Ava Monroe. Las manos comenzaron la labor de desvestirse; la ansiedad, la de impedirlo. El pulso de ambos temblaba cuando desabrocharon las camisas, el uno la del otro. Cuando sacaron las enaguas, cuando desanudaron el pantalón... no podían aguardar un segundo más. Luke se detuvo solo un segundo para observarla y embeberse de la belleza de la mujer que tenía debajo. El humilde corsé que ahora tenía los lazos frontales abiertos descubría el nacimiento de los senos. La piel clara lo invitaba a besarla. Las piernas envueltas en medias se aferraban como las de una amazona a la montura, y lo acercaban al fuego del infierno. Un fuego en el que quería arder hasta las cenizas. Ella estaba lista, él también lo estaba. No era una doncella que reclamaba cuidados, era una mujer, una mujer con todas las letras que lo reclamaba a él. Y Luke tampoco era un niño inocente, el joven que fue. Eran eso, hombre y mujer, con un pasado que se borraba como la bruma de los días anteriores, que se borraba con la fuerza de la tormenta que aullaba en el exterior... y en el interior.

Unieron sus cuerpos en un simple embiste. Luke la penetró, y Ava salió a su encuentro. El gemido de deleite acompañó el movimiento. El viento rugía a la par de ellos. Se conocían como dos viejos amantes, se descubrían como dos ingenuos novios. Las caricias no bastaban, el vaivén era insuficiente, al tiempo que lo era todo.

—Luke... —clamó Ava, y él la sintió tensionarse. La piel de ella se

erizaba, las caderas se alzaban y en el ángulo perfecto se dejaba llevar, se dejaba arrastrar por él. El placer de Ava se hizo uno con el suyo, lo rodeó de su calor, de su necesidad...

—Ava... —dejó escapar su nombre como un bautismo. Era ella, ella que lo hacía renacer. Y se derramó en su interior, saciado... feliz.

—A la señora Potter le dará un infarto —bromeó Ava en brazos de Luke. La discusión previa, la escena en la habitación de Rose y la puerta cerrada de la suya por tanto tiempo era una clara advertencia de lo que pasaba en el interior.

—La señora Potter tiene tres hijos. ¿Cómo crees que los ha hecho? —fue la réplica del conde, que le sonreía. Ava alzó la mirada para observar el marcado mentón de Lord Durstfall. Estaba apenas bordeado por el nacimiento de la barba. Su pecho, desnudo, se dibujaba bajo un suave vello que ella acarició con parsimonia, como si fuera el amanecer en lugar de la media tarde.

La tormenta había remitido un poco, el cielo se veía violeta por los pocos rayos del sol, atrevidos, que se vislumbraban tras las nubes. Las gotas que se oían no eran de la lluvia, sino de los tejados, que dejaban caer el remanente. Los ojos de Luke estaban fijos en una que dibujaba figuras en el cristal. Se movía lenta, para luego unirse con otra y hacerse más fuerte, entonces avanzaba a toda velocidad hasta morir en el marco de la ventana. Así se sentía él, más fuerte en la unión con Ava.

Ava, en cambio, se liberaba de las emociones contenidas. Las había sacado a la luz, y se sentía liviana, con la mente diáfana. Le escribiría a Lara, o incluso iría a visitarla para contarle su experiencia, sabía que la mujer la guiaría de manera experta. En esas lides, era Lara quien tenía dones. Se había cerrado frente a Luke, se había cerrado a todos sus sentidos por la amenaza que representaba para ella. Había sido una defensa instintiva al dolor. Ahora que ese muro caía, también se potenciaban los otros sentidos. Y esos le dijeron que, pese al momento, debía indagar un poco más. No quería romper la armonía, pero Eloísa lo necesitaba. Tenía una vida para disfrutar de Luke, en cambio, la madre de Rose se arriesgaba a una eternidad en el limbo.

—¿Qué ocurrió con Tess? —inquirió en un susurro. El conde seguía con la mirada en el cristal, no se perturbó por la pregunta. Le acarició la piel desnuda de la espalda de manera mecánica, como si lo serenara. Y a Ava le agradaba la sensación de ser la calma de Luke.

—Buscaban desmentirme, pero la lista de amantes era imposible de acallar por completo. Por lo que hicieron lo único posible, la redimieron...

—¿A qué te refieres?

—Dijeron que había tomado conciencia de su vida pecaminosa y se arrepentía, que tomaría los hábitos en una iglesia de Escocia. Hasta donde sé... nunca se ordenó, solo se quedó allí y con eso calmaron las aguas.

Ava quedó en silencio, analizando la información en un intento por comprender por qué Eloísa le marcaba esa dirección. Un golpe en la puerta los interrumpió, la institutriz se puso de pie con premura, no le importaban las habladurías, pero no deseaba perjudicar al conde. Luke se lo impidió, la detuvo y la obligó a permanecer en la cama uniendo su boca a la suya, hundiendo la lengua en un profundo beso que le robó la razón.

—No irás a ningún lado —dijo a modo de promesa—, aún no nos hemos puesto al día.

Ella le sonrió. Llevaba la camisola abierta, el corsé desatado y las medias. Se cubrió con las sábanas antes de que Luke abriera; él también estaba a medio vestir, con los pies descalzos, los pantalones desabrochados y sin camisa. La señora Potter aguardaba del otro lado, no mostraba indicios de estar escandalizada ni molesta, tampoco de estar feliz, aunque el conde lo podía adivinar en la mirada que ya no mostraba la severidad que solía tener cuando lo hallaba en plena borrachera.

—Milord, creo que le agradecerá saber que Lady Rose está repuesta. Ha comido bien, estaba un poco cansada, así que se volvió a dormir. Betsy se quedará con ella hasta que yo pueda relevarla.

—Sí, me agrada oír eso.

—¿Ha comido usted bien? —La pregunta estaba llena de picardía, y Luke tuvo que contener la carcajada que le nacía en el pecho.

—Creo que nos hemos salteado el almuerzo.

—Hmm, me lo parecía... por eso traje algo ligero, no quiero perturbar el descanso de la señorita Monroe, recordemos que ella también se ha desmayado por unos instantes.

—¿Cómo olvidarlo?

—Supongo que le vendrá bien algo de reposo, y tomarse el resto del día.

—Sin duda, así lo ordeno —le siguió el irónico hilo de conversación.

—En ese caso, dejo la bandeja y me retiro, milord. Que tenga buen descanso usted también.

—Gracias, señora Potter.

Cuando cerró la puerta y se volteó, se encontró con una Ava tapada hasta la cabeza con las sábanas.

—¿Pudor, señorita Monroe? —La descubrió para encontrarse una vez más con la erótica imagen de la falsa institutriz a medio vestir. Solo que no había pudor allí, sino un inicio de incontenible carcajada que explotó al hacer contacto con sus ojos.

—Esa mujer se llevaría demasiado bien con Lara —dijo entre risas.

—La aprecio mucho, pero en este momento, no deseo interrupciones.

—¿Tiene algún plan mejor que comer y descansar?

No necesitó de una respuesta verbal. Los besos y las caricias le indicaron la actividad de la tarde... y de la noche.

Capítulo 9

Nada permanece inmutable, todo cambia. Luke renacía en brazos de Ava, y Rose regresaba al mundo de los vivos de su mano. La mansión Durstfall volvía a llenarse de luz para luchar con las sombras de un pasado que no había hecho más que sembrar dolor y remordimiento.

Ava no estaba excluida de esa transformación, mutaba, cambiaba de piel, se permitía ser otra. Enfrentarse a un sentimiento tan intenso como el que experimentaba con Luke era abrumador y reconfortante a la vez. Amanecía sonriendo, y se dejaba cubrir por el manto de la noche con otra sonrisa en los labios. Comenzaba a hacerse una pregunta que nunca antes se había cuestionado: ¿Era tan fácil encontrar la felicidad?

La creencia del no sufrimiento ante esa conquista le susurraba al oído que aquello que fácil se obtenía, fácil se perdía. El temor estaba en ella, recorriendo sus venas como un sutil veneno.

Se hizo ajena a sus pensamientos para no perder el punto de eje que la sostenía. Podía darse cuenta de que la niña percibía ese temor en ella y lo hacía propio. No quería envenenarla con él, no ahora que las crisis habían remitido por completo, y la intención de comunicación estaba siendo trasladada a la pizarra, pero eso no era todo. Ava notaba algo más...

—¿Rose? —La llamó desde el umbral de la puerta de la habitación. Utilizó un tono fuerte para que ella lo advirtiera por medio de las vibraciones.

La pequeña lady, que se encontraba sentada en el piso jugando con unas piezas de dominó, volteó el rostro a ella a pesar de estar de espaldas al origen de la llamada. Cuando Rose retomó la actividad de juego, repitió el llamado desde el extremo opuesto. Obtuvo una reacción similar, la niña indagó con la mirada vacía en dirección a la ubicación de Ava. Fue hasta ella, se ubicó por detrás para acercarse a su oído. Esperó a que Rose no manifestara un movimiento por el reconocimiento de su cercanía, la niña sentía el calor de los

cuerpos a su alrededor. Luego de un tiempo razonable, en donde la reacción esperada no sucedió, murmuró a centímetros de su oído: «Rose».

Las piezas de dominó se inmovilizaron en las manos de la niña, todo en ella se paralizó, salvo sus párpados, que se agitaban ansiosos.

—Puedes oírme, ¿verdad, pequeña? Puedes oírme.

La actividad lúdica de Rose abandonó la repentina pausa a modo de respuesta. Pretendía negarlo, aferrarse a la insonoridad de su vida. Ava llevaba días sospechando de esa posible mejoría, una que Rose ocultaba.

Betsy irrumpió en la habitación y en los pensamientos de Ava. Traía consigo la bandeja del desayuno para la joven lady. La estrategia perfecta se alzaba en manos de la sirvienta. Si se dejaba manipular por Rose, la realidad del estado sería un secreto que solo atesoraría la niña. Ava debía despejar esa duda, porque esa duda la llevaba a otra, a la preocupación. No olvidaba el último contacto con Eloísa, el nombre de Luke había sido el resultado. Todavía no comprendía qué era lo que giraba en torno a él. Sí, tal vez Luke había roto la cadena que lo ataba a su historia personal del dolor al compartirla con ella. Lord Durstfall parecía ser el hombre que antes supo ser, había oído eso de boca de los empleados y de la mismísima señora Potter. Aun así, eso no podía ser todo, las almas no detenían su camino a la luz solo para asegurarse el bienestar emocional de sus seres queridos, no, el motivo que los retenía en el limbo solía estar asociado a sucesos de riesgo.

Las escapadas nocturnas de Rose ya eran un recuerdo, y las sensaciones que Ava tenía cuando se hallaba cerca de la ladera, también. ¿Qué había sucedido con Eloísa? ¿Qué estaba sucediendo con Rose?

—Vas a odiarme, lo sé —le dijo a Betsy mientras se apropiaba de la bandeja. Observó el contenido: tostadas, mantequilla, una taza de leche y plato con tibia avena—. Por favor, sostén la taza y la avena —le indicó—. Y desde ya te pido disculpas.

—¿Qué? —La pobre Betsy no entendía nada, de todas maneras, hizo lo indicado.

—Confía en mí, vas a odiarme y a agradecerme en partes iguales.

La bandeja era de plata, lo demás, de cerámica. Perfecto, pensó Ava. La elevó hasta la altura que sus brazos le permitieron, y con un fuerte movimiento, la dejó caer. El impacto fue intenso, el metal contra el piso resonó como un molesto eco, y la porcelana se hizo añicos con un gran estruendo.

Betsy se cubrió las orejas, y no fue la única. Rose también lo hizo.

—¿Has visto lo mismo que yo, Betsy? —La ansiedad estallaba en su voz.

—Sí, vi cómo me ha sumado más trabajo a mis tareas cotidianas —protestó con disimulo la muchacha—. Por fuera de eso, creo que vi lo mismo que usted... Lady Rose se cubrió los oídos.

—Lady Rose se cubrió los oídos... —repitió con una sonrisa que mezclaba felicidad con preocupación.

En el silencio de su mente volvían a repetirse las preguntas de minutos atrás: ¿Qué había sucedido con Eloísa? ¿Qué estaba sucediendo con Rose?



Requería de una mirada y opinión neutra. Se reconocía en parte responsable del desconcierto presente, había traspasado las barreras, por primera vez lo había hecho. No se arrepentía. Si de algo estaba segura era de que no se arrepentía de haberse entregado en cuerpo y alma al conde de Durstfall. Por desgracia, las jóvenes consecuencias de ese vínculo extendían la bruma de los alrededores a su mente.

—No entiendo el origen de tu preocupación, quiero hacerlo, Ava... no puedo.

En un abrir y cerrar de ojos, Ava orquestó su partida. Necesitaba a Lara, ella le espantaba los cuervos de la cabeza. Si la claridad se le escapaba, la mujer la acompañaba en la búsqueda de su recaptura.

—Lo sé, en tu lugar diría lo mismo.

Abandonaban la mansión rumbo a las caballerizas, la cabalgata matutina del conde se había visto interrumpida por la noticia.

—¿Entonces? —La detuvo a mitad del sendero, unió sus manos a las de ella en una reconfortante caricia—. ¡Está sanando! ¿No es maravilloso eso? —Resplandecía, Luke Skyller era pura luz. Parecía que el destino le daba tregua.

—Sí...

No quería opacar esa luz. No deseaba quitarle ningún instante de felicidad después de años de tristeza y resentimiento. Compartir los miedos con él solo conseguiría el nubarrón de una tormenta que tal vez nunca se convertiría en realidad.

—Dime que no estás huyendo de mí... de esto.

Valiéndose del contacto de sus manos, tiró de ella para atraerla hasta él. El abrazo fue el siguiente movimiento, se aferró a su cintura, la aprisionó con fuerza. La besó en la frente, en cada mejilla y, por último, invadió sus labios.

—Aunque quisiera, no puedo huir de ti —susurró ella sobre su boca una vez que los labios se separaron.

—¿Quieres huir de mí? —le reprochó con dulzura.

—Jamás... —Ava dejó que su corazón hablara, y el desgraciado solo encontró esa palabra.

—Me alegra oírlo... voy a decirle a la señora Potter que ya puede guardar los grilletes —bromeó, y tras la risa compartida, retomaron la caminata rumbo al establo—. Sé que la feria es tu hogar... tu familia, yo no pretendo romper esos lazos. Pero...

—Pero... ¿qué?

—Prométeme que tu visita será solo eso, una visita. Prométeme que regresarás a mí. —La tristeza de la separación le decoraba la voz. Ava

compartía la misma sensación con él.

—Lord Durstfall, estaré de regreso esta misma tarde.

—¡Más le vale, señorita Monroe! De lo contrario, iré a buscarla en persona.

Ava estalló en carcajadas. Luke se sumó a ella. El buen humor de ambos era contagioso, hasta los caballos parecían disfrutarlo.

—¿No me crees capaz? —replicó él ante el desafío oculto de la risa de Ava.

—No, no es eso... no puedo evitar recordar que semanas atrás, lo único que hacías era despedirme, y ahora...

—Y ahora, si te marchas, no sé lo que haría. Tenías razón, Rose te necesitaba... yo te necesitaba. Solo espero que tú nos necesites a nosotros de la misma manera.

La presencia silenciosa de Jeff, el jefe de cuadras, los privó de un último disfrute de bocas. La relación que mantenían había recorrido cada uno de los pasillos de la mansión, no era secreto alguno; si a eso se le sumaba la ausencia de modales de una dama por parte de Ava, y la pasión que desbordaba al conde cuando estaba con ella, las muestras de afecto se escapaban del ámbito privado. Jeff Brown era otro cantar, la incomodaba, y Luke podía notarlo, por eso mantuvo el protocolo. Solo por eso.

—La necesidad es mutua, milord —le respondió finalmente.

Jeff, inoportuno como era, optó por interrumpir el meloso cuadro.

—Milord, su montura ya está lista para la cabalgata matutina.

—Perfecto, gracias, Jeff... pero hoy no habrá cabalgata para mí, sino para la señorita Monroe.

El purasangre era una de las más grandes posesiones del conde, eso era de conocimiento popular, se sentía halagada ante el gesto, demasiado halagada.

Luke, día tras día, con cualquier detalle y actitud, intentaba demostrarle su entrega.

—No, no voy a aceptar tu caballo.

—No quisiste aceptar el carruaje, mujer testaruda... acepta a Pegaso, hace honor a su nombre, en verdad, vue...

—Lord Durstall... —El jefe de cuadras se acercó a ellos—. Ya he preparado a la yegua de la señorita Monroe, tal como ella lo solicitó.

La intrusión del hombre pasó desapercibida para Luke, no así para Ava. Tenía la frente perlada a causa de una sudoración que nada tenía que ver con el ejercicio, mucho menos con el clima gélido de esas tierras. Estaba nervioso.

—Te felicito, Jeff —bromeó con sarcasmo Luke—. Eres muy bueno haciendo tu trabajo... —Volvió su atención a Ava—. Llévate mi caballo. Con esa yegua tardarás el doble.

—Tienes razón, con esa yegua tardaré el doble, pero esa yegua es la niña mimada de Theo, y creo que le alegrará saber que la he mantenido a salvo.

—¡Theo, Theo! —gruñó el conde entre dientes.

—Veo que comparten la misma apreciación el uno por el otro... Theo también suele gruñir cuando pronuncia tu nombre —dijo robándole un fugaz beso a modo de despedida—. Debo marcharme ahora si quiero estar de regreso para última hora de la tarde.

—Está bien... tú ganas. Siempre ganas —sonrió feliz—. Jeff, no te quedes ahí parado escuchando, trae la yegua de la señorita Monroe.

—¿Y Pegaso, señor? ¿Su cabalgata?

—Mi cabalgata puede posponerse... no creo que Pegaso se disguste por ello.

El jefe de cuadras se puso en acción, la yegua estuvo ante Ava en minutos. Luke la ayudó a subir a la montura, y la despidió a mitad del sendero.

—¿Has oído, te han tratado de lenta? —Le susurró a la yegua—. ¿Cómo respondes a eso?

El animal galopó... galopó sin parar, y atravesó el condado en un par de pestaños. En menos de dos horas estuvo en las inmediaciones de Manchester, a menos de una milla de la feria.



El primero en recibirla fue Ranjit, el hombre era de pocas palabras, así que el reencuentro se vistió de abrazo. Pusieron en resguardo a la yegua, le brindaron agua fresca y forraje. Las malas noticias llegaron a sus oídos de la mano de Theo, las mismas ponían de centro a Lara: Una fractura de tobillo como consecuencia de una caída.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Como todos los accidentes que a Lara le ocurren ¡Por tener la cabeza en otro lado! ¡Por buscar señales en el condenado cielo!

Theo tenía un buen punto, conocía la naturaleza volátil del pensamiento de la mujer, vivía más en el cielo que en la tierra, y ese comportamiento se potenciaba año tras año.

—Además de la pierna inmóvil y el reposo, ¿qué más te ha dicho el doctor?

—¡Que está en perfecto estado! De seguro, nos sobrevive a todos con sus locuras. Ve... ve a hacerle compañía, ese maldito hueso puede que sane más rápido con tu presencia.

Se demoró más de lo deseado, en el camino a la casa se cruzó con cada uno de los participantes de la feria, todos y cada uno de ellos reclamaron su parte de anécdota. Ya a pasos de la vivienda, la voz de Lara la hizo apurar el paso.

—¡Vamos, mueve ese trasero! Por Dios santo, los rumores son más rápidos que tus piernas.

—Ranjit ya estuvo aquí, ¿no? —Poner un pie dentro del austero lugar le resultó reconfortante, aunque se había acostumbrado a los lujos de la mansión, no los añoraba. Eso añoraba, el calor, el olor a caldo, la voz de Lara.

—Ranjit está en todos lados y a la vez en ninguno... es su arte. Lo bueno que antes de marcharse puso el agua a calentar, prepara el té. ¡Siéntete como en tu casa!

Estaba en el sillón junto al fuego, una silla le mantenía la pierna en alto.

—Esta es mi casa —reprochó Ava mientras arrojaba hierbas dentro de la tetera y las bañaba en agua.

—Me han dicho lo contrario... —ironizó la mujer con algo de picardía.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Las cartas, ¡quiénes más! —vociferó a carcajada limpia.

Ava preparó una bandeja con la tetera, las tazas y unos trozos de pan de fruta que estaban ahí a modo de bienvenida. Una vez más, Ranjit estaba en todos los detalles.

Apoyó la bandeja en la mesa contigua a Lara y acercó una silla para tomar asiento frente a ella.

Lara la observó de los pies a la cabeza. Frunció el ceño y la volvió a observar, esta vez en el camino inverso.

—Estás distinta... —confesó entre dientes.

—¿Distinta cómo?

—Tú sabes cómo, no me lo hagas decir.

Reconocía ese brillo en sus ojos, era atípico, intenso. Pocas veces se

había hecho presente en la vida de Ava, y en ese instante, parecía dispuesto a resplandecer hasta el fin de los tiempos.

—Por lo visto, el maldito conde no era tan maldito del todo —agregó—. Volvemos a confirmar que Theo lleva todo a la exageración máxima.

—No, no... su exageración fue perfecta, créeme. —Sirvió el té y le entregó una de las tazas.

—¿Entonces?

—No sé cómo responderte a eso.

—Lo sabes, solo que prefieres no hacerlo, porque con eso me confiesas que has roto tu palabra para conmigo. —Lara fue lapidaria, tenía que serlo, era la única capacitada para abofetearla ante la realidad que no veía—. Me prometiste que no volverías a comprometerte, que no podrías en juego tus emociones como la última vez...

—Esto es diferente —atravesó el discurso de la mujer casi con desesperación.

—Por supuesto que es diferente, es peor. Por eso estás aquí, ¿verdad?

—Sí.

¿Qué sentido tenía negarlo? Estaba ahí porque había perdido el eje a causa del nacimiento del sentimiento más poderoso de todos.

—Bueno —dijo la mujer llevando la taza a sus labios. Bebió un par de sorbos y continuó—. Cuéntame... lo que te inquieta, lo demás no es necesario, ya es noticia vieja. ¡Alguien ha robado el corazón de mi niña, puedo aceptarlo!

—¿Acaso tienes búhos espías? —Nada se escapaba de Lara.

—No voy a revelarte mis informantes...

—Con que tus informantes sean de carne y hueso y no de cartón, me es suficiente. —En la vida de Lara todo se reducía a una lectura de tarot.

—Te refieres a esto. —Tenía la falda cubierta con un edredón, hurgó debajo de él hasta conseguir lo que deseaba. En segundos, el mazo de cartas se sumó al reencuentro.

—Ahora, vamos a lo que te trajo hasta aquí, no me desmerezco, pero sé que no soy yo, y si te soy sincera, me alegra que así sea.

Ava le reclamaba a ella la resurrección a una vida puesta en pausa, y Lara la empujaba a una vida que Ava se negaba a construir. Tal vez el tiempo había llegado para ambas. Era tiempo de nacer y renacer.

—¿Qué te preocupa?

—La mujer que vino a mí... eso me preocupa. Murió en un accidente, meses atrás.

—¿Y Rose? —recordaba el nombre.

—Rose es su hija, sufrió el accidente con ella, y como consecuencia perdió gran parte de sus sentidos.

—¿Gran parte?

—Visión, audición... y si a eso le sumas su incapacidad para la comunicación...

—No, no me lo digas, no quiero ni pensarlo ¡Pobre niña! ¿Lograste llegar a ella de alguna manera? —Confiaba en la empatía de Ava.

—Sí, pero no fui la única. —La expresión ceñuda en Lara fue más que evidente. Ava continuó—: Su madre... creo que el estado de la niña y el vínculo que las unía le permitió crear un canal de comunicación con ella.

—¿Y tú? ¿Qué rol has jugado en todo eso?

—El que me permitieron... he podido conectarme a través de ejercicios de relajación con Rose en pleno proceso de comunicación con su madre, y lo único que obtuve a cambio fue un nombre.

—¿Cuál? —regresó la taza a la bandeja, estaba demasiado entretenida para dedicarse al disfrute del té.

—Luke... antes de que te lo preguntes, ese es el nombre del conde.

—¿Y qué tiene que ver el conde en todo este asunto? —La pregunta era por demás lógica.

—Eso es lo que trato de averiguar, por desgracia, no lo he conseguido... Eloísa, la madre de la niña, simplemente desapareció.

—¿Qué quieres decir? ¿Se elevó de plano?

—No lo sé.

—Como sea, si ya no está, señal de que ya cumpliste con tu trabajo.

—No necesariamente, creo que se está quedando sin tiempo. No todas las almas se pierden en el limbo...

—Sería sensato —musitó la mujer. Ambas entendían los pormenores de la dinámica del más allá después de años de manejarse con ella. Además, Lara se había encargado de investigar con otras médiums y personas dotadas, de modo de hacerse un panorama completo con todas las experiencias. Era cierto, había muchos charlatanes, y eso daba como resultado demasiada información falsa. Tanto Lara como Ava llevaban tiempo separando lo real de lo falso, lo plausible de lo imposible. Eloísa había sido una gran mujer, que amó y fue amada, que tenía esos afectos en ambos planos. Había llevado una vida plena, breve pero plena. No existía más que un motivo por el cual vagar en el limbo. El éxito o fracaso de esa misión no impediría su ida hacia la luz, cuando el extraño reloj del más allá marcara la hora, se iría junto a sus seres queridos. La vida de Rose y de Luke estaría atada a los acontecimientos terrenales, y Ava temía que esos los llevaran a reunirse con Eloísa.

—Sé que te fallé, Lara. No cumplí con mi promesa... —La voz estrangulada de la joven impactó en la mujer mayor. Lo sabía, nada tenía que ver con la experiencia pasada. El compromiso emocional aquí era mayor, y Lara temía que, si no salía bien, Ava no lograra afrontar otra pérdida. Se había

protegido toda la vida de eso, permitirse amar, solo para perder, la llevaría a un hermetismo del que ya nadie la podría sacar.

—Hay promesas que no deben hacerse, Ava. Aquellas que no se pueden cumplir, por eso, no te prometo ayuda, sino guía. Nadie puede con el destino, con las fuerzas del Universo y lo que tienen previsto para nosotros. Tú te marchaste con una intención, y Él tenía otra para ti. Ya ves quien ganó... ahora bien, sobre tu guía, la lectura antes de marchar me dijo algo más.

Ava asintió. Todo lo visto en las cartas tenía su significado en los hechos. La torre del pasado, el corazón del presente y las cadenas del futuro. Eso era claro, una lectura sencilla que era fácil de interpretar porque la tenía a ella de centro... en cambio, lo que Lara dijo cambiaba el eje.

—La dama de oros invertida...

—Tess —salió de labios de Ava sin pensar.

—¿Quién?

La joven resumió sin grandes detalles la historia pasada del conde. La dama de oros en esa posición representaba a la deshonestidad, la ambición y la traición.

—Ava, querida... tú me hablas de pasado y las cartas, de futuro. ¿Puede esa historia regresar?

—Puede tratarse del ciclo que no cierra, del aprendizaje —murmuró la más joven de las dos mujeres, y Lara pudo leer la tristeza en su mirada.

—Dejemos las cartas aquí —propuso—. No haremos más lecturas, no jugaremos más con el destino, o caeremos en su trampa.

—Pero sin Eloísa, sin las cartas...

—El corazón y el instinto serán tus guías. Esto es terrenal, Ava. La premura en la marcha de Eloísa, tus conclusiones...

—¿A qué conclusiones te refieres?

—¡A tu lectura de la dama de oros! ¿A qué más? Ava, si vas a sufrir la ceguera del amor, entonces, aprende a abrir los ojos del corazón. O solo irás derecho al barranco.

Lara se había enojado, cosa poco habitual en ella. Incluso para un arte tan espiritual como el que llevaban a cabo ambas, la racionalidad era importante. Por no decir crucial. Y Ava Monroe la había perdido al enamorarse del conde, por eso iba dando palazos a ciegas. No se abría a Eloísa, no veía a la dama de oros. El miedo a que Luke Skyller estuviera atado a otra mujer le arrebatava la razón, el temor a perderlo en el plano afectivo, a que su amado tuviera que repetir su historia con Tess para aprender la lección le cortaba el aliento, le impedía pensar con claridad. Eran celos, los más profundos y terrenales celos. Los de una mujer que reclamaba a un hombre como suyo.

—Eso intento —se lamentó Ava—. Pero en esto soy tan inexperta como la primera vez que caminé por el limbo ¿Lo recuerdas? Nunca experimenté algo así, es... es demasiado fuerte.

—Y entonces, ¿para qué luchas contra él? Ya sabes el resultado, perderás. Ahora, si tu inexperiencia es como la primera, utilicemos la misma receta —propuso Lara—. Cierra los ojos, cúbrete los oídos y respira.

Ava se acercó al fuego que ardía junto al sillón. Frente a él, se sentó con las piernas cruzadas, en una posición relajada. Espalda recta, mirada a las llamas. Acompasó la respiración, los latidos del corazón y dejó que las sensaciones abandonaran su cuerpo. No se trataba de buscar un trance, solo de hallarse a sí misma. Se estaba perdiendo, y con su don, eso era peligroso. Sabía que, a su lado, Lara bebía el té como si nada. Los sonidos del exterior le llegaban cada vez más lejanos. Era como convertirse en un ave, sobrevolar el terreno de los recuerdos, de las vivencias, hasta saber dónde estaba una parada. De pronto, sin previo aviso, comenzó a llorar. Las lágrimas salían sin control, el pecho se le estrujaba y le costaba respirar.

—¡Ava, Ava! —la llamó la mujer—, regresa, vamos, niña, regresa. No era la idea de que entraras en trance. —La sacudió hasta que la muchacha abrió los ojos.

—No era un trance, Lara. No lo era... es... Luke. —Se puso de pie,

desesperada—. Debo regresar, debo... ¡Oh, Dios! ¡Algo le ha sucedido a Luke!



Tras la partida de Ava, Luke se sintió inquieto. No sabía si se trataba de las dotes de la mujer o si al fin se había permitido abrirse al dolor que albergaba, pero ahora el raptó de conciencia lo embargaba y le impedía mirar para otro lado. No se podía apartar la vista por mucho tiempo de lo que a uno le sucedía, y por eso entendía que aún le costaba confiar, del mismo modo que a Ava Monroe le costaba no huir.

No había sido un juego de tire y afloje lo sucedido en los establos. Era un real miedo a que la institutriz lo abandonara, escapara de él. Era la proyección de su temor en el temor de ella. Vaya par estaban hechos.

Como no podía hacer nada, salvo aguardar su regreso para mitigar el malestar, afrontó otro. Del mismo modo en que atendía los asuntos en su despacho, se dispuso a priorizar las emociones. Le tocaba el turno a Rose.

Rose era sinónimo de culpa en su repertorio de sentimientos puestos bajo llave. Su sobrina le recordaba cada uno de los errores del pasado y sus consecuencias.

La historia con Tess poseía remanentes, como viejas raíces que cubrían todo a su paso. Tras la decepción con su prometida, y el descargo público, el condado de Durstfall no quedó intacto. Su nombre fue manchado de rumores y habladurías, casi todas en tono de burla. La lista de amantes de Tess era tan extensa que él parecía ser el único en toda Gran Bretaña en desconocerlo. Sí, ella había sido arrastrada a la deshonra, pero él fue el hazmerreír. En ese entonces, no le importó, porque nada podía importarle ya. Solo quería recluirse, aislarse del mundo. Eloísa, en su ternura y juventud, solía decirle que era muy joven para tal comportamiento amargo, y lo instaba a salir de su encierro.

«Una mujer te falló, Luke, una. No todas somos iguales».

«Lo sé, por eso las tengo a ustedes, para recordármelo. No necesito a nadie más».

Eloísa solía amenazarlo con irse a Italia, le decía que estaba cansada de la niebla, de las nubes y las tormentas, y, sobre todo, de su eterno mal humor. Y él, que esas disputas le mejoraban el ánimo, replicaba que las perseguiría por Italia, que renunciaría al condado, se lo daría a su primo Josh Wadlow, y se iría a recorrer las ruinas romanas.

A su hermana no le gustaban esas bromas. No quería que Luke dejara el título o las tierras, que se despojara de las últimas responsabilidades, porque temía que, sin lazos, se perdiera en los rencores. Luke parecía dispuesto a convertir su condena en una definitiva, casi como quien llama a la desgracia para luego lamentarse y maldecir. «Mira, Tess, hasta mi título he perdido por tu culpa». Pero eso no era cierto, y en el presente, no podía darse el gusto de negarlo. Sí, Tess lo había herido y humillado... lo demás, el resto de su patética vida era su culpa. Él había dejado que el veneno avanzara, hasta ahora. Hasta Ava. Con ella se permitía sanar, y aunque en primera instancia era mérito de la testarudez de la institutriz, que jamás se rendía ante un desafío, en ese momento el timón de su vida volvía a sus manos. De él dependía permitirle a Ava entrar en su corazón, en su familia, y arrojar luz. De él dependía salir del letargo.

Rose se hallaba en su habitación. Lucía un vestido de día azul, su cabello trenzado en la coronilla y sus manos libres de guantes. Estaba sentada en el suelo, con el oso de tela que su padre le había regalado en las manos. Jugeteaba con los bordados que dibujaban las facciones en el juguete. Por la ceguera, siempre parecía absorta en sus pensamientos, pero no lo estaba. Sabía que su tío se hallaba allí, que la observaba en silencio. Siempre la observaba en silencio. Ambos eran mudos por elección.

A Luke le costaba avanzar. No sabía hasta dónde llegaba la audición recuperada de Rose, todavía no había llamado al médico. Los doctores poco habían hecho por su sobrina en el pasado, y no estaba listo para que su lógica rompiera con las técnicas de Ava. La institutriz daba resultado, los médicos no. De ese modo, argumentaba que la experiencia empírica lo amparaba. La

verdad era que no se sentía listo para otro de esos diagnósticos sin futuro que lanzaban sin piedad los especialistas.

—¿Rose? —probó. La niña no se volteó, nada indicaba que lo hubiera oído. Tras unos segundos de quietud, Rose extendió la mano, palma arriba. La sonrisa de Luke se amplió por la emoción, y los ojos se le nublaron—. No me ganarás, Rose —dijo en tono alegre—, no conseguirás salirte con la tuya como con las coles.

La niña no alteró las facciones, sin embargo, algo le dijo a Luke que la muy pícara lo había oído. Lo embargó un sentimiento que le era ajeno: la empatía. Llevaba demasiado tiempo encerrado en su dolor como para percibir el de los demás. Con Rose era distinto, y así se lo dijo.

—Eres demasiado parecida a mí. Podrías haber sacado la dulzura de tu madre, era la mujer más buena de la tierra. O el espíritu afable de tu padre, sé que no lo recuerdas, pero era un buen hombre. Quizá demasiado bueno para este mundo de timadores... pero no, tú tuviste que nacer Skyller de pies a cabeza. Terca, tozuda...

Al igual que él, ella se encerraba en su condición, en una de la que no quería salir. No hablaría hasta no sanar emocionalmente. No daría aviso de escuchar hasta que sucediera lo mismo. Y Luke albergaba la esperanza de que la vista corriera con la misma suerte. Rose emitió un quejido molesto y movió la mano, recordándole que esperaba algo de él. Luke apoyó la palma en la de su sobrina, y la niña bufó, como indicando «Así no se hace». Una vez más, la sonrisa pujó de las comisuras de los labios del conde.

Rose deletreó Ava sobre la piel de Luke.

—Fue a visitar a su familia. Vuelve por la tarde... —Rose señaló con el índice su oído y luego su palma—. No, Rose, me oíste. Sé que me oíste—. La niña negó con la cabeza, e insistió en el deletreo. Luke no cedió, y se desató una lucha de voluntades.

La culpa volvía a él, casi como un aliado de su sobrina para salirse con la suya. Rose estaba así porque él, en su eterno encierro, no había querido subirse a un maldito carruaje e ir a la fiesta de su primo Josh. No quería saber

nada con su familia, esa que en cada reunión le recordaban de mal modo que se lo habían advertido. Josh había sido tan insistente con la invitación, que no le quedó más remedio que aceptar. A último momento, decidió que no iría, y Eloísa enfureció. Con ese enojo que le enrojecía las mejillas y las orejas, se subió junto a Rose al carruaje dispuesto para él y amenazó:

—No volveré, Luke. Te juro que no volveré, me iré con Rose a Italia y si nos quieres, deberás salir de este mausoleo que es la mansión familiar y venir por nosotras. Porque me cansé de tu carácter. ¿Qué te ha hecho Josh para desairarlo así?

—¿Además de presentarme a Tess?

—Si tú no has sabido ver su verdadero carácter, ¿por qué habría de hacerlo Josh? ¡Por Dios, madura, Luke! Madura o púdrete —sentenció Eloísa, y se perdió tras la portezuela del carruaje. Rose, como si semejante disputa hubiera sido un juego, asomó la cabeza por la pequeña ventana y gritó:

—Adiós, tío. No iremos a Italia sin ti, pero hasta Londres sí deberás seguirnos. —Y le sacó la lengua a modo de burla.

Esas habían sido las últimas palabras de su hermana y de su sobrina. No tenía derecho a arrancarle más, se merecía el silencio, el mutismo. Se merecía ser el único incapaz de percibir a su hermana en el más allá, y quien no recibía los avances de Rose. Sí, ese era un legítimo castigo. Solo que él ya no importaba, Rose debía salir de su estado ensimismado por su bien, no por él.

—No —insistió—. Me has oído. Ava volverá esta tarde.

Los labios de Rose hicieron un mohín, y sus ojos reflejaron furia ante el desafío de su tío. Le tomó la mano en un movimiento brusco, y escribió: fuera.

—No entiendo, Rose. ¿Que me vaya yo, o quieres salir? —La niña volvió a escribir: tú—. ¿Y tú no? ¿No deseas salir? Está agradable en los jardines. No puedo decir que las nubes se hayan ido, pero al menos no parecen de lluvia, y hay una brisa calma...

Rose se puso de pie, fastidiosa, y abrió la ventana para sentir la brisa.

Agarró la mano de su tío y delectó: yo también.

—Bien, le diré a Betsy que te acompañe. Por cierto, Rose... fue agradable conversar contigo. —Abandonó la habitación en el preciso instante en el que su sobrina se volteaba para lanzarle el oso de tela.

Ya la había importunado demasiado. Lo sabía, había ido demasiado lejos. Si Rose tenía el mismo temperamento que él, y sí, lo tenía, se las haría pagar. Era parte del plan, porque para hacérselas pagar debía castigarlo, y para hacer eso, debía abrirse a todos menos a él. Con eso le bastaba. Mostraría sus avances con Ava, con la señora Potter, y seguiría haciéndose la sorda con él. Vaya carácter. La nostalgia se instauró en él, ese sentimiento agri dulce de un duelo a medias. Eloísa estaba presente en sus pensamientos, lo hacía feliz saber que la hija de su hermana era una niña fuerte; había vanidad en su amor por Rose, la soberbia de verse reflejado; esa felicidad se teñía de gris cuando recordaba que Eloísa no la vería crecer, que se perdería las peleas y los desafíos de la pequeña mientras desarrollaba ese carácter Skyller.

—Oh, y pensabas que yo era indomable... —le dijo a la distancia. ¿Podría oírlo? ¿Realmente estaba allí? Ya no se trataba de razón, sino de necesidad. Necesitaba creerle a Ava, tener fe en el asunto del más allá, de las almas, de que la muerte no era el fin. Quería pensar que se volverían a ver cuando la hora le llegara, que se reuniría con ella para disculparse y darle el gusto de decirle: tenías razón en todo.

Se dirigió a la caballeriza. Rose estaba con la señora Potter en los jardines. La niña buscaba piedras en los canteros y se las pasaba al ama de llave que ya tenía los bolsillos de su delantal repleto de mugrosos cascotes. Era tiempo de su cabalgata pospuesta.

Sabía a dónde iría. A la ladera, a contarle a Eloísa los avances de Rose, a relatarle las andanzas de la institutriz y los sentimientos que renacían en su pecho. Pegaso estaba listo, Jeff no se hallaba en ninguna parte. Le sorprendió, aunque no indagó demasiado. Estaba ansioso por alejarse un poco de la mansión, de esa casa que él se había encargado de convertir en una prisión. De todos modos, tomó nota mental sobre reprender al jefe de cuerdas, no era

lógico que dejara al caballo con la montura puesta por tantas horas, si hasta la alforja aún colgaba de lado.

—Señor —lo interrumpió—, ¿se marcha a cabalgar?

—Sí, Jeff —respondió molesto. ¿Qué era eso de pedir explicaciones?, otra cosa que iba a la lista de desaciertos del hombre—. Por fortuna será un paseo corto, pues noto que desde la mañana que Pegaso está ensillado.

—Lo siento, señor, es que supuse que regresaría pronto y no quise quitarle tiempo... —La disculpa lo puso de mal humor. No deseaba eso, no cuando al fin lograba un vestigio de buen ánimo.

—Está bien, Jeff. Solo... solo que no vuelva a suceder. Sabes cuánto cariño le tengo a este endemoniado —agregó mientras acariciaba el hocico del corcel. Jeff se aproximó a comprobar la silla, los estribos y las riendas. Se lo veía nervioso, como esa misma mañana, y Luke pensó que quizá la acumulación de errores lo asustaba. Muchos perdían sus empleos por menos que eso. No lo calmaría, no de momento. Le vendría bien sufrir un poco para aprender, estaba seguro de que la próxima vez estaría más atento.

Tras la comprobación del jefe de cuadras, Luke abrió la puerta del corral y montó a Pegaso. Lamentó su decisión de no serenar al jefe de cuadras, al parecer, le había pegado el nerviosismo al animal. Quizá tantas horas con la silla, ansioso por salir a cabalgar, habían alterado el ánimo del caballo. Lo calmaría con un galope por el camino de ingreso. El sendero parejo y cuidado le permitiría correr sin riesgo de lesiones.

Galopó a buen ritmo camino a la ladera. El sonido del arroyo lo acompañaba como una canción de cuna, tranquila, calma. Le gustaba mucho el agua, y le pesaba que le trajera malos recuerdos. El punto exacto del accidente era uno de los más bellos paisajes del condado. El arroyo hacía una cascada en las piedras, la ladera era aún más escarpada en esa zona y en el declive se formaba un pequeño lago, una olla de agua profunda que volvía a encauzarse algunas millas adelante. En ese oasis de piedras y plantas, el sol se abría paso por entre los fresnos y algarrobos, el agua golpeaba las rocas y las erosionaba con paciencia, y los peces se dejaban acunar, tras tanto tiempo de ir con la corriente. Era un lugar de paz, y allí descansaba Eloísa.

Pegaso seguía inquieto, incluso cuando debía estar un poco más sereno después de las millas recorridas.

—Vamos, muchacho —le acarició el cuello al animal—, vamos, larga todo lo que tienes dentro, como vine a hacer yo.

El caballo bufó, relinchó y alzó las patas delanteras antes de largarse a una carrera. Luke se aferró de las riendas, llevaba el control. Pegaso confiaba en él, y él en Pegaso. Jinete y corcel eran uno. Por eso lo tomó desprevenido el viro del animal, que frenó en seco para luego desbocarse. Estaba asustado, Lord Durstfall podía sentir el miedo, y el sentimiento se adueñó también de él.

Ninguno de los dos estaba en control, ni Pegaso, ni Skyller. Corrían al galope, escapando de algo que no podían ver.

Luke sabía que era arriesgado quitar los ojos del frente, pero debía cerciorarse de qué provocaba el temor en su montura. Giró el cuello para no ver nada detrás, sin embargo, algo en la alforja le llamó la atención. Un movimiento, algo vivo en su interior.

—Calma, muchacho, calma —pidió al tiempo que intentaba controlar las riendas. Si lo frenaba, el caballo se alzaría en dos patas y lo derribaría, debía dejarlo correr y manejar la dirección para que no se hiriera. ¿Por cuánto tiempo? Esperaba que no por demasiado. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso en el afán de aferrarse a la silla. Los muslos se dibujaban bajo el pantalón, los bíceps pujaban de la tela de la camisa, que ahora se pegaba a la piel por el sudor. Soltar una mano de las riendas le podía costar la vida, pero era una alternativa. Dejó la derecha, que era su diestra, firme en las riendas. La izquierda viajó a la alforja, para descubrirla. Del interior, una serpiente asomó su cabeza. Era pequeña, y no parecía venenosa; no importaba cuán grande fuera un caballo, les temían a esas malditas como al mismo satán. Era probable que, en el andar, el bicho se hubiera aterrado, y en sus instintos, mordido el lomo de Pegaso.

Metió la mano en la alforja para liberar la serpiente. La arrojó a la ladera, por desgracia, la maniobra le costó demasiado, y la distracción tuvo sus consecuencias. El caballo dejó el sendero principal, de gravilla prolija, y se adentró por el bosque en busca de refugio.

—Ya, muchacho, ya nos liberamos de ella —trató de serenarlo, sin conseguir frenar al animal asustado. Las ramas los herían a ambos, Pegaso se lastimaba en cada avance, y lo lastimaba al conde. Los arañazos los hicieron sangrar, hasta que una rama grande se interpuso y le dio de lleno en el pecho. El golpe lo dejó sin aire, y lo hizo caer de la montura. Las riendas quedaron enredadas en lo alto, y Pegaso tiraba, lastimándose sus fauces.

Luke, dolorido, se puso de pie y calmó al animal con caricias. Le sacó la silla de montar, y eso consiguió su cometido. Pegaso dejó de luchar con las riendas. En el hocico, la espuma por la corrida se veía rosa al mezclarse con la sangre. El conde no estaba mejor, tenía raspones en la piel, la camisa hecha girones por las ramas y estaba empapado de sudor.

—Eso es, muchacho, eso es. Calma. Volveremos a pie —le dijo y lo sacó de la arboleda. No quería revisarlo aún, temía encontrar una herida importante en las patas del animal, pues cuando eso pasaba, no quedaba más que sacrificarlo. No quería perder a su buen corcel, a su compañero de andanzas. Así que se limitó a mirar al frente, a avanzar a paso firme y a albergar la esperanza de que todo saliera bien. Sí, eso era mejor que pensar en lo extraño del accidente, ¿cómo había llegado una serpiente a su alforja? No. No quería conjeturar, estaba demasiado cansado.

Capítulo 10

Perdió la noción del tiempo, solo galopó, se enfrentó al viento hasta que consiguió ser una con él. Sabía en su pecho que algo había sucedido, y no era por una simple dosis de intuición, el estado de relajación profunda que logró en lo de Lara la había llevado a transitar una vivencia única: proyección de conciencia. La técnica era conocida como desdoblamiento corporal, la había presenciado en algunas ocasiones en otros, pero ella nunca había alcanzado ese nivel hasta ahora. Estaba asustada, por lo que había sentido y por lo que creía que había ocurrido. Su cuerpo etéreo había abandonado el físico para viajar a varias millas de ahí, al condado de Durstfall, y lo había hecho con una razón: alertar del peligro.

—¡Luke! —gritó su nombre ni bien comprobó el estado de exaltación en las inmediaciones de la mansión. La señora Potter estaba en la puerta despidiendo a uno de los médicos de la familia, y parte de los empleados corrían de un lado al otro.

Descendió de la yegua a mitad del sendero, la dejó allí olvidada, confiada de que se ocuparían de ella. Llegó hasta Suzanne en el momento exacto en que el médico se subía al carruaje para emprender la marcha.

—¡Tranquilízate, muchacha! Nada ha pasado a mayores.

La expresión de espanto en el rostro de Ava podía contemplarse a millas de distancia, ni siquiera la oscuridad de la recién llegada noche podía ocultarlo.

Lo conveniente era ponerla al día sobre los acontecimientos antes de permitirle el ingreso a la casa, ya bastante estaban alborotados los ánimos generales como para agregarles los de la institutriz enamorada.

—¡Pero algo ha ocurrido! ¿No es así? Luke... ¿fue Luke?

Suzanne lucía agotada, no preocupada, y Ava bebió de esa actitud para templar la suya. La mujer estaba haciendo lo correcto al retenerla por los hombros, de lo contrario, se lanzaría a la carrera por las escaleras a voz de grito.

—Lord Durstfall tuvo un accidente —expuso la señora Potter con una tranquilidad envidiable.

—Sí... montando a caballo —agregó Ava sin medir sus palabras ni la información que atesoraba gracias a sus experiencias sobrenaturales.

—¿Cómo lo sabes? —Ese tipo de rumores encontraban su origen en la escasa confidencialidad médico-paciente. Era imposible que la noticia hubiese llegado a ella considerando que el doctor acababa de partir. Los labios de Ava se torcieron en una mueca—. No me respondas, prefiero no saberlo.

Otros rumores también recorrían los pasillos de la casa, todos y cada uno de ellos ponían en cuestionamiento el estado mental de la muchacha. La señora Potter había decidido no prestar oídos a ellos, ni indagar en las capacidades de Ava. Elegía la ignorancia, eso la libraba de todo tipo de pesadillas nocturnas.

—Como ya he dicho —continuó al notar que Ava estaba en un estado muy cercano a la catalepsia—, no ha pasado a mayores. Fue solo un golpe y un buen susto... un buen susto para el pobre animal.

—Pero podría haber sido peor.

Los aires de peligro agitaban los cimientos de la casa como un silencioso asesino. Ava se encontraba ante una macabra lucha interna. No sabía qué hacer. El sentimiento la tenía atada de manos y se odiaba por ello. Tal vez Lara estaba en lo cierto, el Universo la había llevado hasta Durstfall, y no para brindar su asistencia, sino para recordarle las consecuencias de sus errores. ¡Esto es lo que sucede cuando echas tus raíces donde no debes!

—El fatalismo no le sienta bien, señorita Monroe. ¡A estas alturas de su vida debería de saberlo!

Con esa simpleza, la mujer consiguió espabilarla. Dudas y temor, se había marchado de ahí con esas sensaciones, y regresaba con ellas. Lo que era peor, había triplicado su siembra. Invirtió toda la capacidad de lógica que le quedaba para actuar en función de ella.

—Tiene razón, lo siento. ¿Cuál fue el diagnóstico del médico?

—Un buen descanso, y por un tiempo, nada de aventuras al galope. —La observó al decir eso: tenía el cabello alborotado y las mejillas arreboladas por la cabalgata furiosa—. Y creo que tú deberías hacer lo mismo.

Juntas ingresaron al interior de la mansión. La actividad atípica de los empleados a esas horas del día ponía en relieve lo sucedido. Pensó en la niña, en el impacto de lo ocurrido.

—¿Rose?

—Lady Rose ha disfrutado de un baño y ahora duerme, Betsy me lo acaba de confirmar hace apenas unos minutos.

—Voy a echarle un vistazo antes de ir a mi habitación.

Quería confirmarlo con sus propios ojos, solo así se quedaría tranquila.

—De ser así... —murmuró la señora Potter cuando estuvieron al borde de la escalera—, que tu visita se haga extensiva a otra habitación.

El tono de secretismo se debía a que lo indicado se escapaba de los límites del decoro. No había nada correcto en el hecho de que una empleada visitara la recámara del señor de la casa a solas y a esas horas del día.

—Según he entendido, el señor está descansando. —Ava utilizó el arte del disimulo a su favor. Ni bien estuviese en el piso superior, lejos de la visión de la mujer, chequearía a Rose y luego correría a la habitación de Luke.

—Muchacha, por favor... no me trates de tonta, actúo como una porque así lo demanda mi función.

—Lo siento, mis intenciones en esta casa nunca fueron... —El tono rojizo

que había empezado a abandonar a sus mejillas volvió a pintarle el rostro.

—Eres una gran incógnita, Ava Monroe, eso ya es un hecho, no te conozco. A pesar de eso, me atrevo a decir una cosa y solo una: tus intenciones son buenas, sé que lo son. Tomaron un curso inesperado. —Sonrió con picardía— ¡Vaya que lo hicieron! Pero los resultados fueron más que óptimos. Si algún día necesitas referencias, yo te las daré con gusto —bromeó—. Ahora, no lo hagas esperar, lleva horas preguntando por ti.

Con un suave movimiento de cabeza, se despidió, las últimas tareas del día reclamaban por ella.

Ava hizo lo pautado, fue directo a la habitación de Rose, comprobó su descanso, la arropó para asegurarse de que no tuviese frío, y se encaminó a la habitación de Lord Durstfall.

La puerta se encontraba abierta, el juego de las llamas del hogar se proyectaba en las paredes del pasillo. Invadió la intimidad de la habitación a paso lento e insonoro, Luke descansaba en uno de los cómodos sillones junto al fuego, había elegido ese lugar porque desde ahí tenía la contemplación total de la puerta. Esperaba por ella, no cerraría los ojos hasta que estuviera de regreso, y... ahí estaba.

Sonrió al verla, y el dolor, que se encaprichaba en torturar su espalda y pecho se llamó al olvido para darle a la mujer el protagónico que merecía.

—Te marchas, y mira lo que sucede.

—Eres peor que un niño, no puedo dejarte ni un instante a solas.

—No, no puedes —dijo levantándose para ir por ella.

El deseo de búsqueda y encuentro fue compartido. Los cuerpos chocaron a mitad de la habitación. Los brazos se enredaron en cuerpo ajeno, y los labios se reconocieron como viejos compañeros de dulces andanzas. Horas, solo horas de distancia, y ellos lo vivían como la peor de las eternidades.

—Hazme otra promesa, Ava... —musitó sobre su boca—. Prométeme que

no volverás a dejarme. ¡Prométemelo! —Sí, su demanda era egoísta y rozaba el límite de la obsesión, lo reconocía.

"Hay promesas que no deben hacerse..."

La advertencia de Lara se hizo un recuerdo carente de atención alguna. Ava Monroe ya no existía, era otra, una que había nacido el día en que Luke Skyller irrumpió en su vida.

—Solo si tú prometes lo mismo. —Ella también era egoísta, también demandaba su parte del trato.

—Lo prometo, nada ni nadie me separará de ti, Ava Monroe. Ni en esta vida ni en otra. —Le acarició el rostro y apoyó la frente sobre la de ella—. ¿Lo has oído?

—Ni en esta vida ni en otra —repitió ella, y selló ese pacto con el fuego de un nuevo beso.

De una u otra manera, en el silencio de sus corazones, reconocían que lo que sentían el uno por el otro superaba a toda posible razón, a todo sentimiento pasado. Estaban redefiniendo el concepto de amor con sus besos, con sus cuerpos. Las lenguas se provocaron reclamando lo que les pertenecía; y las manos, con ansias de nuevas conquistas, rasgaron la ropa. El pecho de Luke quedó expuesto, un ligero tono violáceo brillaba como la consecuencia de su desafortunada desgracia. Ava lo invadió con besos, fue suave para no provocar más dolor. Luke luchó con las capas de falda que le impedían el acceso a su feminidad, cuando consiguió alzarla por completo, se aferró a sus tibias y redondas nalgas, y la elevó para poder llevarla a la cama.

El camino a la desnudez total fue una travesía que lograron con fugaz éxito, el reencuentro de la piel puso en pausa a los sentidos, existían solo ellos y el deseo. Existía solo ellos y el amor que se confesaban con caricias.

El sexo húmedo de Ava se abrió para recibirlo. La embestida fue lenta y profunda, gozaron, gimieron juntos. Era como si los cuerpos hubiesen sido creados para esa unión, para la comunión de ese deseo. Perdían la conciencia sumergidos en el éxtasis, con cada penetración se acercaban más y más al

paraíso negado en tiempos pasados. Luke... Ava... Sus nombres abandonaron los labios en el momento exacto en que los cuerpos se saciaron. Luke se derramó en su interior, salió de ella y se abrazó a su cuerpo desnudo.

Hicieron a un lado las mantas y se refugiaron bajo las sábanas. Una vez que la respiración retomó su ritmo normal, y los corazones dejaron de hablarse, les dieron lugar a las palabras.

—¿Cómo te sientes? —La preocupación de Ava ocupaba de nuevo el rol principal.

—En perfecto estado...

—No me mientas —le reprochó, detestaba cómo Luke desechaba la posibilidad de peligro.

—No lo hago... ha sido un accidente, y el pobre Pegaso se ha llevado la peor parte.

—¿Qué clase de accidente? —La espalda de Ava acariciaba el pecho de Luke, volteó su cuello para poder observar su expresión.

—Una serpiente en la alforja...

—¿Una serpiente en la alforja? ¿Cómo hizo para llegar hasta ahí?

Ava tenía la maravillosa capacidad de otorgarle intencionalidad a todo, y él deseaba quitársela. Lo negaba, aunque la preocupación de la mujer se hiciera una con la suya. No quería volver al pasado, a los pensamientos oscuros. No quería repetir la sensación de ser el centro de un macabro plan. Darse ese protagonismo con lo sucedido antes lo había arrastrado al encierro, y de ese encierro lo había sacado Ava. No deseaba volver allí, a esa oscuridad en la que no se encontraban los brazos de la señorita Monroe.

—¿Cómo llega un ratón a un costal de harina? —bromeó.

—No es lo mismo —acusó ella cegada por lo que creía pero no podía confirmar.

—Lo es. —Luke rio. Ava se giró hasta enfrentarlo de cuerpo completo.

—¿Qué le provoca esa risa, milord? —Utilizó esa expresión para matizar el tono de su voz. No le agradaba que Luke se tomara a broma sus preocupaciones.

—Tú, mujer... ni bien sucedió el accidente, pensé en ti, en esto. Sabía que intentarías atribuirle algún porqué.

—Siempre existe un porqué.

—Verdad, en este caso fue una serpiente escurridiza, en otros ha sido mi borrachera... en otros, mi imprudencia. —Quería quitarle esa idea del pensamiento—. Puedo seguir enumerando un sinfín de accidentes tontos en iguales circunstancias.

—¿Un sinfín? ¡Buena manera de silenciarme!

—No, mi intención es tranquilizarte... pero si de silenciarte se trata, tengo otra estrategia.

—¿Cuál? —Sabía a qué se refería, por eso lo provocaba.

La boca de Luke se apropió de la suya, mordió sus labios con delicadeza. Ava gimió, y ese gemido llevó a otro, y a otro... y a otro.

La noche utilizó la carta del cansancio a su favor, después de saciarse con besos y caricias, se entregaron al sueño. La brisa nocturna se coló por las aberturas de los ventanales, se hizo cómplice del silencio, y jugó a las escondidas en los corredores de la mansión hasta llegar a uno en particular.

El fuego del hogar se apagó. El frío recorrió el cuerpo de Ava. Sin abandonar el estado de ensoñación, se acurrucó contra el cuerpo de Luke; no fue suficiente, su calor no podía templarla. Abrió los ojos y comprobó el cruel destino de las llamas. Así como estaba, desnuda, abandonó la cama para ir en busca del albornoz de Luke que colgaba en el respaldo de uno de los sillones; se cubrió con él, y se dispuso a regresar a su lado en la cama.

Los cristales vibraron sin motivo aparente, no había tormenta ni señales de la proximidad de una.

Una fuerte ventisca le agitó el cabello.

¿Puedes oírme?

El corazón de Ava se detuvo por unos segundos y luego volvió a latir. Por supuesto podía oír esa voz, no solo eso, la reconocía: Eloísa.

¿Puedes oírme?

La pregunta flotó en el aire y se alejó cual eco. La siguió.

Atravesó el corredor hasta llegar a la escalera. Desde ahí pudo comprobar que la puerta principal se encontraba abierta de par en par.

¿Puedes oírme?... ¿Puedes oírme ahora?

Ajustó el lazo del albornoz a su cintura para cubrirse lo más que pudo, y se descendió escaleras abajo.

—Eloísa... —Le habló a la voz cuando estuvo fuera de la casa—. Estoy aquí para ti, háblame.

Afuera, el viento parecía haberse consumido a sí mismo, la bruma había ocupado su lugar. Se elevaba por sobre la superficie de la tierra como un extenso y eterno océano.

Iba descalza y apenas podía verse los pies, la blancura espesa de la noche se lo impedía, aun así, emprendió la marcha. Conocía de memoria el recorrido.

¿Puedes oírme ahora?... Ayuda...

Una y otra vez. Una y otra vez.

Los susurros la atacaban, parecían surgir de cualquier punto cardinal. Debió cubrirse los oídos para poder tolerarlo. Aceleró el paso, el camino del

sendero se le hizo más largo que lo habitual, posiblemente por la intensidad de los susurros que la estaban llevando al borde del delirio.

—¡Detente, Eloísa! ¡Por favor, detente! —gritó cuando estuvo en el límite de la ladera.

Su grito tuvo respuesta: otro grito. Agudo, de dolor...

El impacto en sus tímpanos fue letal. Ava perdió el equilibrio, cayó de rodillas y recorrió el resto de la ladera a tumbos. Rodó hasta la cascada y el pequeño lago que se formaba allí, sus manos entraron en contacto con el agua. Los fragmentos de la pasada tragedia, esos que semanas atrás lograron el primer enlace con Eloísa, se reprodujeron en su mente. Volvió a sentir en carne propia la angustia, la desesperación... el ahogo.

Ayuda... Ayuda... Ayuda...

Eloísa reclamaba auxilio. Ava estaba ahí para brindarla. El problema eran los canales de comunicación. Era imposible intentar alcanzar la relajación para establecer un mejor enlace mental, Eloísa no se detenía. Tenía que aislarse, debilitar el estímulo sensorial.

—¡Maldición! —murmuró Ava.

Hundió los pies en el agua.

—¡Maldición, Eloísa! —repitió cuando comprendió que la única alternativa que le quedaba era sumergirse. El agua impedía que el resto de sus sentidos se vieran alterados, como le sucedía a Rose, y eso ayudaba a agudizar sus dones. Aunque existía un gran problema...

El agua y ella no se llevaban bien, en especial, cuando de esas dimensiones acuáticas se trataba. La historia de Ava se entremezclaba con la de Eloísa. Ambas habían muerto en el fondo de un lago, pero solo una había conseguido regresar a la vida.

El lago le cubrió las piernas, le heló la sangre. No se detuvo. Tal desesperada medida no se limitaba a su misión, a lo que haría por cualquiera.

Se trataba de Luke, de su nombre escrito en la palma, del pasado, del accidente de esa tarde. Se trataba de salvarlo a él.

Temblaba, no a causa del frío, sino del terror. No solo se enfrentaba al fantasma de Eloísa, también se enfrentaba al de ella.

Los pezones se le erizaron cuando el agua los alcanzó. Dio un paso, otro... la superficie dejó de ser estable, el siguiente paso la llevaría al hueco central, a la parte honda. Respiró profundo, cerró los ojos, giró y se dejó caer de espaldas, confiada de que su cuerpo reaccionaría y flotaría.

No lo hizo, una fuerza invisible la succionó. Pataleó para liberarse, se hundía, alcanzaba una profundidad que parecía no existir. El aire contenido se hizo insuficiente, apretó los labios para no dejarlo escapar. Las burbujas que se formaban en torno a su nariz le indicaron que no lo estaba logrando. No pudo más, abrió la boca, el agua le inundó los pulmones. Colapsó, perdió la fuerza, se rindió...

La oscuridad la rodeó y trajo un torbellino de imágenes consigo. Ella corriendo por el bosque... ladridos de perros... la laguna congelada.

¡Huye, Erin! ¡Huye! ¡No mires hacia atrás, solo huye!

Con tan solo siete años había cumplido esa promesa, había sobrevivido tres días en un bosque, y había tomado la decisión de atravesar el lago, aunque eso significaba la muerte. Los perros la llevarían a romper su promesa. El hielo la llevaría a la muerte, pero morir de esa manera no era igual a desistir... morir era arriesgarse, morir no era huir.

Las imágenes de su historia se fundieron con otras... Eloísa y Rose, abrazadas, riendo... luego angustia, gritos. Ava volvía a estar en el medio del camino, los copos de nieve danzaban a su alrededor... El sonido de los cascos de caballo chocando contra la gravilla...

Esta vez pudo hacerse a un lado, pero el carruaje, en vez de seguir camino, se detuvo. Todo se congeló, los caballos, el chofer, la nieve. La puerta del carro se abrió dándole paso a una mujer: Eloísa.

Me cansé de tu carácter. ¿Qué te ha hecho Josh para desairarlo así?

¡Esta es la última vez que ocupo tu lugar, que pongo la mejilla por ti, Luke!

Los labios de la manifestación de Eloísa no se movían, sus palabras volvían a ser susurros para los oídos de Ava.

¿Puedes oírme ahora?

—Sí, puedo oírte.

La mano de Eloísa se apoyó sobre la rueda trasera, ante el mínimo contacto se desprendió de su eje, no estaba asegurada como correspondía.

¡Dios santo! No había sido un accidente.

Los ojos de Eloísa se posaron en los de Ava, descendieron por su cuerpo hasta llegar a sus pies. Ella siguió el camino que la mujer le trazó, sobre sus pies desnudos reptaba una serpiente. Ava se agachó para tomarla entre sus manos.

¡Luke!

Fue el siguiente susurro de Eloísa, uno que se repitió sin pausa y piedad.

¡Luke! ¡Luke! ¡Luke! ¡Luke!

La oscuridad retomó su lugar en la escena, devoró a Eloísa, al carruaje... una vez más, Ava se encontró rodeada de espesa negrura. La falta de aire hizo presión en su pecho, el agua estaba en sus pulmones, se ahogaba. De repente, regresó a la superficie del lago, era como si una fuerza contraria a la de la succión, la liberara.

Una voz lejana resonó en sus oídos.

—¡Vamos, Ava! ¡Respira! ¡Respira, Ava!

Era Luke, hacía presión en su pecho y le insuflaba aire por la boca.

El agua abandonó su cuerpo, lo escupió, y el aire retornó a sus pulmones. Abrió los ojos, el brillo de la luna vestía a Luke de un aura angelical.

—¡Por los mil demonios, Ava!

La tomó del cuello para acercarla a él, la abrazó, las lágrimas se confundían con las gotas de agua que se escurrían por su rostro.

—¡Eres tú, Luke! ¡Eres tú el que está en peligro!

—¿Qué dices? ¡Ya calla, mujer, ya calla!

La mente de Luke estaba en un lado, la de Ava en otro.

—¡No, escúchame... tú tenías que estar en ese carruaje, tú!

Esa era la mayor culpa de Luke, él había eludido el compromiso de último momento por su maldito capricho del encierro. Él se había comprometido con Josh...

—¡No fue un accidente, Luke! ¡Nada fue un accidente! Alguien ha intentado matarte... y no va a detenerse hasta conseguirlo.

Capítulo 11

Dos accidentes en un día habían llevado a los sirvientes al colapso. La quietud del pasado había sido sacudida por un terremoto con nombre de mujer.

Luke arribó con Ava en brazos, sus bramidos despertaron a todos. La muchacha estaba débil, había sido un trance intenso. En esos casos, no existía forma de evadir el desmayo, ni el agotamiento posterior. Había revivido su experiencia de pequeña, a la vez que había muerto junto a Eloísa. Era demasiado para su menudo cuerpo.

—Señora Potter, asegure el fuego de mi habitación y lleve más mantas —ordenó.

El ama de llaves no cuestionó la decisión, aunque dejaba sin barrera a los rumores de los empleados. Todos corrieron a atender las necesidades de la institutriz, incluso Rose dejó la habitación, alertada por el alboroto y la preocupación por Ava. Luke estaba calado hasta los huesos, por lo que pidió un baño para él y para ella, y con la ayuda de Suzanne la cubrieron con un pesado camisón y la resguardaron en la gran cama del conde. Lord Durstfall, en cambio, volvió a vestir prendas decentes.

—Luke —lo llamó Ava desde la cama. Los párpados le pesaban, y en su rostro relucía la palidez y lo morado de los labios. Iba a caer en un profundo sueño de un instante a otro—, Luke, no hay tiempo que perder. Tienes que creerme —susurró. Intentó aferrarse a la mano tibia del hombre. Sus trances la dejaban sin fuerzas, justo en el momento en que más lo necesitaba. Lo apremiante del contacto de Eloísa le indicaba que las manecillas del reloj estaban por dar la hora acordada, lo intenso de su experiencia, también.

El rostro del jefe de cuadras se había quedado en el pensamiento de Ava como una huella imborrable. Ese había sido el mensaje final de Eloísa.

—Te creo, calma, Ava, te creo.

—Es Jeff... —logró murmurar antes de que sus ojos se cerraran—, él alteró el carruaje, él puso la serpiente.

La serenidad del descanso de Ava lo martirizaba. No tenía energía ni para un sueño inquieto. Por el contrario, parecía tan calma que nada indicaba lo cerca que había estado de la muerte. Rose golpeó la puerta de la recámara con insistencia, y cuando Luke le abrió, la niña no esperó para ir a la cama y meterse bajo las mantas junto a Ava. Desde allí, él podía observar el cuadro que completaban las dos, uno renovado que le mostraba otra clase de familia. Su sobrina seguía sin hablar, y simulaba no escuchar, pero sentía y comprendía. Luke se preguntaba si, tal y como había dicho Ava, Rose había sido capaz de oír a su madre. Así lo parecía, pues compartía en su expresión la calma que se dibujaba en la de la institutriz. Una paz que llegaba tras comunicar el mensaje completo.

Nada podía hacer ahí. Sobraba en esa comunión, por más que le doliera. No era su rol el de consolar, sino el de aclarar. Jeff, el jefe de cuadras.

Le creía a Ava, por supuesto que sí. Pero no bastaba. No para una corte, no para una denuncia, no para enviar a un hombre a prisión. Necesitaba evidencia o una confirmación.

Abandonó la habitación, los pasos en la casa resonaban por todos los corredores. No parecía ser la madrugada, sino plena mañana. La mansión bullía de actividad. Limpiaban el agua del hall, acarreaban los baldes de las bañeras, intentaban secar y quitar las manchas de las prendas de Ava y las suyas...

—Señora Potter. —La encontró junto al fuego de la cocina, con la mirada perdida en las llamas. Estaba agotada, y se sobresaltó al oír la voz del conde en aquel lugar que los nobles no solían visitar—. Siento asustarla —se disculpó—, necesito hablar con Jeff.

—¿La señorita Monroe se encuentra bien? —preguntó en cambio, y los ojos se le anegaron en lágrimas—. Oh, lo siento, me he puesto sentimental. Justo hoy, hoy mismo le hablé a Lady Rose y ella me giró el rostro. No me podía ver, solo sabía de dónde provenía mi voz. ¿Sabe? —continuó y volvió la vista al anaranjado resplandor—, empecé a hablarle a la niña porque así lo

hacia la institutriz. Me dijo que podía sentir las vibraciones, que se podían comunicar las buenas intenciones de ese modo. Nunca tuve esperanzas de que me pudiera oír, y ya ve, hoy mismo lo hizo.

—Ava se encuentra todo lo bien que es posible dada las circunstancias —respondió Luke, y acalló el resto. No podía expresarse con el nudo que lo ahorcaba por las emociones.

—Lo sé, quizá sea cosa de Satán, pero si es Satán el que nos ayuda... —prosiguió y se persignó—. Yo no entiendo mucho, aprendí a leer gracias a su madre, ella decía que de ese modo le ahorra el trabajo con las correspondencias. Pero soy una mujer bruta...

—No eres bruta, Suzanne...

—Sí, sí lo soy. Hay cosas que no entiendo, como las locomotoras. A mí me las explican y yo las miro, pero no las comprendo. Y si las locomotoras no son cosa de Satán, entonces, quizá, esto tampoco. Quizá sea algo bueno ¿No? Al fin de cuentas hizo que Lady Rose volviera a oír.

—Ya lo ve, Suzanne. Usted no es bruta, usted es más inteligente que la mayoría. Admite su desconocimiento sin prejuicios. Como decía Sócrates, «solo sé que no sé nada».

—¿Y ese quién era? No creo haberlo oído nombrar nunca. Bueno, milord, perdón por robarle el tiempo, Jeff... Supongo que todavía anda por las cuadras, no cenó en la casa, prefirió quedarse al cuidado de Pegaso y de la yegua de la señorita Monroe, los dos animales han hecho una buena carrera hoy.

—Gracias —agregó antes de salir por la puerta de servicio. Una luz de una farola resplandecía en las caballerizas. Se acercó de manera sigilosa, sin saber por qué lo hacía. Estaba acostumbrado a ser Luke Skyller, un hombre con poder que se imponía con su presencia. Sin embargo, en esa ocasión los instintos le gritaban que de esa manera no debía manejarse con el jefe de cuadras. Si el hombre había querido matarlo, era porque mucho no respetaba su investidura.

Las caballerizas olían a heno y a una fuerte mezcla de hierbas. Era el unguento con el que solían masajear los músculos de los caballos cuando estaban fatigados tras un arduo viaje. Los animales estaban calmos, agotados. No se oyeron relinchos a medida que las botas del conde avanzaban por entre los corrales hacia el origen de la luz. En el fondo, junto a las fustas y las sillas de montar, se encontraba Jeff, guardando sus magras pertenencias en una bolsa de arpillera.

—¿Te marchas a algún lado? —inquirió Luke, furioso. La llama de la farola proyectaba luces y sombras en las definidas facciones del conde, lo hacían ver intimidante. Jeff sabía que la imagen era acorde al interior, que ese hombre le arruinaría la vida. Estaba entre la espada y la pared, acorralado, e hizo lo que todos los seres acorralados hacen: desesperar. Arrojó la farola contra el suelo, para provocar un incendio. Lo hizo con fuerza, con todo el vigor de su fornido cuerpo. El cristal se rompió, pero la llama se consumió al instante. El horror deformó su semblante, demasiadas cosas satánicas pasaban en las tierras de Durstfall. Comenzó a correr como alma que la persigue el diablo.

Luke salió tras él, no tardó en alcanzarlo y derribarlo. Rodaron por el suelo hasta que logró imponerse. Con su cuerpo sobre el de Jeff, lo golpeó para menguar su brío, y sometido ya ante su fuerza, comenzó el interrogatorio.

—¿Por qué intentaste matarme? Lo sé, Jeff, sé que has sido tú. Tú eres el culpable de la muerte de Eloísa...

—¡No, tú lo eres, maldito desgraciado! —espetó el jefe de cuadras—, ¡tú debías ir en ese carruaje! ¡Lo has arruinado!

Luke perdió los estribos ante la confesión. No podía contenerse ante el nefasto ser que por sus macabros planes había terminado con la vida de su hermana. Lo golpeó con la furia contenida por años. Sí, él debía ir en el carruaje, podía atribuirse esa parte en el accidente, pero las decisiones erróneas no matan personas, los asesinos matan personas.

—¿Por qué? —volvió a preguntar.

—¡Porque has destruido todas las vidas a tu alrededor! ¡Porque eres una

maldita plaga! ¡por eso! —Luke lo agarró de las solapas del chaleco y lo zamarreó, debía conseguir la declaración completa.

—¿Qué vida he destruido? ¿La tuya? Si mal no recuerdo, viniste a mí sin empleo ni referencias, llorando hambrunas. Y no te di un puesto menor, sino uno de jefe. Así que, ¡maldita sea! Dime cómo arruiné tu vida.

—Perdí mi trabajo con la quiebra de Hamilton, pero perdí más que eso, perdí a mi amor... Tess, ¡yo amaba a Tess! Y por su culpa la enviaron a Escocia, lejos de mí.

—No... —La carcajada le nació al conde de manera demencial en el pecho—, dime que me equivoco.

El listado de los amantes de Tess era demasiado extenso como para recordar a todos y cada uno de ellos. Jeff Brown no valía siquiera el esfuerzo de la rememoración.

Luke cargaba solo un peso de culpa en lo referido a Tess, la quiebra de los negocios familiares. Solo eso, porque sabía que, por ello, no solo los Hamilton se habían quedado sin nada, cientos de familias que dependían de la fábrica también lo habían hecho. Pero había expiado parte de esa culpa, solo él lo sabía. En lo referido a Tess, su destino caía a cuentas de ella, y al parecer, había arrastrado a muchos consigo.

—Podría sentir pena de ti, maldito desgraciado —dijo con una sonrisa carente de humor, y volvió a golpearlo, esta vez con impotencia—. ¿No lo ves? Yo puedo haberme construido una prisión por culpa de esa malnacida, pero tú, tú irás a una de verdad.

—Y tú morirás tarde o temprano, aunque ahora deseo que sea tarde. Otro vendrá a cumplir mi trabajo, lo único que ha hecho, milord —escupió el trato con desagrado—, es cosechar enemigos.

—¿Ah, sí? Uno a uno los amantes de Tess vendrán por mí —bromeó—. Lo dudo, tú eres el único tan ingenuo como para seguir creyendo que eso era amor.

—No, no ellos. Ya lo dijo usted, yo iré a prisión, no me importa. Quizá incluso a la horca. Usted, milord, tendrá que vivir muchos años, sabiendo que su familia lo odia...

Esa confesión no estaba planeada, se filtró por debajo de la barrera de la ira que ambos hombres compartían. El silencio puso una pausa entre ellos, el puño de Luke se detuvo a centímetros del rostro del hombre.

—¿Qué demonios quieres decir, maldito?

—Nada... nada. —En vano intentó escapar de lo dicho, ya había sembrado la semilla—, termine con esto de una vez por todas.

La violencia con la que el conde estaba reaccionado era por demás esperable, estaba en los planes de Jeff, aunque el hombre hubiese preferido salirse con la suya sin ser capturado, la posible idea de fracaso había sido contemplada, y junto a ella, su consecuencia: prisión y la furia del Lord Durstfall. Nada más que su furia, dentro del conde no existía la materia prima para asesinar a alguien, Jeff lo sabía. Resistiría los golpes.

—¡Habla! ¡Habla, maldito, o te juro...!

Jeff rio, a pesar de que los labios le dolían y la mandíbula estaba a punto de desencajar por los golpes.

—No jure, milord... no jure si no tiene las agallas.

—¿Quieres agallas, malparido? —Tomó distancia del cuerpo, estiró el brazo y capturó, de una de las puertas de los corrales, el gancho que se utilizaba para limpiar los cascos de los caballos—. Aquí tienes... —Lo clavó en la mano de Jeff, le atravesó la palma.

El grito fue desgarrador. La sangre brotó sin piedad. Los restos de forraje en el suelo se tiñeron de rojo. Cuando Luke consideró que el dolor había sido más que lo tolerable, extrajo el gancho, y repitió la tortura en la otra mano.

La risa del jefe de cuadras mutó a quejidos, las lágrimas brotaron de sus ojos. No podía evitar retorcerse bajo el cuerpo de Luke. Las ansias de batalla

se apagaban en el hombre.

—¿Crees conocerme, Jeff Brown? —Le liberó la mano, y con la punta del gancho, marcó un camino descendente hasta llegar a la base de la masculinidad—. No lo haces, cometiste un error, y ese error me convirtió en un hombre dispuesto a todo. —Presionó sobre sus testículos—. Sabes, puedo regresar a la casa y decir que nunca te encontré, que te marchaste mucho antes... nadie pondría en duda la palabra de un conde. ¡Nadie! Así que puedo quedarme aquí, viendo cómo te desangras, para luego sepultarte en las profundidades del lago, tal cual le sucedió a Eloísa.

El acero rasgó la tela de su entrepierna, Brown gimió, ya no podía hacer nada más que eso.

—¡Wadlow! ¡Él me buscó! —fue un grito mezclado con profunda agonía, casi que fue un aullido.

—¿Josh? ¿Josh Wadlow?

Luke dejó caer el gancho, el nombre le sentó como una puñalada en medio del pecho. Las ganas de venganza hacia Brown cedieron para crecer en torno a otro apellido. Se incorporó con intención de buscar aire fuera de las caballerizas. No podía respirar, la tristeza, esa verdad inesperada le oprimían los pulmones.

—Sí, su primo... ¿qué otro Josh Wadlow conoce? Lo quiere reemplazar. —Ya no tenía sentido callar, el hombre regurgitó todo el veneno—. Sé que mi amada Tess está lejos, y nuestro amor es imposible, pero su primo... su primo está cerca, él recibirá el título y liberará a Tess con sus contactos, la liberará del claustro de monjas al que la han enviado. Y yo estaré en paz, muerto, pero en paz. Usted siga viviendo en su infierno... —amenazó.

Luke regresó hasta él, y aferrándose a una de sus botas, arrastró el maltrecho cuerpo consigo. La espalda de Brown barrió el suelo de las caballerizas, devoró parte de la gravilla del camino, y trazó un sendero sobre el césped.

La señora Potter salió a la carrera de la mansión, no sabía bien qué hacer

ante la situación.

—¡Dios santo, milord! —La expresión de espanto dijo lo demás.

—¡Quita esa expresión de tu rostro, Suzanne! Ve en busca de algo para atar a este asesino.

Siguió tirando de él hacia la cocina, donde lo maniataría hasta que llegaran las fuerzas de la ley.

Betsy y el resto de los empleados se mantuvieron ajenos al espectáculo, aunque sus voces retumbaban en cada recoveco. Nadie podía creer lo que estaba sucediendo. ¡La muerte de Eloísa y el estado actual de lady Rose recaían en las manos del jefe de cuerdas! ¡Habían estado conviviendo con un asesino! ¡Dios santo, un asesino!

—Lo siento, Jeff, siento mucho tus errores. Mi primo te ha usado, Tess seguirá en su claustro, porque es la única forma que tienen los Hamilton de limpiar su buen nombre, y tú... tú no recibirás ninguna paz. Has matado, Jeff —le dijo mientras ajustaba las tiras de tela en torno a las muñecas. Suzanne lo ayudaba, horrorizada por la verdad que se revelaba ante sus ojos—, y si no fueras una lacra inmunda, cuya simple existencia insulta a la mujer que amo y a mi sobrina, te pondría frente a ellas para que te explicaran lo que encontrarás más allá de la horca. Tu condena es peor que la prisión, solo puedo prometerte una cosa, le pediré al juez que te dé tiempo para arrepentirte, porque, aunque me creas un monstruo, no te deseo una eternidad de dolor.

Y con esas palabras, dejó la cocina. Aguardaría junto a Ava y Rose por los detectives que hicieran justicia terrenal. Esperaba que eso alcanzara al más allá, deseaba a Eloísa libre, camino a la luz.



La mañana no se hizo esperar, se coronó en el horizonte mucho antes de lo habitual, el condado de Durstfall parecía deseoso de abandonar las sombras. La verdad brillaba en lo alto, y auguraba un nuevo futuro.

Cerca del mediodía, las fuerzas policiales respondieron al llamado. Le tomaron declaración al detenido, a parte de los empleados y, por último, al conde. Tanto Rose como Ava quedaron exentas, esta última porque no fue considerada como relevante, al fin y al cabo, la institutriz llevaba solo un par de semanas al servicio del Lord, y su relación con Jeff Brown era casi inexistente. Las cualidades particulares de la señorita Monroe quedaron en secreto, no todo el mundo estaba preparado para oír lo que la muchacha tenía para decir.

El detective Jude C. Gibbs tomó nota de cada detalle, del presente y del pasado. La intimidad del despacho de Luke fue el espacio perfecto para poner en claro los siguientes pasos a dar. La tragedia de la muerte de Eloísa había sido decretada como un accidente luego de la correspondiente intervención policial. Esa primera falla que había desencadenado los hechos presentes manchaba el buen nombre de Scotland Yard.

—Lord Durstfall —El joven detective se encontraba en la obligación de poner el pecho en nombre de sus superiores—, le pido disculpas por el terrible suceso que ha llevado a su familia a tal triste resultado.

—Tarde para lamentaciones.

De nada servía ya hurgar en lo acontecido, Eloísa no regresaría, Rose no volvería a ser la misma. Los planes de Josh Wadlow se habían escapado de la ley terrenal, pero no de la divina. Las fuerzas del Universo, todopoderosas e incontrolables, hallaron la manera de manifestarse para impedir que otra tragedia golpeará a la familia Skyller.

—Verdad, milord... aunque aún no es tarde para dejar caer el peso de la ley sobre los responsables.

—¿Y cómo piensa llevarlo a cabo? Porque de momento, lo veo sentado frente a mí, mientras el mayor responsable sigue libre.

—El traslado de Jeff Brown se está realizando en este preciso instante, ni bien procedamos a su detención oficial, la orden de captura contra Josh Wadlow será emitida, la confesión del hombre y la suya bastará para la misma.

Luke intentaba mantener la calma. No lo conseguía. Se sentía igual de maniatado que Jeff. Quería hacer justicia, quería que Josh pagara... quería su cuello entre sus manos.

—¡Por supuesto que bastará! —Dejó la comodidad de la silla de un salto. La furia regresaba—. Lo que pongo en duda es la calidad de su trabajo y la del departamento policial, señor Gibbs; tal parece que, si quiero obtener buenos resultados, tengo que ponerme yo en ello.

El mensaje que Luke quiso enviar no llegó con claridad a los oídos del detective.

—Lo siento, milord, no lo he comprendido.

—¡Pienso asegurarme la detención de Wadlow en persona! ¿Me ha comprendido ahora?

No descansaría en paz hasta verlo con la soga al cuello, es más, él mismo pensaba colocarla.

El conde tenía influencias, no las utilizaba porque llevaba años distanciado de la realidad social, aun así, su herencia tenía peso, más si a esta se le agregaba el sabor amargo del asesinato. Todo Londres hablaría del asunto, y el primer chivo expiatorio sería la fuerza policial.

—Si así lo desea, Milord... —Gibbs debía generar una alianza, no una enemistad.

—¡No!

La voz femenina sorprendió a ambos hombres. Ava había escuchado tras la puerta toda la conversación, y elegía ser partícipe en ese minuto.

—Milady... —saludó el detective.

—No, por favor... nada de milady. —El título no solo no le correspondía, sino que tampoco lo deseaba—. Monroe... señorita Monroe.

—Ava, no deberías estar aquí. —No fue un reproche por parte de Luke,

fue auténtica preocupación.

Gibbs ocultó la mueca en su rostro, el comportamiento fuera de lugar de la muchacha atrajo toda su atención. Hizo cuentas mentales, unió rostros a testimonios, solo le quedaba la institutriz. ¡Vaya términos amistosos!

—Gibbs... —continuó Luke—. Hágame el favor de esperar en el hall central. La señorita Monroe y yo debemos hablar a solas.

—Con su permiso, milord. —Hizo un movimiento de cabeza a modo de saludo para los dos presentes—. Milad... —se corrigió—. Perdón, señorita.

Una vez a solas, Luke arremetió con dulce demanda.

—Tendrías que estar descansando, Ava. —El enojo que lo había dominado minutos atrás, se evaporó.

—Tú también... todos en esta casa necesitan de un buen descanso —dijo eliminando la distancia entre sus cuerpos.

—Ya descansaré, tengo que ocuparme de Jo...

Ava le cubrió la boca, no quería oír el final de esa oración.

—No, Luke, no hagas de esto una cruzada personal, no te corresponde.

—Siento estar en desacuerdo contigo. —Hizo a un lado su mano—. Necesito esto.

—¿Qué necesitas? ¿Seguir en este maldito círculo vicioso de traición, dolor, y muerte? ¡Porque eso es lo que lograrás, Luke!

Los ojos de Ava fueron en busca de los de Luke. No los encontró. Huían de ella. Sin más alternativa, le aprisionó el rostro entre sus manos para obligarlo a mirarla.

—¿Luke?

—Lo siento, Ava, sé que voy a decepcionarte, pero debo hacer esto. —

Besó sus manos porque sabía que ella le negaría la despedida de sus labios—. Regresaré lo más rápido posible...

Estaba decidido, esquivó su cuerpo y se encaminó fuera del despacho, tenía que ser expeditivo, debía cambiarse de ropa y preparar una muda para una posible estadía lejos. La voz de Ava lo alcanzó antes de que cruzara la puerta.

—Estoy preocupada por Rose, en las últimas horas ha levantado una fiebre inusual...

Luke no se volteó, no podía enfrentarse a ella, conocía los efectos Ava Monroe, más cuando estos incluían a su sobrina. No, estaba decidido, iba a marcharse.

—Sé que te ocuparás de ella.

—Luke... ponle un punto final a esto. Quédate con nosotras.

Cualquier respuesta dañaría el corazón de Ava, dañaría su propio corazón. Luke Skyller volvía a elegir movido por la fría razón, esa que se abraza a los argumentos equivocados para justificar las más absurdas reacciones. Se marchó en silencio, dejando el aire enviciado con el putrefacto perfume del resentimiento, se marchó consciente de que rompería la promesa que le había hecho: se alejaba de ella. Peor aún, alzaba un muro que los separaría de forma definitiva.

Ava podía luchar contra la muerte, podía enfrentarse a mil fantasmas, pero no podía librar batallas ajenas. Luke había hipotecado su pasado, y decidía hacer lo mismo con su futuro. A Ava le dolía ese futuro, porque podía proyectarlo sin Luke. El hombre que amaba no regresaría, otro lo haría, uno saciado por la venganza.

Regresó a la habitación de Rose, la había llevado hasta ahí horas atrás, era mejor para la niña estar en su espacio. De hecho, ni bien hizo contacto con su cama, se abrazó al oso de tela con el que siempre dormía.

Le acarició la frente, ardía. Hundió un paño en el cuenco de agua, lo retorció y le humedeció el rostro. Repitió el proceso tantas veces como le fue necesario. Cuando Rose se rindió al sueño, Ava se acomodó junto a su cuerpo, la niña temblaba por el estado febril, y el fuego del hogar no parecía suficiente fuente de calor. Cerró los ojos, no quería pensar, porque si lo hacía, esos pensamientos serían ocupados por un único hombre.

La sensación de ser arropada le hizo abrir los ojos. Era Luke... no se había marchado.

Besó la frente de Rose, besó los labios de Ava.

—Descansa...

Rodeó la cama hasta llegar al otro extremo y se recostó junto a Rose. La niña habló entre sueños. Deliraba víctima de la fiebre.

—Tío. —Hubo claridad en su voz, como si las palabras nunca la hubiesen abandonado—. No iremos a Italia sin ti, pero hasta Londres sí deberás seguirnos.

Aquella última despedida se repetía en los labios de su sobrina...

Luke Skyller lloró. Lloró hasta que su océano de dolor se secó por completo. No más rencor, no más pasado. Ponía el punto final en esa historia para poder escribir otra, y en esa nueva historia las elegía a ellas.

Capítulo 12

El estado de salud de Rose empeoraba, la debilidad crecía y la fiebre no remitía. Luke decidió hacer las paces con aquellos que había exiliado de su vida tiempo atrás, entre ellos se encontraban los médicos que habían tratado a su sobrina sin buenos resultados y con desesperanzadores pronósticos. Tras evaluarlo con Ava, coincidieron en que lo mejor era trasladarse a Londres, allí se encontraba el Dr. Joseph Wells, uno de los mejores especialistas del país.

Se instalaron en una de las viviendas Skyller, una gran casona de tres pisos, ubicada en Mayfair. Una abultada suma de dinero y la influencia de las personas correctas lograron lo que muy pocos conseguían, una consulta inmediata con el prestigioso doctor.

Para el hombre, el caso de la pequeña lady sobrepasaba el cumplimiento de su deber hipocrático, lo que ocurría dentro del cuerpo de Rose era un enigma, y estaba ávido de obtener respuestas, aunque podía intuir que esas respuestas nunca llegarían. Temía por el desenlace de la niña.

—El cuadro de lady Rose es en extremo complejo, por algún motivo que no logro comprender, su cuerpo lucha y se resiste...

Se encontraban los tres en el despacho del conde en Londres, el doctor Wells, Luke y Ava. Rose descansaba en su nueva habitación, rodeada de los mejores cuidados.

Luke intentaba mantener la calma, y se le estaba haciendo más difícil cada día; Ava era el único sostén con el que contaba, sin ella, hubiese entrado en una crisis, esa clase de crisis que él combatía con reclusión y alcohol. Por suerte, la realidad actual era otra, como así también lo era él.

—¿Se resiste? ¿Lucha? —Se limitó a exponer sus dudas para permitirle a Wells seguir con su discurso.

—Desde la lógica médica, existe una sola respuesta, su cuerpo se está enfrentando a una infección, la sintomatología general que presenta lo dice — Explicar lo atípico del caso no era una tarea sencilla, ni siquiera para una eminencia en la materia—, sin embargo, no hay evidencia física que la genere.

—Lo siento. —La mente de Luke estaba obnubilada por la preocupación, no pensaba con claridad. Llevaba noches sin dormir—. Estoy intentando seguir el hilo de lo que dice, pero... ¿a qué se refiere con evidencia física?

Ava se hallaba en una posición muy diferente a la de Luke, había coincidido con él en ese viaje no porque esperara la confirmación de un mal incurable en la pequeña, sino lo contrario, la certificación de que no había ningún mal físico en lo absoluto. Algo le sucedía a Rose, y para Ava, su enfermedad traspasaba la barrera de lo científico.

—Que no hay lesiones visibles —respondió Ava exponiendo su propio análisis.

—Exacto —aseveró Wells satisfecho de encontrar una aliada para su diagnóstico—. No hay heridas superficiales en su cuerpo, no hay bultos extraños, tampoco he logrado palpar ganglios inflamados...

—¿Con eso quiere decir que el cuerpo de Rose combate una infección que no existe? —Lord Durstfall hizo a un lado las emociones para centrarse en lo oído.

—Puede que sí... —Wells dudó, a sabiendas de que eso pondría en tela de juicio su capacidad—. Puede que no.

Las miradas interrogantes y los ceños fruncidos no tardaron en aparecer. El malhumor hizo de las suyas en Luke.

—¡Dr. Wells, por favor, explíquese como corresponde! Empiezo a creer que el problema aquí no es mi falta de comprensión, sino usted.

—¡Luke! —susurró Ava por lo bajo. Alguien tenía que poner el paño frío a la situación.

—Permítame ir por partes. —Wells contaba con una larga trayectoria, no solo en el ámbito de la medicina, también en la otra parte de esa ecuación, la de familiares desconcertados que sufrían por sus seres queridos —. Si me aferro a la idea «puede que sí», puede que la niña esté combatiendo una enfermedad que no tiene, no me queda más que pensar que el problema se halla en su mente. —Ese estudio se escapaba de sus conocimientos y campo —. De ser así, puedo recomendarle el nombre de un buen alienista.

La sugerencia no fue bien recibida.

—¿Un alienista? ¿Acaso está tratando de demente a mi sobrina?

La intervención de Ava fue de nuevo requerida, Luke estaba perdiendo la compostura. Enredó su brazo al de él para mantenerlo a una distancia correcta del médico, el comportamiento daba a entender que, en minutos, Luke saltaría a la yugular de Joseph Wells.

—No, no creo que esa su intención —matizó Ava.

—¡Por supuesto que no lo es! Solo intento poner sobre la mesa de evaluación las posibilidades faltantes.

El hombre no parecía en lo absoluto amedrentado por la actitud del conde; otro hubiese tomado sus pertenencias para marcharse, Wells no, era un hombre movido por la ciencia y la investigación.

Los dedos de Ava hicieron presión en el antebrazo de Luke, él recibió el mensaje sin interferencia. Tragó saliva. Tosió. Respiró y exhaló.

—De ser así —continuó Luke—, vayamos al «puede que no». Si no es su mente la que enferma, ¿qué otro lado de la moneda nos queda?

—Hay ciertas enfermedades de la sangre que suelen manifestarse de esta manera... se sabe muy poco de ellas.

—¿Qué tipo de enfermedad?

—No podría especificar ahora, como dije, se sabe muy poco...

—Bueno, ¿cómo y cuándo puede especificarlo? —Luke no quería más palabras, quería acción.

La impaciencia de Luke fue contagiosa, se hizo extensiva a Ava, y Wells se sintió acorralado por ambas miradas.

—Hay estudios que se hacen, he leído sobre eso... se analizan los capilares sanguíneos en busca de información específica.

—¡Pues, haga esos estudios! —demandó Skyller.

—Se necesita equipamiento especial, Lord Durstfall. Equipamiento sofisticado que yo no poseo, y eso no es todo... mi práctica en el tema es casi nula.

—Busque un especialista, entonces. —Ava se sumó con su propia demanda.

—Si así lo desean, eso es lo que haré... lo que sí, es necesario que comprendan que este tipo de enfermedades sanguíneas no suelen tener un buen pronóstico.

—¿Qué pretende decir con eso? —El temor hizo un nudo en la garganta de Luke.

—No pretendo decir nada aún, solo prepararlos. —Sin nada más que decir, se puso de pie, estrechó las manos e indicó que conocía el camino. El estado de Lady Rose era una mala noticia para ambos grupos, para la familia, que debía prepararse para un eventual final no feliz y para él, que deseaba descubrir los secretos de la medicina que eran desconocidos para el ser humano.

La partida de Wells dejó el aire enviciado, la característica oscuridad vespertina de Londres no hizo más que agregar melancolía a lo vivido. Se encontraban ante dos posibilidades sin tonos grises en el medio. Un desequilibrio mental o una enfermedad sin cura. La angustia devoró el corazón de Luke, no así el de Ava. La muchacha tenía la mente más despierta que nunca.

—Creo que existe una tercera posibilidad... —confesó rompiendo el triste silencio entre ambos. Llevaban más de una hora encerrados en la habitación sin compartir palabra alguna.

Para Luke, Ava se tambaleaba sobre una delgada línea, la que separaba la negación del falso optimismo. No podía ver el mismo panorama que ella, su vida había sido muy diferente a la Ava. Por supuesto que ahora creía en el más allá, en el asunto de las almas y los designios del Universo, pero abrirse por completo a eso no era tan sencillo.

—Coincido en algo con el doctor Wells —dijo cuando comprendió que Luke no movería sus labios. No importaba, con tener su atención era suficiente—. Creo que Rose está luchando contra algo, y ese algo nada tiene que ver con una cuestión física.

—¿Tú también sugieres a un maldito alienista? —Adiós silencio. Bienvenido Luke Skyller.

—No, no creo que el origen del mal de Rose sea mental... creo que es emocional. —La mueca de incompreensión en el rostro de Luke la invitó a continuar—. Todos somos gobernados por nuestras emociones, Luke, y con el paso de los años he comprendido que el dolor emocional es siempre el origen del dolor físico. Creo que lo que le sucede a Rose está vinculado a Eloísa.

—¿Eloísa? Creí que se había marchado. —El nombre de su hermana potenció la angustia en él, la deseaba libre, rumbo a la luz—. Que descansaba finalmente.

—Así lo creí yo también, no he vuelto a percibirla como solía hacerlo, pero... —Ella misma se interrumpió en una pausa. Y esa pausa inquietó a Luke.

—Pero ¿qué?

—El vínculo entre ellas era muy fuerte, y se hizo más fuerte tras su muerte... quizás demasiado, y ahora no puede romperse.

Los ojos de Luke se abrieron de par en par, esa tercera posibilidad empezaba a tener sentido. Es más, la prefería.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó.

—¿Confías en mí?

—Esa ya no debería de ser una pregunta entre nosotros, Ava. —Le confiaba su vida, la de su sobrina.

—Hay una mujer, una conocida... no se encuentra muy lejos de aquí.

—¿Es como tú?

—Podría decirse que sí, solo es un tanto peculiar.

—Peculiar...—repitió.

—Sí, muy peculiar. Ya lo verás.

La noche trajo consigo a la invitada esperada: Aneta Kostka. La extravagancia de la mujer era admirable desde cualquier ángulo. La contextura física era lo primero a impactar en cualquier ojo: caderas anchas, cuerpo entrado en carnes y una altura muy poco común para el estándar de la época; el cuadro se hacía digno de observación al sumarse el colorido vestuario que se escondía bajo el pesado y largo abrigo.

—Tengo entendido que su nombre es Luke... —Aneta no estaba acostumbrada a la nobleza, y tampoco tenía intenciones de afianzarse a tal costumbre.

En otra circunstancia, Luke la hubiese corregido, puesto en relevancia su título y nombre del condado, si no lo hizo fue porque su interés iba dirigido a otra cosa: otear con disimulo. Quería distinguir los tatuajes en su piel, unos que le nacían en el contorno del rostro, se extendían por su cuello descubierto y se perdían dentro del apretado corsé.

—¿Ve algo que le agrada? —bromeó con picardía Aneta.

Las mejillas de Luke ardieron. Ava ocultó su risa. Lo peculiar de la mujer

ya había cumplido su efecto.

—Lo siento —murmuró con vergüenza—. No era mi intención...

—Nunca lo es, no se preocupe. ¿Dónde está la niña? —le preguntó a Ava.

—En el piso superior, ven, sígueme.

Ava se encaminó a la escalera, la mujer la imitó. Luke fue detrás de ellas.

—No, quédese aquí. —Lo detuvo Aneta—. La energía que desprende puede influenciar.

Imposible negarse a la indicación de la mujer, más en la posición en la que se encontraba, el primer peldaño de la escalera. Luke tuvo que tirar la cabeza bien atrás para poder mirarla a los ojos y asentir.

Una vez que se aseguraron el ascenso en soledad, Aneta compartió su apreciación con ella.

—En verdad confía en ti.

—Sí, lo sé.

—Me agrada... es atractivo, y te ama.

La palabra «amor» golpeó fuerte en el pecho de Ava, casi que se tambaleó al oírla.

—Me parece que es demasiado pronto para hablar de amor. —Ava intentó escabullirse de la conversación.

—El amor no se habla... el amor se siente. Y en el caso de ustedes, es compartido. No me lo niegues.

Llegaron a la recámara de Rose y pusieron en pausa la conversación. Ava agradeció el hecho de no tener que hablar de sus sentimientos, ya tenía bastante con las indagaciones pasadas de Lara, y de esas sabía cómo rehuir. Aneta no era tan permisiva, abofeteaba con fuerza y por gusto.

Ava se tomó un respiro, y abrió la puerta. Se podía sentir la pesadez en el aire, que para Aneta, se traducía a energía densa, ajena a este mundo.

Era una médium, poseía ese don de nacimiento, podía entrar en contacto con cualquier alma, a diferencia de Ava que solo podía crear un lazo con aquellas que iban hacia ella en busca de ayuda. Todo lo que la señorita Monroe sabía de trances lo había aprendido de la mujer.

—Puedo sentirla —dijo ni bien puso un pie en la habitación—. La niña no está sola.

La recámara de Rose en Londres no era la de una niña. Lo único que indicaba que allí no dormía un adulto era el oso de tela que la señora Potter había empacado. El decorado de paredes empapeladas con flores de lis y pesadas cortinas púrpuras parecían devorarse el pequeño cuerpo de la niña en la gran cama central.

Aneta abrió el pequeño bolso que cargaba, extrajo unos frascos con aceites perfumados y se echó unas cuantas gotas en las manos. Hizo fricción con las palmas, y luego recorrió el rostro de Rose con una delicada caricia. El sudor caliente de la pequeña se fundió con las esencias. La respiración agitada de Rose se tranquilizó cuando sus fosas nasales absorbieron las fragancias.

—Muy bien, pequeña... tranquila, tranquila —murmuró mientras tomaba asiento sobre el colchón. Se aferró a sus manos, cerró los ojos, e inició el proceso de respiración que la llevaría a unir su psique con la de la niña—. Estoy aquí para ayudarte, para traerte de regreso.

Silencio. Ensordecedor silencio. Ava no formaba parte del proceso, solo experimentaba la misma angustia.

—Hay una mujer... —Aneta habló, compartía la experiencia con ella—. Pero no es la mujer la que se aferra a la niña, es a la inversa. ¡Es la niña, la niña no quiere dejarla partir! —finalizó rompiendo el trance y soltando las manos de Rose—. Voy a necesitar tu ayuda.

—¿Qué necesitas?

—Ve al otro lado de la cama.

Cumplió con lo pedido al instante, se dejó caer sobre el colchón.

—Toma mi mano y la mano de la pequeña. —Conformaron una tríada, las energías activas de Ava y Aneta convocaron a la de Rose—. Ya sabes qué hacer... no rompas la unión hasta que la traigamos de regreso. ¿Está claro?

Ava asintió, cerró los ojos y, con la asistencia de Aneta, se preparó para el viaje más profundo de su alma. En el pasado había experimentado algo similar junto a su maestra, mientras aprendía, la médium la invitaba a sus sesiones, y aunque los dones de la señorita Monroe eran menores, su energía se sumaba en el círculo y ayudaba en la sesión. Sin embargo, era la primera vez para ella en que sus emociones estaban tan ligadas y eso parecía potenciarla. Transitaron por la oscuridad hasta llegar al destino que mantenía retenida a Eloísa. Como si de un simple cambio de escenario se tratara, Aneta y Ava se hallaron sentadas dentro de un carruaje; frente a ellas, se encontraban Rose y su madre.

—Escúchame, pequeña... tienes que venir conmigo. —La conexión de Aneta era superior. Rose, perdida como estaba en el limbo de su mente, logró oírla.

—¡No! ¡No voy a marcharme sin mi madre!

Ava no podía hablar, aunque quisiera hacerlo, no podía, era como si sus labios estuviesen cosidos.

—Tienes que hacerlo.

—¡No! —gritó, y con ese grito su cuerpo convulsionó en la cama.

Rose vivía una y otra vez el momento del accidente, solo que, en su cabeza, el desenlace definitivo no se llevaba a cabo, su madre no la lanzaba fuera del carro y no caía ladera abajo. Estaba anclada a ese instante en particular, y sin ser consciente de ello, retenía a su madre. Se podía ver el sendero por las ventanillas, los fresnos pasar a su lado, y oír el casco de los caballos en sintonía con el arrullo del agua.

Eloísa miraba en una dirección, la de Ava. Gracias al enlace que generaba Aneta, ellas podían comunicarse como nunca antes. Al estar las tres en el círculo, la médium era el canal principal y a través de ella, Eloísa habló:

¡Hazlo! ¡Llévatela de aquí!

Aneta luchó contra Rose, la tomó de las muñecas, podía manipularla hasta cierto punto.

—¡Escúchame, tu madre no va a regresar! ¡Aunque te aferres a ella, no va a regresar! Déjala marchar, permítele que siga su camino.

Rose perdía el control, con ellas ahí, hurgando en su mente, jugando su propio juego, no podía dominar los sucesos. El carruaje se agitó, la rueda se soltaba de su eje, el final era inminente.

—¡Niña, ven conmigo, tu tío te espera!

—¡No, nunca! ¡Nunca!

En medio de ese duelo de palabras, otro... el de Ava y Eloísa.

¡Hazlo! ¡Llévatela de aquí!

¿Cómo? ¿Dime cómo?

Tú sabes cómo. La dejas en tus manos, Ava Monroe.

La rueda se salió del eje, la parte trasera del carruaje hizo contacto con el suelo, los caballos relincharon, enloquecieron.

—¡Ava, es ahora o nunca! —gritó Aneta.

Rose se consumiría en su pensamiento, se quedaría por siempre en las sombras y condenaría al alma de su madre a lo mismo.

¡Hazlo! Tú sabes cómo.

Eloísa abrió la puerta del carruaje, Ava se abrazó a Rose y se enfocó en lo mucho que significaba esa niña y Luke en su vida, en el amor y en el afecto que esperaban por la pequeña cuando estuviera de regreso. Esa debía ser la luz que las guiara de regreso. De un salto, se lanzó al camino segundos antes de que el carruaje rodara ladera abajo.

Cuando Ava abrió los ojos, Rose se abrazaba a su cuerpo y secaba sus lágrimas contra su pecho. Lloraba esa despedida, le decía adiós a su madre en los brazos de la única mujer que no se había rendido con ella.

—Llora pequeña, déjalo salir... —Aneta le acarició la espalda a modo de consuelo—. Bienvenida a la vida.



La mejoría de Rose se escapaba de todo análisis médico, y se amparaba en un solo concepto: el milagro.

El doctor Wells estaba maravillado ante el cambio, la fiebre ya era episodio olvidado y la predisposición a la recuperación por parte de la niña la consagraba como una paciente modelo: comía, manifestaba excelentes humores y ponía en acción a su cuerpo.

—Señorita Monroe, oficialmente, voy a pronunciar las palabras que todo médico desea proclamar al final de cada tratamiento: Mis servicios ya no son requeridos.

Aunque la causa del bienestar de la joven lady se escapaba de sus manos y sus conocimientos, estaba igual de feliz ante el resultado.

—Muchas gracias, doctor Wells, agradecemos todo lo que ha hecho por lady Rose.

—No sé cuánto es ese «todo», a pesar de ello, acepto los agradecimientos. Salude a Lord Durstfall de mi parte, por favor.

Luke llevaba horas fuera de la casa. El detective Gibbs se había puesto en

contacto, al parecer, poseían información que deseaban compartir de manera urgente con él.

—Los saludos serán dados.

—Ah, y por favor... —El hombre se volteó hacia ella a pasos del umbral principal—, no voy a cansarme de agradecerle los fondos donados, en un par de semanas estará en mi poder ese increíble artefacto que me permitirá evaluar muestras sanguíneas.

—No tiene que agradecerlo, el deseo de Lord Durstfall es contribuir con la ciencia, Lady Rose ha sido una afortunada, otros puede que no lo sean, y la única manera de ayudarlos es ampliando ese conocimiento.

—Así lo haré, señorita Monroe. —Se colocó el sombrero y, con un movimiento de cabeza, se despidió.

Era un buen hombre, y esa cualidad lo hacía un mejor médico. Si bien no había contemplado la tercera posibilidad, se abrió a la segunda: el poder de la mente, y esa apertura era el verdadero camino a la ciencia. Cerró la puerta tras él y fue en busca de un descanso. Rose ya había almorzado y disfrutaba de una siesta. Sin mucho más por hacer —Londres no la atraía en lo absoluto— se dispuso a leer en el salón principal. Los párpados se le hicieron pesados e indomables. Perdió el control. Se durmió.

El roce de unos labios en su frente la despertó. No abrió los ojos. Sonrió. La mano de Luke recorrió su mejilla con una delicada caricia. Cuando sus dedos hicieron contacto con su boca, los besó.

—¿Me extrañaste? —La voz de Luke fue pura risa.

—No... nada, en lo absoluto —mintió por puro deleite personal—. ¿Cómo ha ido todo? —preguntó mientras abandonaba la postura del sueño repentino, acomodó la espalda contra el respaldo del sofá.

—Hallaron a Josh Wadlow —comentó luego de sentarse a su lado.

—Eso es una buena noticia.

Llevaban semanas en su búsqueda, había huido ni bien la orden de captura se hizo pública.

—Sí, lo es... —resopló, en parte por alivio, y en parte por malhumor—. Lo que no es buena noticia es su muerte. —Ava se llevó una mano a la boca ante la sorpresa. Él expuso el resto de información—. Estaba refugiado en una de las casas de la familia, en las afueras de Birmingham. —Hizo una pausa, el relato lo incomodaba—. Lo encontraron colgado de una improvisada horca en uno de los árboles del jardín trasero.

—Supongo que prefirió su propia condena antes que la ajena. —Ava dejaba relegado el espanto para aquellas situaciones que lo merecían, y Josh Wadlow no se lo merecía.

—No me sorprende, toda su vida fue un maldito cobarde. Hubiese preferido la prisión para él. La muerte no es suficiente condena.

Por instinto, cerró sus puños. Solo así podía lidiar con la ira contenida. Ava se recostó en su hombro, le acarició el brazo. Tenía todo el derecho de sentir lo que sentía.

—Como sea... —retomó la palabra. Abrió sus manos. Ava lo tranquilizaba—. Las noticias del día hicieron ebullición en mi cabeza. Me demoré porque necesitaba poner en orden mis pensamientos.

—No tienes que darme explicaciones, Luke. —Lo interrumpió alzando la mirada a él.

—No son explicaciones... es algo más importante que eso. —La expresión de intriga en Ava lo inundó de satisfacción. Sonrió como un niño—. Cierra los ojos —le ordenó con dulzura.

—¿Para qué? —El pedido la desconcertó.

—¡Cierra los ojos, mujer, no seas aguafiestas! —Como la conocía, agregó en un susurro—. Tengo una sorpresa para ti.

Ava no tenía mucha práctica en sorpresas, de todas maneras, hizo lo que él le pidió. A duras penas, cerró los ojos.

—Extiende tu mano. No espíes. —La reprendió cuando notó que forzaba los párpados para hacerlo. Finalmente, depositó la sorpresa en la palma de su mano.

El frío metal en su mano le hizo abrir los ojos de par en par. Era un anillo de oro y plata labrado. La pieza era preciosa, delicada; sin duda, valía una pequeña fortuna, pero esos detalles pasaban a segundo plano en Ava, la razón de existir de ese anillo la llevaba a un estado de perplejidad total.

—¿Qué es esto?

—¿Qué es esto? —bromeó él—. Es lo que es, Ava, es un anillo de com...

No lo dejó finalizar. Le cubrió la boca con su mano libre.

—No lo digas, por favor. No lo digas. —Ni bien dijo eso, lo liberó—. Ten... —Colocó el anillo en su mano y abandonó el lugar a su lado—. No puedo aceptarlo.

—Ava, no seas infantil. —No sabía si enojarse con ella o devorarla a besos.

—No soy infantil, Luke, soy realista. —Dio un par de pasos hacia atrás para alejarse de él.

—De ser así, comparte ese «realismo» —resaltó la palabra— conmigo, así lo comprendo.

—No se necesita mucha comprensión, Luke, eres un conde, y yo soy...

—Y tú eres Ava Monroe, la mujer que quiero tomar como esposa. Tienes razón, no se necesita mucha comprensión, solo se necesita una respuesta... — Fue hasta ella, a la fuerza, volvió a colocar el anillo en su mano, luego la aprisionó con la suya. No iba a permitir que se le devolviera. No con motivos tan vacíos.

—No soy la mujer correcta para ti.

—Busca otra excusa, Ava, de todas las posibles, elegiste la más absurda.

Como no podía librarse de él, se alejó, sin darse cuenta de que, al hacerlo, lo arrastraba consigo. Su espalda chocó contra la pared, y el cuerpo de Luke se transformó en prisión, no tenía escapatoria.

—Deja de huir, Ava.

—No huyo. —Ni siquiera ella se creía esa mentira.

—Yo he cumplido mi parte del trato, me quité las cadenas. No más encierro. ¡Quiero vivir, Ava, y quiero vivir mi vida a tu lado!

—¡Y puedes hacerlo... podemos hacerlo sin necesidad de esto!

Ahí estaba él, entregándole el corazón, y ahí estaba ella, rechazándolo como una idiota. Sí, lo amaba. Lo amaba como nunca antes había imaginado que podía amarse a alguien.

—Tal vez estés en lo cierto, pero... no sé, llámame egoísta, te amo y quiero que todo el condenado mundo lo sepa. Todo lo que soy, todo lo que tengo, quiero que sea tuyo también.

—No necesito nada...

Esa era su verdad, no huía. No podía hacerlo, porque huir significaba perderlo. Y de eso huía en un principio. Huía porque no podía soportar el dolor de la pérdida. ¡Eso sí que era una maldita paradoja!

Tarde. Su corazón le pertenecía. Y, además, estaba cansada de luchar contra la naturaleza de la vida. ¿Qué sentido tenía una existencia sin amor? ¿Qué sentido tenía su existencia sin Luke?

—Solo te necesito a ti... —El sentimiento ganó, su corazón habló.

—Entonces di que sí, Ava Monroe... di que aceptas ser mi esposa.

La mano de Luke dejó de hacer presión sobre la suya. Ava tomó el anillo y lo colocó en su anular izquierdo.

—Eso responde a su pedido, Lord Durstfall.

La sonrisa de Luke fue una invitación directa a sus labios. Lo besó, como lo hizo aquella noche, esa en la que se rindió a los sentimientos por primera vez en su vida. Lo besó, porque comprendía que sus besos la hacían sentir viva. Sí, sería su esposa, ella también quería gritarle al mundo que lo amaba.

Capítulo 13

En la entrega de su corazón, Luke estaba dispuesto a dar más, a entregar la llave de una libertad pocas veces vista en una condesa. Quería a Ava, a esa mujer excéntrica que había puesto su mundo en orden al tiempo que a él lo ponía de cabezas, y para tenerla, debía permitirle ser quien era.

Ava Monroe poseía un don único, privar al mundo de él era egoísmo. Había salvado a Rose, y Luke desconocía a cuántos más. Él mismo se encontraba entre los beneficiarios de las dotes de ella. La falsa institutriz era en realidad una atracción curiosa de feria, un conjunto de carpas y seres dispares que la habían resguardado en su infancia y la cuidaban en esos momentos. Ese exótico lugar era el hogar y familia de su futura esposa. Eran ellos, y no los nobles de Londres, quienes merecían compartir el festejo.

Las carpas y caravanas fueron colocadas en las tierras Durstfall, justo al límite con Manchester. A Luke le sorprendió la eficiencia con la que los integrantes de la feria podían armar y desarmar sus puestos. Theo había invertido las ganancias de una buena temporada pasada en una gran calesita con formas de caballos y cisnes que giraba al son de una melodía entretenida. La maquinaria central estaba cubierta con una tela a franjas amarillas y violetas. El sonido tenía a Rose encantada. Su audición recuperada la llevaba a girar y girar ante tantos estímulos y sonreír sin parar. Ava la llevó de la mano, luego Luke... y a las pocas horas, los integrantes de la feria peleaban por un segundo de atención de la niña. Nadie la dejaba sola en el barullo, la protegían como a uno de ellos.

El gran letrero esa noche rezaba «celebración especial». La entrada era libre en conmemoración al compromiso de Ava Monroe con el conde de Durstfall. De todos modos, muchos de los presentes lanzaban unos peniques a Lara si con sus cartas daba buenas noticias. Louis hizo un espectáculo en el que Lady Rose se sentaba sobre la gran pesa y él la alzaba mientras la pequeña chillaba de alegría. Los espectadores aplaudían sin cesar, y buscaban entre el gentío al conde y a su prometida. Serían los encargados de correr el

rumor sobre la poco corriente unión.

—Está yendo de maravillas —le gritó Ava cerca del oído. Apenas se lograban hacer oír—. Gracias por tan bello regalo de compromiso.

—¡Oh, no! Aún no te he entregado el regalo de compromiso. Además, este es mí presente. —Sonrió—. Eres tú quien me ha regalado esta maravillosa noche. Tu familia es... pintoresca.

La carcajada de Ava se sumó a la de Luke.

—Lo son, y lo que tienen de pintoresco, lo tienen de buen corazón. —En confirmación a sus palabras, Luke observaba cómo Theo llevaba a Rose para mostrarle los secretos ocultos de la feria y develarle aquello que los clientes no podían ver.

—Lástima que no hayan aceptado mi propuesta. —Lord Durstfall, con la intención de consolidar su amistad con Theo, le había ofrecido los terrenos del condado de manera definitiva. El viejo se negó en rotundo. Lo había llevado a su carpa y mostrado el globo terráqueo que allí poseía, con todas las marcas de los lugares visitados.

—¿Acaso usted ha conocido tantos países? Es nuestra forma de vida. Pero acepto pasar una temporada.

Lo que en realidad aceptaba Theo era a mantenerse cerca de Ava hasta cerciorarse su bienestar. Ya no existían disputas entre ellos dos, y el jefe de la feria había aceptado a regañadientes, y solo en privado, que se había equivocado respecto al conde. Si se mostraba altanero, era para no dar el brazo a torcer.

Los sonidos y aromas de la feria los acompañaban en su felicidad. Luke insistió en comprar algodón de azúcar, pues, aunque Ava estaba empalagada de comerlo cada noche de su infancia, para el conde era un sabor que le traía buenos recuerdos.

Era el turno de Ranjit y sus serpientes, y la pareja de prometidos se acercó a ver el espectáculo. Rose estaba ahora junto a Lara, mientras la mujer hacía

una lectura de cartas a una mujer de mediana edad que quería saber si debía cambiar de amante. A la tarotista le sorprendía que lady Rose fuera tan perceptiva. Sabía de la experiencia vivida, y creía que algo de eso había quedado en la niña.

—¿Qué piensas, Rose? —le consultó Lara—, aquí vemos a La suma sacerdotisa...

La niña apoyaba la mano sobre la carta y meditaba. Tras unos segundos, negó con la cabeza, haciendo a Lara reír. La mujer se dispuso a explicar en palabras amables y con tacto que lo que las cartas decían era que debía alejarse un poco de la vida de amantes, y averiguar cuál era el vacío que intentaba llenar. Abrió los labios y las palabras no llegaron a salir... una fuerte ráfaga de viento sopló en ese momento, alzando las telas de las carpas, jugando con las llamas de Raphael, el que escupía fuego, y volando por completo el mazo de tarot.

—Quédate aquí —le dijo a Rose—, tengo que ir a buscar mis cartas.

Algunos espectadores se hacían con ella, y le preguntaban antes de devolverla qué significaba que justo El loco, o el Caballero de copas les hubiera caído en la cabeza. Lara reía al dar explicaciones tan superficiales como enigmáticas que hacían a los presentes dirigirse a la carpa de la tarotista por una explicación mayor. Con esa sonrisa en los labios, se agachó a juntar la última, que estaba junto a una mujer joven. La muchacha se apuró a hacerlo y se la alcanzó sin descubrir la imagen.

Lara se giró para agradecerle, pero la mujer se alejó sin decir nada y se escabulló entre las carpas. La tarotista volteó la carta para comprobar que fuera la única que le faltaba... sí, la Dama de los oros.



El cuadro de la pareja en el centro de la feria le revolvió el estómago. Allí estaba el conde de Durstfall con una radiante sonrisa, probando su fuerza a cambio de una chuchería para su prometida.

¿De verdad, Luke?, quiso preguntarle, y una risa le nació en el pecho. Tú y tus gustos particulares para mujeres.

Llevó la manzana acaramelada a los labios y la saboreó. No tenía por qué renunciar a esa delicia solo por sus planes. Llevaba demasiado tiempo lejos, en las sombras, relegada a su suerte. Y estaba cansada. Si a Skyller le había dolido ser reemplazado a las pocas semanas, ¿qué esperaba que le sucediera a ella? Allí, aferrada a su brazo, una atracción penosa de feria. Una mujer que rondaba la treintena ¡Por favor!, y se comería gusanos vivos si Ava Monroe era una dulce doncella. No, a Luke no le gustaban las damitas de Londres. Ella, mejor que nadie, lo sabía.

—Solo debías morir, Luke. Solo eso... no es tan difícil —le susurró, y mascó su bronca con gusto a caramelo—. Pero ¿sabes?, he aprendido mi lección. Si deseo que las cosas salgan como las espero, las debo hacer yo misma. Como hice con mi madre... como planeo hacer con mi padre. Y por supuesto, no te pongas celoso, contigo también.

Había planeado su discurso, llevaba demasiado tiempo confabulando y deseaba mostrarle al conde de Durstfall cuán lista era, qué clase de mujer se había ganado como enemiga. Pero como era lista, no podía hacerlo. Ponerse a hablar solo complicaba las cosas y le daría a él espacio para maniobrar. No, no iba a hacer eso. Bastaba con ver la suerte que habían corrido Jeff y Josh para saber que no debía darle ventaja a Luke.

—Oh, Luke, ¿cómo no pudiste verlo? Éramos tal para cual. Hubiera sido una excelente condesa. ¿Puedes decir lo mismo de tu prometida? —La ira le agrió la boca. Sí, Ava Monroe era una digna rival, aunque ella no quisiera reconocerlo. Al fin de cuentas, había desbarajustado sus planes con su aparición—. ¡No! No adjudiquemos inteligencia al azar. Fue suerte, inteligente soy yo —se contestó, y el buen humor regresó a ella.

Por supuesto que era lista, nadie la había descubierto. Jeff se pudría en la cárcel sin saber que ella lo había usado, y Josh se había matado antes de que le pudieran arrancar una confesión. Y a ella... a ella la creían en un claustro en Escocia.

Quería volver a Londres, a su lugar, a su hogar lleno de comodidades, al

dinero de los Hamilton que ahora iba a parar a las arcas de la iglesia para comprarle un poco de redención. ¡Ella no quería redención! ¡Ella quería ver a Luke Skyller y a su padre arder en las llamas del infierno!

Lo supo luego del escándalo, cuando todo Londres hablaba de su promiscuidad. Los Hamilton se habían fundido por la falta de inversión, y sus padres se ahogaban en las deudas y el alcohol. Hasta que, de un día para el otro, apareció el salvador. Un hombre del que nadie sabía nada a invertir dinero en la fábrica. ¡Un golpe de suerte al fin!, dijeron, aliviados. No había sido suerte, sino culpa. La culpa del conde de Durstfall que lamentaba las consecuencias de su accionar. Claro... lo lamentaba por los empleados de la fábrica, por los pobres desgraciados como Jeff, no por ella. No lamentaba su desgracia, ni su suerte, ni las habladurías en su nombre. No lamentaba que todos los amantes se hubieran alejado de ella, temerosos de que sus affaires fueran descubiertos ahora que estaba en boca de todos. ¡No! Lo único que le importaba a Luke Skyller eran un par de empleados muertos de hambre. Y su padre, patético hombre, aceptó la ayuda sin chistar. ¡Una bendición, estamos salvados!

Estaban dispuestos a comer de las migajas del conde, y no solo eso, darle más de lo que merecía. Su madre estaba al borde del colapso nervioso, no quería salir de su recámara y juraba que los sirvientes la juzgaban por ser la progenitora de una fulana. Fue a ella, en sus delirios de santidad, que se le ocurrió enviarla a un convento a expiar culpas y lavarle el rostro a los Hamilton. ¡Oh, cuánto la odió! Tanto que no lamentó el desenlace del arsénico en su té matutino. Verla morir lentamente, mientras perdía el cabello y la piel se le volvía grisácea, provocó paz en Tess. Una paz y un júbilo que ni el mejor de los amantes podía despertar en ella. Los médicos sentenciaron muerte natural, y ella sintió una nueva satisfacción, la de salirse con la suya. Supo en el funeral de la señora Hamilton que mataría a Luke Skyller y a su padre. Solo debía tener paciencia, y pensar. Debía pensar cada detalle. No podía deshacerse de todos a la vez o sería sospechoso.

Creyó que, tras la muerte de su madre, no la enviarían al convento. Se equivocó. Hamilton quería deshacerse de ella y de los dolores de cabeza provocados, de modo que siguió con los planes de su difunta esposa, sin sospechar que le daba a su hija lo que más necesitaba. Tiempo para trazar un

plan. Desde su celda fría, sus horas de eterna oración y la labor constante de las monjas, ideó el modo de convencer a Josh de que se hiciera con el condado, que recurriera a Jeff para el trabajo sucio. ¡Jeff, mi bello Jeff!, se lamentó. Él que la amaba, la veneraba y creía que su distanciamiento se debía a las reglas sociales. Jeff siempre fue su cachorro dócil, y ahora se podría en prisión. Se lo merecía, se dijo, por fallar dos veces. Por empujarla a ella a tener que hacerlo por sus propios medios. Ya nada importaba. No volvería al convento, a rezar de rodillas por un perdón que no quería. No...

Salió de las sombras y avanzó por entre las coloridas carpas. La melodía de carrusel se unía al silbido en sus oídos. Las risas, los gritos... El aroma dulzón del algodón de azúcar, de las manzanas acarameladas, de la muerte. Luke jugaba como un niño, sonreía, sus ojos negros resplandecían de felicidad y adoración mientras observaban a Ava. Tess lo sabía, quería besarla, quería llevársela de allí directo a su recámara y hacerle el amor. Así la había mirado a ella en el pasado... No, se rectificó, Luke nunca la había mirado así.

Por un segundo se debatió en cambiar los planes, en convertir a la señorita Monroe en su objetivo, quitarle a ella y a Rose y dejar que Skyller se enroscara una soga al cuello como había hecho Josh. Sería poético pero poco práctico. Podía no salirle bien, podía llevar a Luke a la misma locura que la poseía a ella, y perseguirla con mil veces más ahínco que en el pasado... No, ella era lista, práctica, eficiente. Ella no daba ventajas.

Nada de carruajes alterados, de corceles desbocados. De los pliegues de su falda beige sacó el arma. Había practicado mucho con un blanco, no se confiaba de la suerte. Debía hacerlo rápido y de cerca si no quería fallar, apuntar al pecho. No a la cabeza, pues era un blanco muy pequeño... al pecho. Se aproximó y esperó unos segundos.

Ava giró, se alejó apenas un metro de su prometido para ir en búsqueda de Rose. Era el momento, sin la maldita mujer en el medio, entre la bala y el conde.

—Ey, Luke —exclamó Tess desde las sombras. Skyller se giró para escudriñar la oscuridad, vio el brillo de la pistola y la demencia en las facciones de su antigua prometida. Se hizo a un lado, al comprender su destino. No fue lo suficientemente rápido. El disparo resonó sobre la melodía

y el alboroto, la sangre inundó con su metálico aroma y se mezcló con el de los dulces... La Muerte caía sobre él de mano de la Dama de los oros.

Los gritos, corridas y desesperación se adueñaron de la feria. Los espectadores escapaban, temerosos de una balacera, mientras que los más valientes y curiosos rodeaban el cuerpo inerte del conde de Durstfall.

Nadie vio a Tess marcharse. Nadie vio de dónde llegaba el disparo. El único testigo era Luke, que no encontraba la voz para advertir el peligro. Segundo a segundo lo devoraba la oscuridad.

Escuchó la voz de Ava alejarse de él...

—¡Luke, Luke, resiste, mi amor, resiste! No me dejes, prometiste no dejarme —lloraba. Sentía la tibieza de la mano de Rose sobre la suya disiparse. Una fuerza lo arrastraba hacia el frío y la penumbra, lo hacía flotar, le hacía experimentar una libertad no reconocida.

—¡Hola! —gritó, y la voz no sonó desde su garganta, sino desde su cabeza —. Hola...

¿Dónde estaba? ¿Qué le estaba sucediendo?

Ya no sentía a Ava, ni a Rose. Ya no sentía nada. Le parecía estar en el sendero que daba a su casa, junto a la ladera, en una de esas intensas noches de niebla. Caminaba y le daba la sensación de que no avanzaba, de que estaba perdido.

—¿Ava, Rose? —las llamó. Su voz hacía eco en la bruma, chocaba contra algo y volvía a él—. ¿Ava?... ¿Rose?

No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Por momentos parecía que recién había llegado, y en ocasiones podía jurar que llevaba una eternidad vagando por la niebla. Desorientado, comenzó a gritar.

—¿¡Alguien me escucha!?

Una luz intensa se abrió camino por la bruma, la figura de una mujer se recortaba a mitad de camino. Hacia el final, sus padres aguardaban, le extendían sus manos. La mujer se giró y reveló su rostro.

—¿Eloísa? Eloísa, aguarda... —Su hermana lo miró con una ternura y un amor que le oprimió el pecho. Luego, señaló con su índice su propia oreja y negó con la cabeza. Repitió el gesto, señalando en esa ocasión la palma de su mano.

Luke pudo sentirlo, percibir la caricia sobre su piel. E S C U C H A.

Eloísa no se marchaba, pero tampoco se acercaba. Se limitaba a observar a su hermano, mientras éste intentaba comprender en qué lugar se hallaba. Luke cerró los ojos para intentar enfocarse solo en el sentido del oído. Las voces susurrantes llegaron a él, todas juntas.

Le contaban mil historias, mil lamentos. Le costaba silenciar las que no iban dirigidas a él. Una voz le resultó familiar, era la de Hamilton. ¿Qué hacía allí? Se concentró en ella, le contaba el desenlace. Tess había ido a buscarlo, para terminar lo que había empezado. Le disparó tras reclamarle el abandono, los sirvientes la detuvieron y la entregaron a las fuerzas policiales.

—Perdón —decía Hamilton—, perdón. Gracias por permitirme decirle esto. —El hombre le sonrió, no parecía el mismo, demasiado viejo y sereno como para reconocer al empresario en él—. Llevo mucho tiempo de arrepentimientos. —Tras esa confesión, y con esa luz que parecía resplandecer como un aura a su alrededor, pudo avanzar hacia donde Eloísa se hallaba. La atravesó y siguió hasta perderse más allá.

—¿Hace cuánto estoy aquí? —preguntó, sin recibir respuesta. Perdía la noción del tiempo terrenal, solo sabía que si conocía el final de Tess era porque llevaba varios días perdido en el limbo. Eloísa parecía alejarse, recién se percataba de eso. No era un movimiento brusco, sino apenas perceptible. Se alejaba de él y se acercaba a la luz, siempre mirándolo con sus ojos amorosos. «Escucha», se repetía sobre su palma una y otra vez... «Escucha».

Las voces volvieron. Todas a la vez. Todas las historias. Se concentró en

ellas, hasta reconocer primero una. *No iremos a Italia sin ti.*

—¿Rose? ¿Rose, dónde estás? —la llamó—. ¡Rose!

No iremos a Italia sin ti. No iremos a Italia sin ti. No iremos a Italia sin ti. Luke corrió, o eso le pareció, siguiendo la voz de su sobrina. Abrió los ojos y divisó varias luces, como pequeñas luciérnagas. Una de ellas brillaba más intensa, lo enceguecía. De esa ínfima luz, que en nada se comparaba a la que estaba a sus espaldas y en la que aguardaba Eloísa, emanaba un intenso calor. Se aproximó, y pudo verlo. Una habitación, la reconocía, era la recámara de Londres. Ava...

—Ava, Ava... ¡Ava! —exclamó en un desesperado intento de ser oído. En lugar de la respuesta de su amada, le llegó la voz de su sobrina: *Tío... Tío...*

Luke se volteó hacia Eloísa una última vez. En su mano, sintió la caricia de un dedo. A D I Ó S, y el conde tocó la pequeña luz en la que se reflejaba Ava.

El estado de Luke, ese que lo mantenía al borde de la muerte, la había forzado a Ava a ir en su búsqueda. El panorama de sus experiencias vividas se ponía en juego, gracias a Eloísa había aprendiendo una nueva manera de viajar entre planos, solo debía privarse de sus sentidos y sumergirse. Y así lo había hecho, así había creado un puente entre él y ellas. No lo perdería...no, no lo haría.

—Regresa, Ava, vamos —rogó Lara junto a la tina de baño, la había utilizado como un tanque de privación sensorial.

—¡Luke! ¡Luke está atrapado en el limbo! —Exclamó, escupiendo agua.

Luke reaccionaba, su alma extraviada retornaba a su cuerpo débil, lo regresaba a la vida.

—Ya no, lo has traído de vuelta. Tú y Rose...

La niña estaba junto a su tío en un aparente estado de trance, sostenía su

mano, y trazaba letras en su palma.

—¿Rose? ¡Rose! —Ava salió de la tina dando tumbos. Las piernas apenas la sostenían, se resbaló en un charco de agua, cayó de rodillas, y sin detenerse, gateó hasta llegar a ella. La niña la abrazó, aún con la mirada ciega, pero con el resto de los sentidos en el mejor de los estados.

—Tío... —repitió, y fue la primera vez que Ava la escuchaba—. Tío...

—Ha seguido tu voz... ha... —y la señorita Monroe rompió en llanto. Luke estaba de regreso, podía sentirlo. Nada en apariencia había cambiado, el conde estaba en la cama, débil e inconsciente. Solo en el ambiente se percibía la diferencia, su espíritu estaba de vuelta entre ellas. El llanto y el abrazo fue roto por la ronca voz del conde.

—Su voz, tu luz... —susurró antes de sumirse una vez más en la inconsciencia.

Ese era tan solo el primer paso hacia la recuperación definitiva, todavía les quedaba un largo camino, pero la oscuridad desaparecía, el perfume a muerte se evaporaba. Después de días, finalmente lo hacía.

Lara ayudó a Ava a ponerse de pie, a secarla y vestirla como una niña. La arrojó junto a Luke, sin preocuparse por formalismos. Ambos necesitaban descanso, y el calor el uno del otro.

Rose le tomó la mano a la tarotista, y juntas se encaminaron a la habitación de la niña. Luke ya estaba a salvo, y tanto Ava como él requerían de todo el descanso posible. En cuanto a Rose, a falta de su excéntrica institutriz, contaba con la asistencia de Lara. La niña necesitaba comprender sus nuevos dones y cómo manejarlos. Necesitaba contarle a alguien sobre la impotencia al descubrir que podía ver a su tío en el limbo sin conseguir guiarlo.

—Es práctica, mi querida Rose. ¿Sabes quién puede ayudarte? La misma maestra de Ava, Aneta. ¿Te acuerdas de ella? —Rose asintió aferrándose a su brazo—. Estoy segura de que le encantará hacernos una visita, mientras tanto, voy a contarte la historia de una niña, una niña especial como tú, su nombre... su nombre es Ava Monroe.

Epílogo

Entre sesiones de tarot y profundas meditaciones, pasaron los veintiún días de recuperación de Luke Skyller.

El conde de Durstfall se mostró inamovible. No iba a postergar su matrimonio por un nimio problema de salud. Aun cuando el mismo era una profunda herida de bala que por poco le quita la vida.

—Hay que apreciar el valor del tiempo. ¿Sabes lo poco que nos queda?

—¿Acaso has visto nuestra muerte? —preguntó Ava, desconcertada.

—No, solo he visto que el tiempo terrenal es un suspiro. No quiero desperdiciarlo.

La experiencia lo había cambiado, se aferraba a la vida con todas sus fuerzas y disfrutaba del momento al máximo. Lara se había instalado bajo el techo de la casa de Londres a modo de carabina de la próxima condesa, sin embargo, su rol no era para nada tomado en serio. Luke y Ava compartían ya el lecho matrimonial, y no existía norma social ni recato que le impidiera a Skyller amar a su mujer.

La muerte ponía las cosas en perspectiva. No solo lo efímero de la vida, sino también cuestiones terrenales, tan mundanas como una simple herencia. Luke no quería dejar a Ava y a Rose sin nada en caso de que algo le sucediera, por tal motivo, el matrimonio se presentaba como una solución práctica. Él no necesitaba de bendiciones ni papeles para amar a Ava Monroe, era el mundo el que lo requería, y él se lo daría.

La noticia de la suerte de Tess no lo tomó por sorpresa. Se lo había dicho Hamilton antes de poner los asuntos en orden e ir hacia la luz. Su ex prometida estaba recluida en una institución mental, y dado que no quedaba ni un Hamilton vivo que pudiera pagar sus cuidados, estaba en el ala común. No

distaba mucho de la prisión y del castigo merecido, no obstante, Luke esperaba que consiguiera allí la redención que el convento no pudo darle. En su nueva consciencia comprendía que sí, que Tess Hamilton tenía graves problemas mentales, una enfermedad que aún no se había aprendido a tratar.

Como era de esperarse, Luke Skyller se salió con la suya. La boda se celebró en las tierras del condado de Durstfall, en la vieja iglesia que se encontraba en las inmediaciones de Chester, al oeste. Los integrantes de la feria pudieron asistir, brindándole colorido al evento. Rose arrojó pétalos en la alfombra principal y fue la encargada de llevar las alianzas. Luego, se paró junto a su tío y le tomó el brazo durante la ceremonia. Luke lo sabía, allí estaban las dos, su sobrina y su hermana dando sus bendiciones.

El banquete fue llevado a cabo en los jardines de la mansión. El conde se prometió que esa temporada haría plantar setos y flores, y compraría hermosas fuentes con querubines para decorar el lugar. No más niebla y días grises, aunque no podía controlar el clima, sí podía decidir cómo enfrentarse a él, y Luke estaba determinado a poner color a su vida.

La noche de bodas no guardaba secretos para los dos amantes, que se deseaban con desesperación. No alcanzaban las noches ni los días juntos.

Hicieron el amor en un arrebató de pasión que no remitía, y lo repitieron a media noche, en un acto tranquilo, de comunión de cuerpos. Siempre era así entre ellos, un fuego incendiario seguido de su esperada calma. Se durmieron abrazados, con sus pieles juntas, con las respiraciones acompasadas. Descansaron entre confesiones de amor y planes a futuro. La luna los alumbraba con su plateada luz desde el otro lado de las ventanas, y la brisa de primavera se abría paso entre la bruma del invierno.

Así, en mitad de la noche, un grito inusitado. Ava se despertó de manera abrupta, se incorporó en la cama y se llevó las manos al pecho, como si algo se lo presionara.

—¡Ava, Ava ¿Qué sucede?!

—¡Helen! Recuérdalo, su nombre es Helen. —Exclamó antes de desmayarse. Luke quedó desconcertado, miró derredor en busca de un paño

para limpiar el sudor de su esposa. La luna proyectó su luz sobre una figura de mujer, una señora mayor. Un escalofrío lo recorrió... supo quién era... Helen.

Se dispuso a atender a Ava de todos modos, la maldita Helen podía esperar. ¿O no? Un golpe en la puerta, el picaporte y la figura de Rose en el umbral. La mano de la niña se alzó y su dedo señaló un punto en particular: Helen.

La vida en el condado de Durstfall nunca volvería a ser la misma. Luke había decidido tomar a Ava como su esposa, había elegido estar junto a ella en la prosperidad como en la adversidad, en la salud como en la enfermedad... en la cordura y en la locura, en la luz y en la oscuridad. En esta vida y en todas las vidas posibles.

—Maldición, se ve que Helen no puede esperar —espetó. No, no podía perder el tiempo, Luke ahora lo sabía. Los minutos no corrían igual en la tierra que en el limbo. Toda la familia Skyller tenía una misión, la misma que Ava—. Ya no estás sola, mi amor —le susurró a su esposa cuando volvió en sí—, ¿lo ves? Ahora somos tres.

Helen encontraría el camino hacia la luz, y ellos se encargarían de ser su guía.

Nuestro catálogo



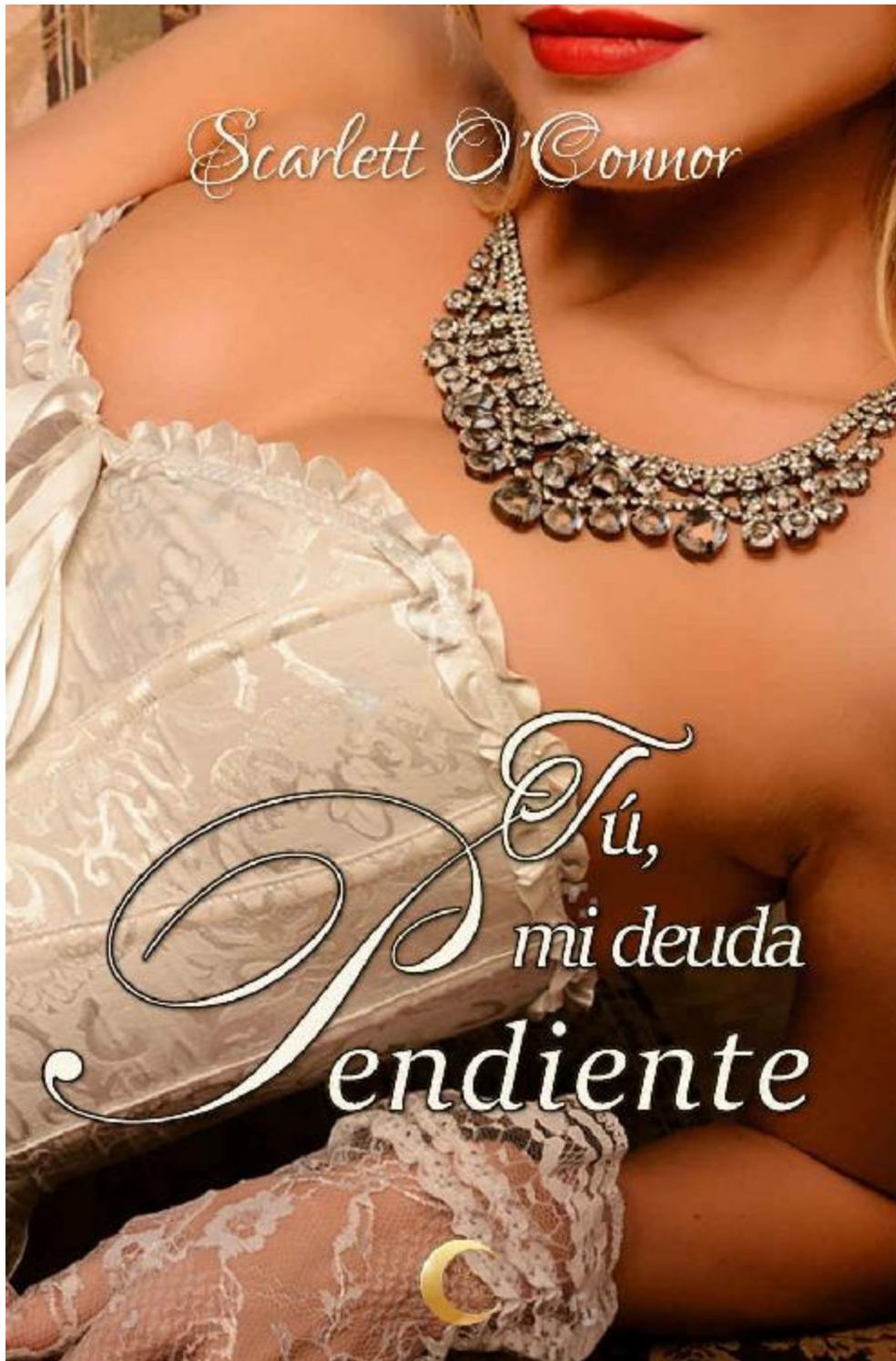
Melanie Rogers y Scarlett O'connor se reúnen para escribir una novela erótica que no podrás dejar de leer.

"Recuerda siempre leer la letra pequeña".

Xaviera Fontaine estaba desesperada, día a día, su marido se distanciaba de ella. Por eso, cuando Alice le habla del mejor amante de la ciudad, no duda en recurrir a él para descubrir los placeres del sexo y reconstruir su matrimonio.

Pero nadie le advirtió...

Una vez pasas por la cama de Leonard, no vuelves a ser la misma mujer.



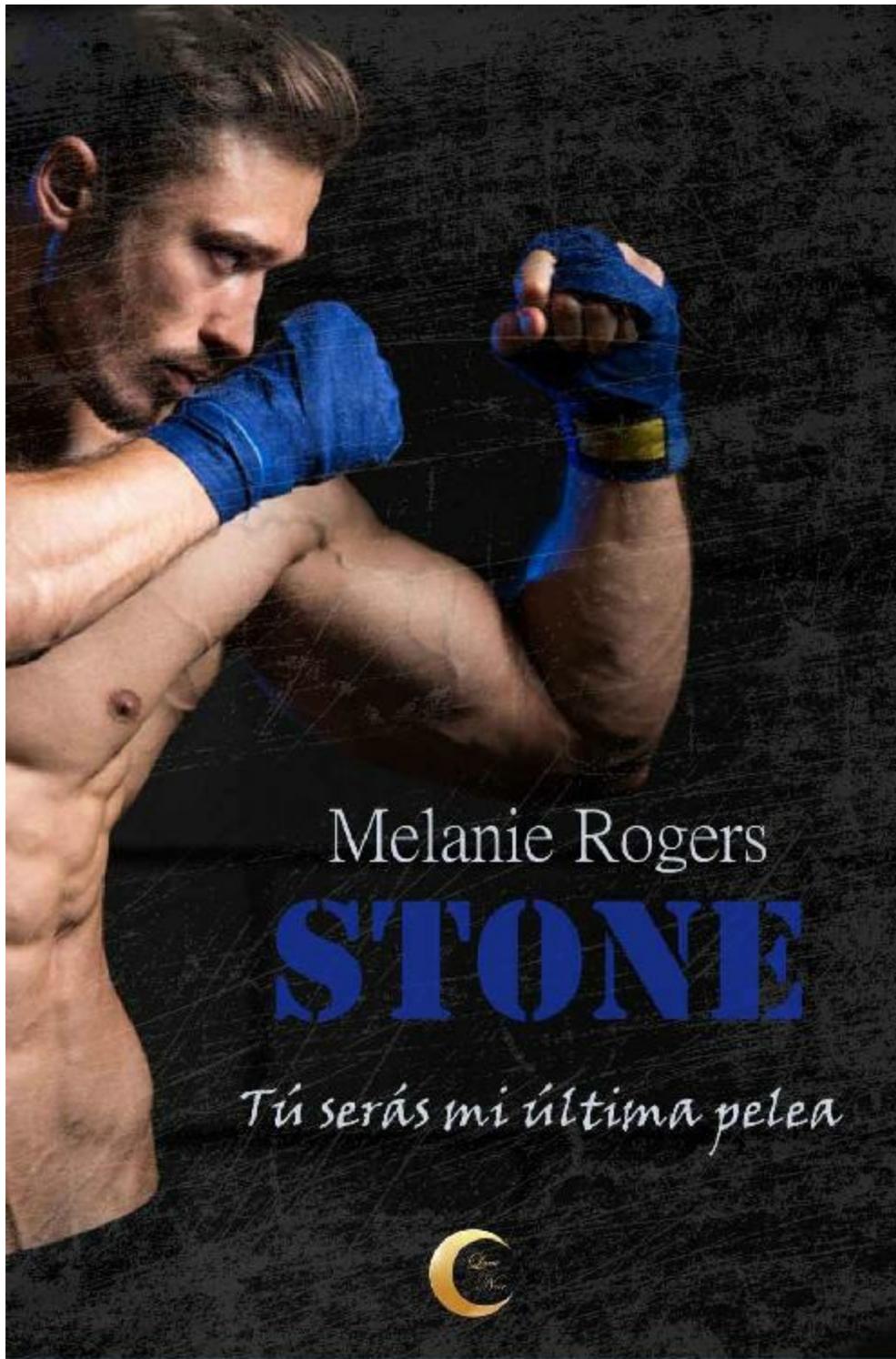
¡Scarlett lo ha hecho de nuevo! «Tú, mi deuda pendiente» es una novela llena de sensualidad y erotismo que te volverá a hacer creer en el amor.

-Melanie Rogers

Una traición ha llevado a la ruina a su familia. Anthony Richmond desea que el traidor pague con sangre, pero cuando Lady Katherine se presenta sola en su casa de soltero a clamar por la vida de su hermano, los planes de venganza tomarán otro rumbo. Uno mucho más placentero para el marqués de Shropshire:

Seducirla, mancillarla y pasar por el lodo el apellido Aldridge, como ellos hicieron con Richmond.

Pero nadie le advirtió. Lady Katherine puede ser tan buena contrincante como él en el juego de seducción.



Melanie regresa golpeando fuerte. Peleas clandestinas, mafia, odio y, por supuesto, AMOR con todas las letras. Una historia adictiva. -Lizzy Brontë

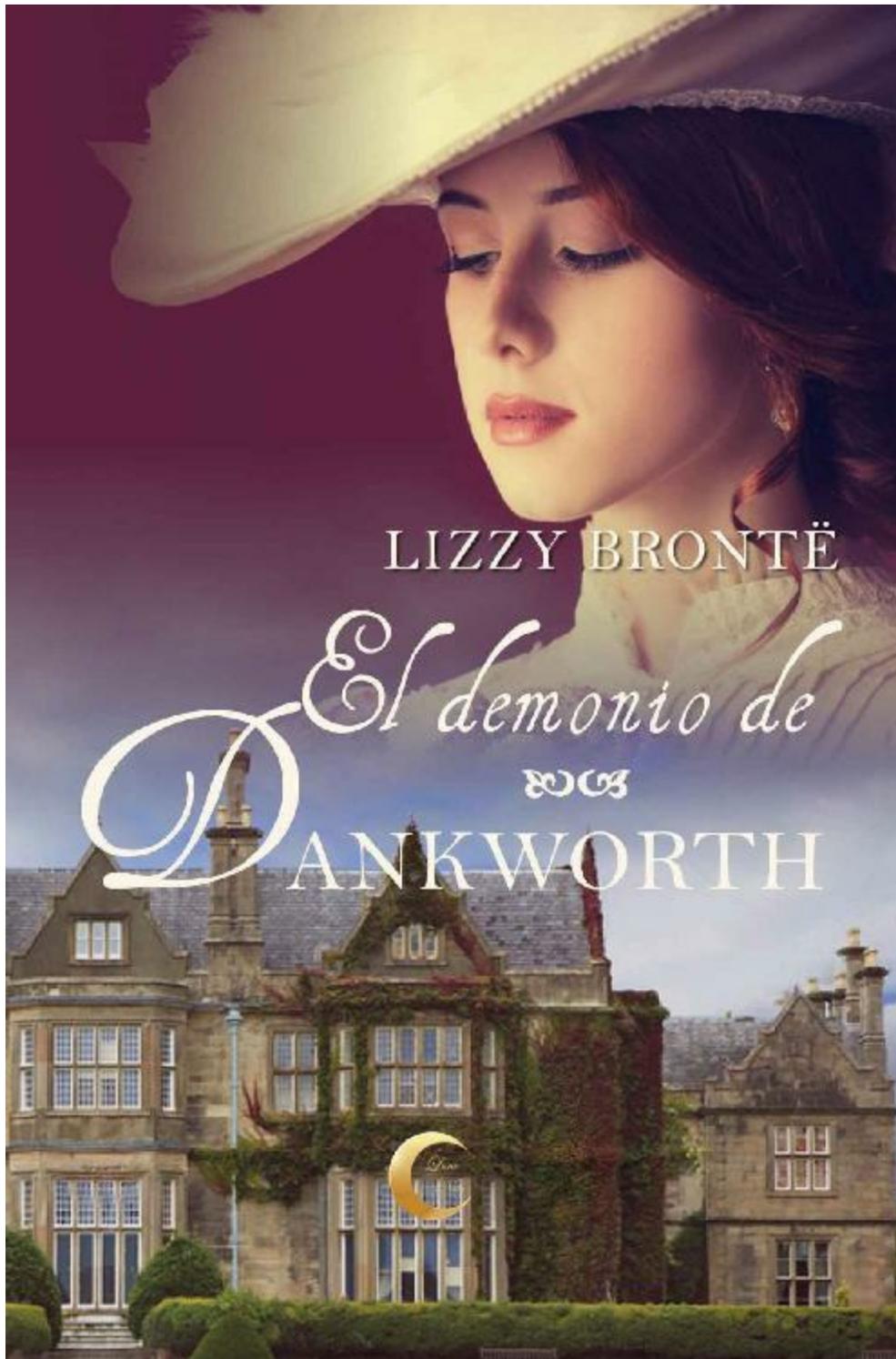
Una mujer. Un pasado. Y la pelea de su vida.

Vince "The Stone" Flynn sobrevive en las sombras. La noche es su fiel compañera, en ella oculta los fragmentos de una vida que quiere dejar atrás. Por desgracia, la presencia de Katrina, una mujer que oculta un pasado igual de oscuro que él, lo arrastrará directo al infierno del cual escapó tiempo atrás.

Golpe a golpe, así recordará quién es.

Puño contra puño, así reclamará lo que es suyo.

No hay reglas. No hay piedad. Solo... ganar o morir.



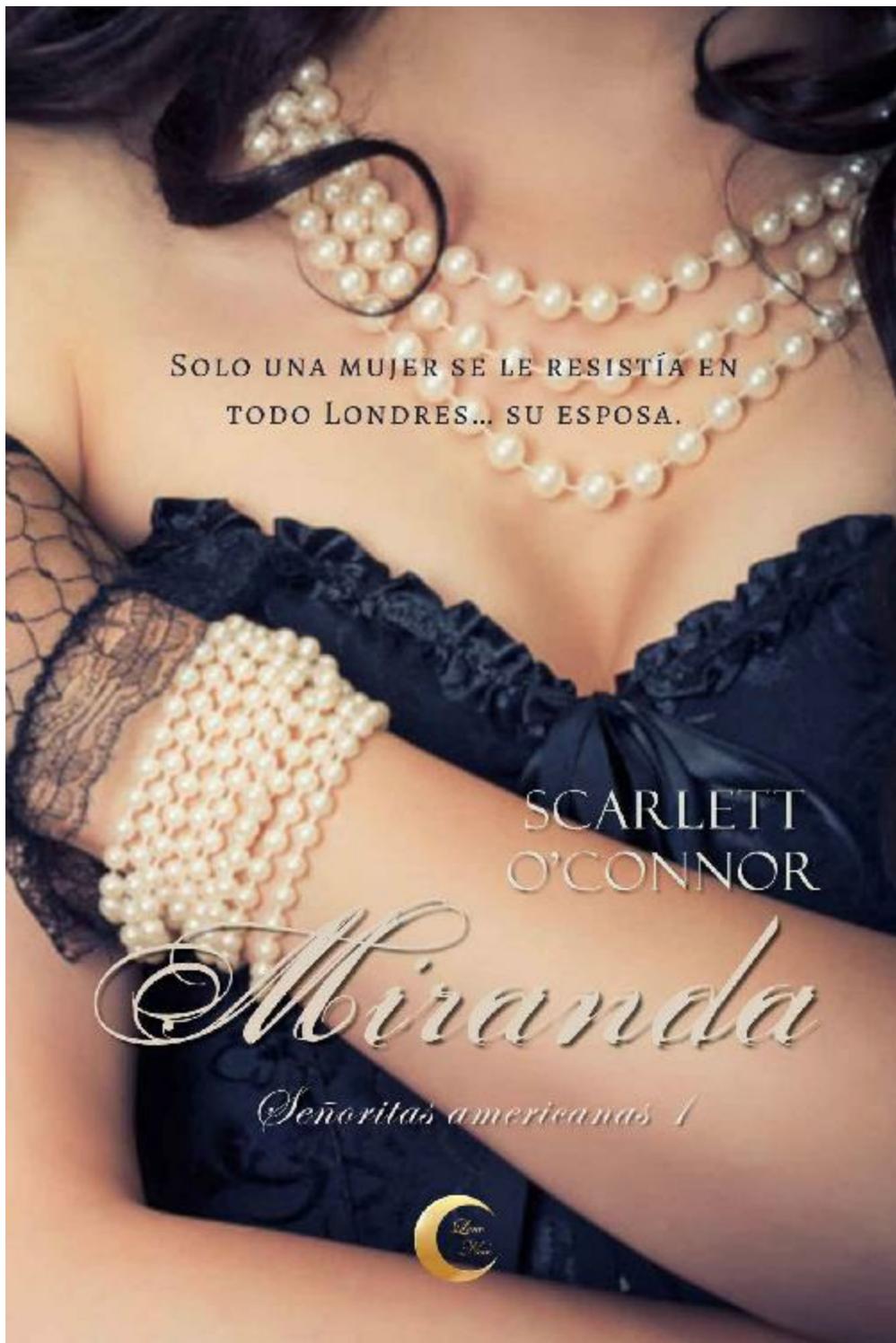
Un sinfín de emociones. Eso es lo que promete Lizzy Brontë con esta novela de romance gótico. Miedo, misterio y amor se entremezclan para

crear una historia adictiva.
-Scarlett O'Connor.

¿Quién estaría tan desesperada como para casarse con el Demonio de Dankworth?

Diane Mayer, la huérfana del Barón de Tavernier, está atrapada en una vida que no tiene buen presagio. Los avances de su libidinoso tío son cada día más osados, y la única salida que es capaz de evaluar se le presenta en el abismo ante ella.

Una tormenta, un cambio de planes y una nueva opción: Morir o casarse con el Demonio de Dankworth. Cambiar un monstruo por otro. Andrew Lawrens, conde de Dankworth, lleva el disfraz por fuera. Las cicatrices en su cuerpo son reflejo de las que porta en su interior. Tiene en sus manos la posibilidad de salvar a Diane de su infortunio... ¿O será Diane quien lo salve a él?



Personajes inolvidables. Romance como Scarlett nos tiene acostumbrados y un final que te dejará con ganas de saber más de esta

serie. Ansiosa por más entregas de «Señoritas americanas».

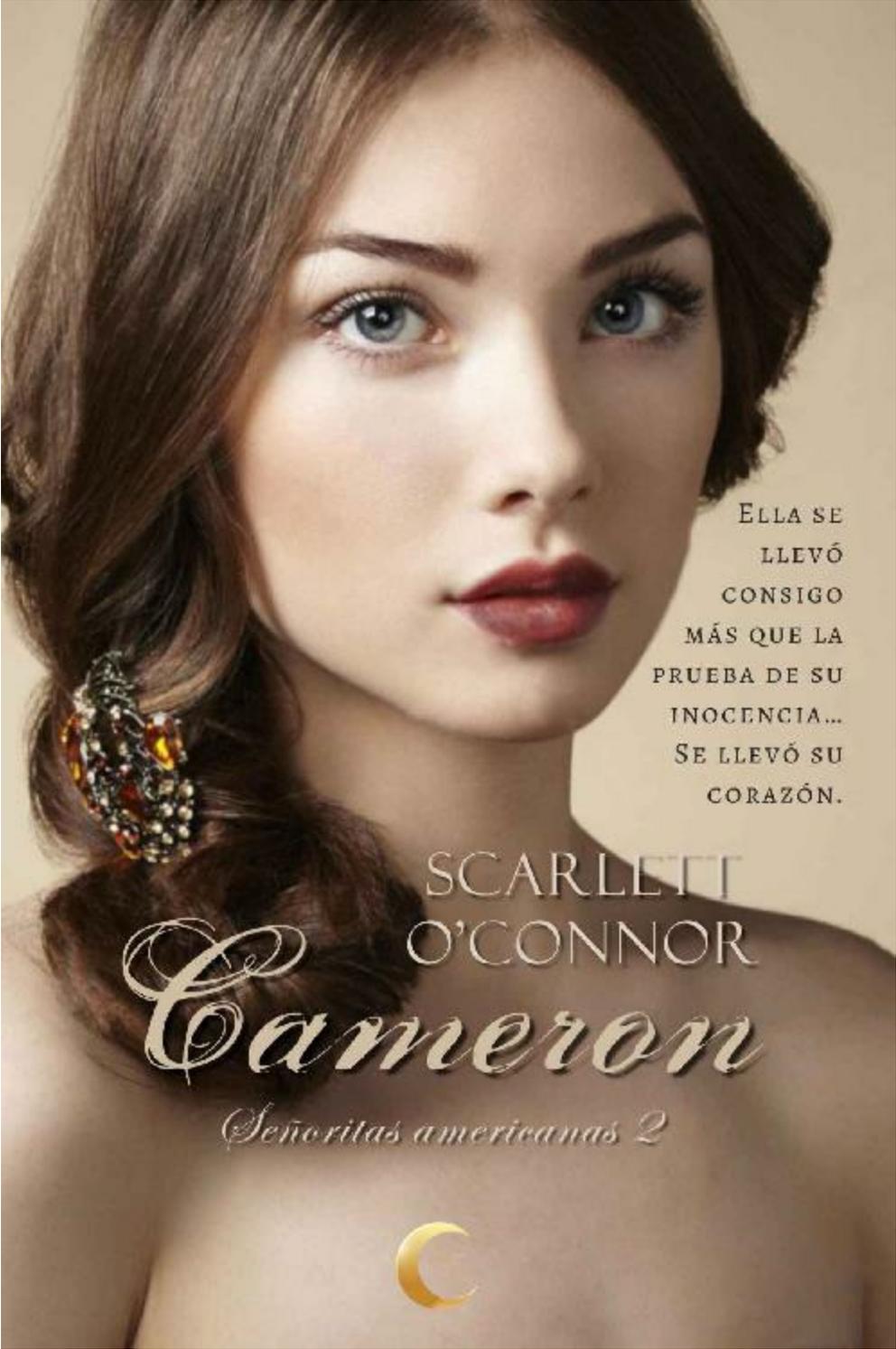
Para la sociedad inglesa, Miranda Clark es sinónimo de escándalo. Todo en ella resulta repudiable, sus costumbres americanas, su falta de decoro y su deshonroso pasado.

Por desgracia para ellos, Elliot Spencer, el futuro duque de Weymouth, especialista en el escándalo local, piensa lo contrario. Hacerla su esposa se convierte en una necesidad.

No enamorarse, ese es el plan de Elliot.

No caer en la red de sus encantos, ese es el plan de Miranda.

Las apuestas se abren... ¿Quién ganará?

A close-up portrait of a young woman with long, wavy brown hair and striking blue eyes. She is wearing a large, ornate earring with orange and silver tones. The background is a soft, neutral color.

ELLA SE
LLEVÓ
CONSIGO
MÁS QUE LA
PRUEBA DE SU
INOCENCIA...
SE LLEVÓ SU
CORAZÓN.

SCARLETT
O'CONNOR

Cameron

Señoritas americanas 2



Una serie que no defrauda, con personajes femeninos fuertes que luchan por su lugar, y hombres que están a la altura.

-Melanie Rogers.

Un homicidio, un secreto, un peligro...

Cameron Madison había crecido entre algodones, protegida y alejada de todos, hasta que Sean Walsh llegó a su vida y le robó el corazón.

El empresario de Chicago ve más allá de su apariencia, ve su espíritu indómito, sus ansias de vivir y de experimentar.

Ambos se aman, ambos tienen planes juntos, hasta que el asesinato de una esclava lo apunta a él como único autor, y a ella, como único testigo.

Un océano de distancia no bastará para acallar la verdad, para romper con su amor... para poner fin al peligro que asecha a Cameron.

Ella se había llevado más que su corazón, se había llevado la prueba de su inocencia. Debe recuperarla antes de que sea demasiado tarde.

Síguenos en las redes sociales



<https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial>



[/LuneNoir7](#)



[/lune.noir.libros](#)

Icons made by: flaticon

<https://www.flaticon.es/autores/freepik>

www.flaticon.com is licensed by Creative Commons BY 3.0.



<https://lunenoireditorial.wixsite.com/lunenoir>